



MISIÓN:
Eliminar AL
NUEVO Mesías

MAIQUEL DA COSTA



Lectulandia

Lucio, así se llama el demonio encargado de la Península Ibérica. Un gerente de la zona en materias de maldad. Cuando de buenas a primeras recibe la orden de abandonar su vida contemplativa en el Infierno para subir a la superficie. ¡Pues ha nacido en Madrid el nuevo Mesías! Y él, deberá eliminarlo. La recompensa es irrechazable: escalar hasta la Primera Jerarquía Demoníaca.

No obstante no es sencillo encontrar al nuevo Mesías entre la ingente cantidad de habitantes de la capital española, por lo que se servirá de un antiguo demonio carpetano que hace las veces de oráculo y de un estrambótico grupo de Black Metal Pagano, quienes se le terminaran uniendo en su misión. Y con la ayuda de todos finalmente encontrará al nuevo Salvador de la humanidad. Pero «éste» para su sorpresa resulta ser «ésta». Ya que se trata de una joven llamada Eva que toca el bajo en una banda de deathcore, tiene muy malas pulgas y vive en la ignorancia respecto a su responsabilidad divina.

Lectulandia

Maiquel da Costa

Misión: eliminar al nuevo Mesías

ePub r1.0
Titivillus 17.10.15

Título original: *Misión: eliminar al nuevo Mesías*

Maiquel da Costa, 2015

Diseño de portada: Lola, mucho arte

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

En memoria de Urtzi Bengoa Martínez 1983-2011

1

Infierno (Lucio)

Se sirvió una nueva copa de Oporto Lagrima. Le gustaba rebajar el vino con sangre de mujer virgen española. Una sangre muy apreciada por su cada vez menor existencia.

En el gramófono sonaba la décima sinfonía de Beethoven y por la ventana abierta se colaba el olor del exterior. Las aletas de su nariz se batieron gozosas por el hedor a pústula abierta, a semen rancio, a sudor de obeso mórbido, a cuerno quemado y a aguas fecales. Se deleitaba con el aroma del ambiente cuando fue perturbado por una aguda voz que provenía de fuera y le reclamaba por su nombre: «¡Lucio!».

Con semblante cansado se acercó a la ventana que daba al jardín agitando la copa.

—¿A ver, por qué osas perturbarme ahora? Eres un autentico plumazo, Kim Jong-il.

La cabeza con el pelo cardado y las grandes gafas como escaparates de en otrora el Gran Líder de la República norcoreana se clavaba en una estaca, la que a su vez se clavaba en un suelo enfangado. Un sapo pardo y verrugoso saltó cerca de la cabeza parlante para cazar una libélula y desapareció con el crujiente insecto entre sus fauces.

—El coyote anda cerca —respondió Kim Jong-il. Una sustancia marrón y negra con trazos amarillos brotaba de su cuello cercenado y recorría la estaca como la savia en un árbol—. Lo oigo respirar. ¡Por favor espántalo! ¡Quiere comerme la cara!

—¿Y para eso me molestas? Jódete —le espetó Lucio y cerró la ventana.

Lucio observó su biblioteca. Pasó un dedo por el lomo de los diferentes títulos de los que se colmaban los estantes: *El Club Dumas*, *Todo oscuro sin estrellas*, *Drácula*, *Antología de Edgar Allan Poe*, *El Perfume*, *Apartamento 16*, *El club de la lucha*, *Relatos de Ango Sakaguchi*, *La Divina Comedia*, *La Esteganografía de Tritemio...* hasta que se detuvo en un tomo encuadernado en cuero de cordero.

—*Cuentos de H. P. Lovecraft* —leyó, y se sentó en su sillón favorito con el libro—. A ver si nadie me interrumpe... —terminó por decir estirando las piernas en el reposapiés.

Lucio era un demonio de los tantos que pueblan el inframundo. Se encargaba de la zona geográfica que comprendía la Península Ibérica en su totalidad, por así decirlo era como un gerente de zona en materia de maldad, aunque apenas tenía que intervenir; por si solos sus pobladores se las arreglaban muy bien sin mediación maligna. Se había convertido en una cosa más de simple papeleo: número de asesinatos, violaciones, tráfico de droga, redes de prostitución, malversación de

fondos públicos... Tenía que apuntarlo todo para el balance anual. Cada año más prolífico. Por su parte, el Infierno se regía y ordenaba en una pirámide social, todos los demonios se subordinaban al Gran Jefazo. Así llamaban al primero de ellos. El Gran Jefazo, obviamente, se colocaba en lo alto de la pirámide, Lucio, en cambio, se ubicaba bastante más abajo de lo que le gustaría, sólo por encima de los nuevos renegados y de los diablillos burlones. Y odiaba que los demonios sumerios le mirasen por encima del hombro.

Después de leer un par de relatos de Lovecraft le entró hambre. Abrió la nevera y se percató de que no le quedaba carne pútrida y el único yogurt que subsistía todavía estaba sin caducar. Tendría que ir al centro comercial.

El mastodóntico edificio en forma de dodecaedro regular (como uno de esos dados de los juegos de rol), donde se concentraban los comercios y firmas internacionales, se instalaba en una gran explanada de ceniza gris. Rodeado por pozos de magma, en su parte trasera se descubría una mina de azufre, la cual llenaba la atmosfera de venenosas emanaciones de dióxido de azufre y la tintaba de un bonito color amarillo limón.

Lucio al llegar entró sin demora por una de sus múltiples puertas de cristal.

El suelo de linóleo de la primera planta se veía limpio y brillante, no en vano el equipo de limpieza, constituido por adolescentes pajeros que murieron de sobredosis, se afanaba en ello diariamente.

Al poco de entrar, el Demonio Ibero, se topó con la hermosa Súcubo. Paseaba completamente desnuda con una serpiente enroscada en su blanca pierna. Pero ésta no iba sola, le acompañaba Lilith, con su larga y rizada melena pelirroja, igualmente desnuda y con sus características alas de murciélago plegadas a la espalda.

—¿No habías quedado en llamarnos? ¿Eh? —le preguntaron ambas al unisonó.

—Ejem —carraspeó Lucio—. Chicas, he estado muy ocupado últimamente, no veáis como está España... —Hizo una pausa y exclamo—: ¡Y Portugal! ¡Madre mía como está también Portugal! Los *filhos da puta* me tienen ocupado todo el día... —mintió.

—Siempre la misma excusa —dijo Súcubo dedicándole una mirada de serpiente y unos puntiagudos colmillos curvados le crecieron en la parte delantera de la boca. Lilith a su vez frunció el ceño y desplegó sus alas membranosas de manera desafiante.

—Chicas, chicas, tranquilidad... —Pidió calma con las palmas de las manos—. Haya paz. Pasaros esta noche por mi casa ¿de acuerdo? Os los compensaré. Prepararé algo rico.

Las féminas relajaron al instante sus cuerpos pálidos.

—Vale —dijeron dulcemente las dos con una sonrisa de no haber roto un plato. Y se despidieron.

Lucio advirtió desde fuera del restaurante McDonald's, en una de las mesas, a Dahaka, demonio del engaño y la mentira, cubierto como era común en él de

escorpiones y lagartijas. Comía con voracidad hamburguesas sin parar por las bocas de sus tres cabezas. Frente a él se sentaba con sus dientes y orejas de burro erectas Lamashtu, provocadora de abortos, devoradora de bebés lactantes, sin embargo en esta ocasión se conformaba con mojar *nuggets* en salsa curry. El único cliente no demonio que se veía en la hamburguesería era Enrique VIII. El obeso rey inglés de la casa Tudor se ponía las botas zampándose una Big Mac tras otra. Entre tanto, al fondo, Adolf Hitler tomaba nota al pedido de Nigrum, cabeza de ciervo, y a Erlik, cabeza de cerdo, que jugaba con las cuentas de su collar: limpias calaveras humanas. El Führer gritó el pedido a la cocina con un pronunciado acento austriaco y por ella asomó un segundo la cabeza de Joséf Stalin contestando: «Oído cocina». Por un momento se le distinguió la cara al dictador soviético. El pelo, debajo de la redecilla, se le notaba graso al igual que el bigote, y la cara se le inundaba de ampollas de las quemaduras del aceite hirviendo de las patatas.

Dejó atrás el McDonald's y a la altura de la tienda Apple se encontró de frente con Abaddon, hombre de confianza del Gran Jefazo. Alto y calvo se tapaba media cara con una tela gris y se enfundaba en una levita del siglo XIX. A su paso altanero hacía sonar sus botas militares. Lucio saludó al demonio de las alimañas y las plagas, adalid de las ratas y propagador de la peste negra, con una ligera genuflexión, pero éste le miró con simple desdén.

—Payaso —masculló para sí Lucio.

Llegó finalmente a la carnicería y preguntó quien daba la vez. Cheitan, en forma de denso humo negro, dijo ser el último. Al llegarle el turno a Lucio pidió ternera gallega mohosa al carnicero Fritz Haarmann, más conocido como el carnicero de Hannover, famoso en vida por utilizar carne humana de jóvenes, a los que antes había violado y matado con un mordisco en la carótida y tráquea.

—Los filetes córtamelos más finos, imbécil —le interpeló Lucio—. ¿Me ves con pinta de multimillonario?

Haarmann obedeció con sumisión, envolvió los filetes y se los ofreció a Lucio, quien se los arrebató de malos modos. Y le escupió en la cara.

Aún le sobraba mucho tiempo antes de que Súcubo y Lilith se pasaran a cenar. En los cines del segundo piso proyectaban una sesión doble (siempre las dos mismas películas desde que lo inaugurasen): La semilla del diablo y la horripilante y terrorífica Mary Poppins. Y decidió comprar una entrada.

La sala se atestaba en su mayoría de demonios hindúes azules de numerosos brazos con sables y arcos. Los demonios hindúes son grandes amantes del cine. Se sentó en la única butaca libre, al lado de Samael, que era acompañado por una rubia cañón que antes de haber decidido tomarse un coctel de barbitúricos, cocaína y alcohol había sido *miss* Texas. Le guiñó un ojo a la rubia cuando Samael miraba hacia otro lado, siendo correspondido por ésta con otro guiño.

Al rato de Mari Poppins alguien gritó: «¡O no, aquí viene la parte de la canción de *supercalifragilisticoespialidoso!*!». En la sala hubo auténticos gritos de pánico. Los

demonios, temblorosos, se abrazaron con sus garras de león y de águila. Hubo hasta uno que se arrancó dos ojos, aunque sería apropiado referir que poseía siete pares de ojos más.

Ya en el camino de vuelta a casa, Lucio, agradecía que a continuación de Mari Poppins viniese La semilla del diablo, así podría dormir mejor. La película de la niñera mágica siempre le dejaba mal cuerpo y le producía pesadillas.

Al pisar el jardín de su casa (una construcción de dos pisos de estilo colonial español) descubrió al coyote arrancándole media cara a la cabeza de Kim Jong-il. Lucio espantó al animal que se llevó consigo entre los dientes un buen trozo de carne del Líder Supremo. El coyote se alejó hasta verse en una distancia prudencial y comenzó con la pitanza echado con la panza en la tierra.

—Te dije que merodeaba por las inmediaciones —lloriqueó Kim Jong-il, el lado izquierdo de la cara era todo hueso y musculo desgarrado del aspecto de la cecina—. ¡Mira como me ha dejado!

—No seas tan quejica. Nada que no se cure con un poco de agua oxigenada y un par de tiritas. —Y dicho esto enfiló hacia la puerta principal de madera con herrajes y pesadas argollas de hierro de la casa.

—¡Pero no me dejes sólo de nuevo con ese malnacido del coyote, por favor! —gritó Kim infructuosamente.

En la lejanía el coyote irguió las orejas.

Lucio entró en casa para volver al salir al cabo de un minuto.

—Toma esto. —Le ofreció un cuchillo y el Gran Líder lo agarró con la boca.

—Mmmquequieresquehaga con eztommm.

—Sé un hombre. —Y abandonó a su suerte a lo que restaba del viejo norcoreano.

El asado de carne se hacía en el horno. Tampoco mucho, la carne se quiere que sangre. Cortó en una tabla algo de queso Idiazábal que le quedaba de unos vascos condenados en el Infierno; le ofrecieron los quesos como signo de amistad y para que sus latigazos diarios se vieran reducidos, no obstante los latigazos se vieron aumentados al doble. Ahora ya saben que no se negocia con un demonio la disminución de castigo y sufrimiento. Introdujo en el frigorífico dos vinos Rioja Gran Reserva, regalo de los mismos vascos. Estaba esperando que algún onubense condenado al fuego eterno le intentase sobornar con un jamón Cinco Jotas. Y se sentó unos minutos a leer el periódico local: el Infierno Times.

Leyó:

—Los demonios otomanos en huelga promueven una revuelta violenta que se salda con un centenar de desmembramientos, extirpaciones de corazón y cabezas cortadas a las que más tarde violaron salvajemente. —Y añadió en voz alta—: Estos turcos son unos cachondos. —Pasó a la sección de deportes y continuó leyendo—: El Benfica empata contra el Manchester United y el Chelsea gana por tres goles a cero. —Se rascó la cabeza y murmuró—: Me cae bien ese entrenador del Chelsea. —Otro titular informaba que el Steaua de Bucarest caía eliminado en la Champion League—.

Con lo ilusionado que andaba Vlad Tepes... pobre...

Llamaron a la puerta.

—Tienen que ser ellas —se dijo, dejó el periódico y fue a abrir.

—Traemos el postre —dijo Súcubo en el umbral de la puerta mostrando un esponjoso bizcocho, en su superficie se revolvían pequeñas y blancas lombrices intestinales.

—Lo hemos hecho nosotras —apuntó Lilith echándose con un gesto mecánico hacia atrás la espesa melena pelirroja.

Por encima del hombro desnudo de Lilith, Lucio vislumbró la cabeza de Kim Jong-il (o lo que quedaba de ella) con el cuchillo fuertemente aferrado y mirando de manera frenética a un lado y a otro, una gota de sudor del tamaño de un céntimo perlaba la frente del dictador. Posó finalmente los ojos en sus bellas invitadas y las convidó a pasar.

2

Una misión capital

Los graznidos de los cuervos eran la señal de que un nuevo día tenía lugar, aunque el firmamento se mantuviese siempre inalterable en la misma lúgubre tonalidad de rojo escarlata. Lucio remoloneaba en la cama, entre Súcubo y Lilith, que habían pasado la noche con él. Su cuerpo lleno de arañazos era la prueba de ello. La uñas de ambas se afilaban como las garras de las aves de rapiña y en ese instante las dos acariciaban su pecho. Si se lo propusieran eran capaces de abrirle la caja torácica como quien desenvuelve un regalo.

Una serie de gritos provenientes del exterior terminó por espabilar a los tres amantes. Lucio pensó en primera instancia que se trataba del pesado de Kim Jong-il, pero enseguida reconoció la voz de Azazel, el demonio mensajero, pues su voz es asaz particular y estridente, como cuando se raya un plato de cerámica con un tenedor, pero multiplicado por cien.

—¡Lucio, hay un mensaje para ti! —vociferó Azazel ya de manera comprensible en el jardín.

Lucio abrió la puerta y lo primero que percibió del demonio mensajero fueron sus cuernos de carnero enroscados en espira. Montaba en un macho cabrío que llamaba la atención sobre todo por su lustroso pelo negro como la profunda noche sin estrellas.

—¿Qué ocurre, Azazel? —preguntó Lucio. Tanto Lilith como Súcubo se colocaban detrás de él, expectantes.

Azazel sin bajarse del macho cabrío se atusó la perilla.

—El Gran Jefazo requiere de tu presencia en el Castillo. Es urgente.

—¿A qué se debe?

—Eso deberás averiguarlo por ti mismo —contestó Azazel con su áspera voz y se marchó por donde vino. Las pezuñas del macho cabrío repiquetearon como castañuelas en la carrera.

Mientras se vestía algo más formal, un traje italiano negro con corbata roja, la inquietud se apoderó de su ser ¿Qué querría el Gran Jefazo de él? Pensó en lo que podría haber hecho mal o que fuese del desagrado del Gran Jefazo. No se le ocurría nada. Pero seguro que algo no andaba bien. El Gran Jefazo nunca llamaba a ningún demonio por asuntos sin importancia.

Tragó saliva y se despidió de las chicas.

—Tenéis algo de café de comercio injusto en la alacena de la cocina, por si queréis tomar uno antes de irnos.

Un taxi, un antiguo coche fúnebre Mercedes conducido por el que fuera chofer de

Walt Disney, le acercó al Castillo. Para ello antes atravesaron el camino de las almas errantes, las almas velaban la visibilidad con sus cuerpos traslucidos como si de una espesa niebla se tratase. Después bordearon la montaña de los ascetas, una montaña repleta de cuevas pobladas por ermitaños caníbales, y, finalmente, llegaron a la escarpada colina donde se erigía el Castillo. Una sombría fortaleza medieval con imponentes torres y torreones picudos de altas ventanas negras.

Y el puente levadizo del Castillo descendió.

Una vez dentro del edificio principal se vio en el interior de una amplia sala. No había nadie. Las velas que iluminaban la estancia apenas dejaban ver a rededor suyo. En cambio la gran escalera que se le presentaba en frente se encontraba mejor iluminada debido a los altos candelabros posados en los extremos de sus escalones.

Decidió subir por ella.

A posteriori recorrió un largo pasillo repleto de cuadros. Entre ellos se acertaban a ver: El Triunfo de la Muerte de Pieter Brueghel, algunas de las inquietantes y alucinadas pinturas de Jeff Christensen o Zdzisław Beksinski y las pinturas negras de Francisco de Goya: La romería de San Isidro, Las Parcas, Dos mujeres y un hombre y El Aquelarre, en el cual se detuvo para contemplarlo en detalle hasta que una voz a su espalda, poderosa y abismal, le hizo pegar un pequeño brinco de la impresión.

—Son los originales —dijo la voz.

—¿Cómo? —balbuceó Lucio.

—Que los cuadros son los originales, los que se encuentran en la superficie de la Tierra son meras copias. Bien reproducidas, pero copias al fin y al cabo. Sígueme. — El Gran Jefazo se adentró en una habitación. Aquí debería pasar a describir al Gran Jefazo, pero resultaría inútil, ningún mortal sería capaz de comprenderlo, está fuera del alcance de todo entendimiento humano. Es confuso, no tiene contornos definidos, no tiene color, no posee forma alguna y las posee todas. ¿Qué forma le darías a la maldad más absoluta? No se sujeta a ninguna ley física, no es líquido, solido o gaseoso, es otra cosa...

La sala en la que entraron era de altos techos abovedados, con una gran biblioteca a mano izquierda y una mesa de castaño en el fondo. El Gran Jefazo se sentó frente a la mesa, cara a Lucio.

—¿Te preguntarás porque te he hecho llamar?

Era imposible acostumbrarse a esa voz que rezumaba tanta magnificencia maléfica. Lucio simplemente hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—El nuevo hijo de Dios ha nacido —soltó sin más preámbulos. Ante las palabras del Gran Jefazo Lucio contuvo el aliento. El Gran Jefazo se levantó, le puso una gigantesca garra más que mano que se materializó con tal forma sobre su hombro y añadió—: Deberás eliminarlo.

Lucio con todo el aplomo que fue capaz de reunir preguntó:

—Eh... pero... ¿por qué yo? No soy ni de lejos uno de tus demonios más poderosos.

—Porque el poder del nuevo Salvador de la humanidad, el Mesías, está naciendo en la zona que está bajo tu control. Más concretamente en la ciudad de Madrid. —Le hizo caminar por el despacho. Se detuvieron ante un ciervo gigante disecado, un extinto ejemplar de *megaloceros giganteus*. Su cornamenta era extraña, tenía el aspecto de unas amplias y angulosas orejas de elefante y mediría tres metros y medio de punta a punta—. Hasta hoy el poder se encontraba durmiente —prosiguió— como el portador de un virus que no sabe que se encuentra infectado hasta que de un día para otro el virus ataca con desatada virulencia su sistema inmune. Noto el poder blanco despertando en él. En un cuerpo humano adulto. —Miró a Lucio a los ojos, quien no pudo sostenerle la mirada—. Tienes ambición. Yo todo lo sé. Y este encargo que te hago de resolverse positivamente te propiciaría subir hasta la primera jerarquía.

¡La primera jerarquía! Lucio no se lo podría creer, estaría al nivel de Asmodeo, Paimon o incluso de su maestro Belcebú, quien le instruyera en el dominio de las moscas. No cabía en su propio gozo, si bien intentó disimularlo y con determinación preguntó:

—¿Cómo sabré quien es él?

—Él o ella.

—¿Ella?

—De lo único que tengo conocimiento es de que el receptáculo tiene que ser un cuerpo humano adulto para poder albergar una energía naciente tan poderosa. El cuerpo es apenas el recipiente de este poder que posee en su interior, pero eliminado el cuerpo, destruido el poder, puesto que ya no tiene donde resguardarse. Como hicimos en su día con Jesucristo y tan buenos resultados conseguimos. —Hizo una pausa, en su voz se denotaba un acento triunfante al referir el caso del primer Mesías, y continuó—: A los ojos de un demonio será fácil localizarlo, un aura refulgente rodeara al huésped.

—Aunque pueda localizarlo a simple vista en Madrid habrá casi unas doscientos mil personas, me será muy difícil dar con el Mesías.

—Madrid tiene una población superior a los tres millones doscientos mil y si le sumamos el área metropolitana la cifra sube hasta los seis millones y medio —le corrigió el Gran Jefazo.

Estos números dejaron boquiabierto a Lucio, la última vez que viajó a la ciudad corría el año de 1808, durante el levantamiento de la ciudad contra el invasor francés. Vacaciones de placer.

—Sé que lo conseguirás, no te preocupes. Tú límitate a buscarlo antes de que su poder se manifieste en su mayor grado y sea más complicado eliminarlo. Toma. —El Gran jefazo le ofreció un móvil a Lucio, un modelo Nokia antiguo.

Lucio examinó el móvil como Darwin examinaría una nueva especie en las Galápagos.

—¿Qué esto?

—Cuando suene una musiquilla diabólica presiona el botón verde. Y te colocas la parte superior en la oreja. De esta manera podré ponerte en contacto contigo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, mi Señor. —No entendía todavía muy bien de que iba el cacharro ese pero se lo guardó en el bolsillo interior de la americana. Se despidió del Gran Jefazo con una reverencia y giró sobre sus talones.

—Lucio.

Lucio volvió a girarse. El Gran Jefazo se sentaba de nuevo frente a su mesa ordenando unos papeles.

—¿Sí?

—Destruyelo.

Lucio marchaba por el desierto de fina y caliente arena del Infierno, morada y territorio de Ghoul, el demonio árabe necrófago. Éste le saludó transfigurado en hiena, sin embargo, preocupado como estaba no se percató de su presencia. Se preguntaba si conseguiría encontrar al Mesías entre tal ingente cantidad de personas. ¡Y matarlo! La fuerza que posee un demonio de su clase es notablemente inferior a la de un Salvador. No quiso recordarle este detalle al Gran Jefazo para no mostrarse inseguro con la misión. Suspiró apesadumbrado. Pero luego estaba la recompensa de la primera jerarquía. Era tan tentadora...

Llegó a su destino: al ascensor de la superficie.

El ascensor se plantaba en medio de una alta duna. Era un ascensor clásico, de esos que se verían en cualquier hotel de lujo que se precie de los años cincuenta. Las puertas se abrieron y un ascensorista con aspecto de nonagenario le preguntó que hacia donde.

—A la superficie —contestó Lucio—. A Madrid.

El ascensorista, de traje rojo de terciopelo, con gorro y guantes blancos impolutos, cerró las puertas interiores y las puertas de seguridad y tiró hacia atrás, no sin un visible esfuerzo, de la palanca de subida. Con un leve tambaleo el ascensor comenzó a ascender.

—¿Hace calor, eh? Últimamente pega fuerte, mi mujer dice que se debe a la incrementación de los fuegos fatuos porque...

—Shhh —chistó Lucio. Y el anciano ascensorista calló, ya sólo se escuchaba el hilo musical del ascensor, una versión instrumental de la *Garota de Ipanema*.

El ascensor, diez minutos más tarde, se detuvo tras una serie de chirridos y bamboleos.

—Hemos llegado, señor —informó el ascensorista.

Lucio se pasó una mano por el cabello castaño, aunque ribeteado por unas incipientes canas en las sienes, y el ascensor y ascensorista desaparecieron como un espejismo. Una luna se levantaba ahora en lo alto de un oscuro cielo, no se veía a nadie. Al momento un estruendo de aullidos, rugidos, berridos, gruñidos y barridos de elefantes se elevaron en la noche. Los animales del Zoo de Madrid se agitaban

nerviosos, golpeándose contra las verjas con enfermiza insistencia. Los chimpancés saltaban violentamente de un lado a otro aferrándose a los barrotes. Querían salir desesperadamente. Huir de ahí.

3

Madrid (Eva)

—¡Suelta la choja, hijo de puta! —Eva se subió a la barra de la sala de conciertos por la parte de la clientela y aunque no era muy alta se tuvo que poner de cuclillas para no pegarse con las copas que se colocaban encima de ella. Al otro lado de la barra se hallaba el dueño del garito que se negaba a pagar al grupo deathcore de Eva, Cerebros Lobotomizados, aduciendo que ya suficiente era la promoción por actuar en su local; hace poco menos de una hora acababan de tocar sus potentes temas. Detrás del hombre se repartían multitud de botellas de whisky, ron, vodka y diversos licores. Eva lo aferró por el cuello de la camisa y volvió a repetir—: ¡Suelta la choja, hijo de puta! —Sin dejarle responder cogió una botella de Cacique y se la estampó en la cabeza—. ¡Correr! —gritó Eva a su banda y salieron pitando del local.

—Otro bolo que no cobramos —dijo María, la cantante, pegando un puño al volante de la furgoneta que iba conduciendo.

—Deberías controlar tu mal pronto, joder. Nos está causando un montón de problemas —le regañó Gabriela, la guitarra, a Eva, desde el asiento trasero de la furgoneta del grupo. El batería, José, el único componente masculino, que en parte también estaba por si metía un poco la patita aquí o allá cuando sus compañeras llevaban una copa de más, sentado al lado, acaparando gran parte del asiento con su culo gordo, simplemente asintió con un gesto de cabeza a lo dicho por Gabriela.

Eva no dijo una palabra y se encendió un pitillo en el asiento del copiloto. Miró a la noche que se cernía tras la ventanilla y su cara se vio reflejada en el cristal: la cara, malhumorada, de una chica de veinticinco años con el pelo negro azulado rapado al dos en el lado derecho de la cabeza donde se dejaba ver igualmente una serie de anillas plateadas recorriéndole el borde de la oreja. A estos añadir otro *piercing* que le atravesaba la ceja izquierda y otro más el labio inferior. Y exhaló el humo de la primera calada.

Aparcaron en Chueca con la idea de dirigieres al bar de un amigo. Eran las doce de la noche de un sábado de invierno. Eva pasaba esa noche de meterse ni tomarse nada y se despidió del resto del grupo terminándoles por decir que le guardasen el bajo.

Durante el trayecto a su casa en metro se colocó los auriculares del mp3 para abstraerse de su alrededor; de las caras aburridas y cansadas del personal que ocupaba el vagón. Escuchaba The Black Crow de Suicide Silence, tuvo que subir el volumen al máximo, los oídos se le taponaban del concierto.

Bajó en su parada: Puerta del Ángel.

Una vez en su apartamento alquilado de cincuenta metros cuadrados en una pequeña y escondida calle de dicho barrio alimentó a su gata y se preparó un sándwich de pavo; le gustaba que chorrease mostaza francesa. Se echó en la cama, se encendió un marlboro y se puso a leer el final de Battle Royale, era la tercera vez que leía el libro de Koushun Takami. Lo que hubiese dado ella por tener la posibilidad de cargarse en su día a sus compañeros de clase del instituto en el juego que se narraba en la novela. Y de esta manera se quedó dormida con los dedos pringosos de mostaza y con la colilla del pitillo al rojo vivo. De lo que no fue consciente Eva fue de un poder invisible que emanó de su interior y apagó el cigarro que quemaba la colcha, el mismo poder que incluso la arrojó mientras se encontraba entre los brazos de Morfeo.



Tercer Cielo

Por encima de la atmosfera terrestre, más allá del espacio, en el mayor extremo del universo, donde verdaderamente Jesucristo perdió su zapatilla, se hallaba el Paraíso, el verdadero y original Jardín del Edén, que fue desplazado flor por flor y fruto por fruto hasta ahí por Dios una vez se vio traicionado por el Hombre. Y Éste, la deidad suprema, el Creador y supervisor del universo con las cualidades de la omnisciencia, omnipotencia, omnipresencia y más «encias», se reclinaba en su trono en medio de un vergel tropical bebiendo un mojito preparado. El que todo lo ve llevaba puestas sus gafas de culo de vaso, la vista con el paso del tiempo se le fue mermando; y a sumarle a esto su afición en los últimos años por las novelas románticas, que leía de forma empedernida, le costó también alguna que otra dioptría más. Su atuendo es fácil de resumir, vestía con bermudas y camisa de estampado hawaiano, la que no se terminaba de abrochar. Una larga barba blanca era el único pelo que poseía pues estaba calvo. De su físico sólo referir que era delgado y sus extremidades finas y endebles como las de un títere. Le acompañaban a su vera dos jirafas, tres cebras y un guepardo que no dejaba de mirar al cordero que acariciaba Dios en su regazo.

Al fondo, Dios vio acercarse a San Pedro. Llevaba puesto un sombrero de paja de ala ancha. Se lo colocaba un tanto ladeado. Le daba distinción a la par que un toque casual al santo de barba cerrada y tez morena.

—¿Cómo va la cosa, pescador? —preguntó Dios cuando Pedro se situó frente a Él. Su voz era aflautada.

—Todo según lo esperado —contestó Pedro—. Ya no queda nada para que el poder del nuevo Mesías se revele en todo su esplendor.

—Me congratula escuchar eso —dijo Dios—. Necesitamos que los corazones de la humanidad sean henchidos de compasión y bondad. —Hizo una pausa, removió el mojito con la pajita y le pegó un sorbo, prosiguió—: Nunca tanto egoísmo y vileza pobló la Tierra. Hay que iluminar el planeta con la luz pura de Dios, es decir, la mía. Ya era hora de germinar de nuevo con parte de mi poder un cuerpo mortal. ¿No te parece, Pedro? —Y sorbió otra vez con la pajita para apurar el mojito.

San Pedro asintió a todo lo dicho por su jefe y terminó por preguntar:

—¿Por qué elegiste a una mujer para esta responsabilidad de tanto envidia, mi señor Todopoderoso?

—El primer Mesías fue hombre. ¿Por qué no debiera elegir a una mujer ahora si a mí me place? Dos milenios y continuáis los doce con la misma ojeriza contra las

mujeres. Ya me comentó Magdalena como le hicisteis la vida imposible sólo por el hecho de ser mujer. ¿Qué pasa, no os daban bola las tías en Palestina?

—Disculpe. Lleva usted razón.

—¿Pedro? —continuó Dios.

—¿Sí?

—Dame tu sombrero.

—Pero es que... —protestó Pedro.

—Pedro; compartir... Hay que compartir.

Pedro con desgana le tendió su sombrero de paja a Dios, quien se lo enroscó en la calva.

En ese preciso instante un querubín, todo cabeza y rizos dorados, apareció de repente a la velocidad del relámpago de detrás de una palmera, aleteó con sus diminutas alas de paloma hasta Dios y le tocó en un hombro a Éste.

—¡La llevas! —dijo el querubín riendo.

—¡Ya vais a ver! —exclamó Dios—. No hay nadie que me gane al pilla pilla. — Se levantó como un resorte de su trono y salió corriendo tras el pequeño ángel.

Pedro suspiró en su sitio observando como el cordero, que hasta hace un segundo era protegido por Dios, huía del guepardo. El gran felino lo alcanzó sin esfuerzo alguno. Pedro volvió a suspirar.

4

La guía turística

Lucio saltó la verja del zoo y deambuló por la Casa de Campo. En dos ocasiones las prostitutas del lugar le ofrecieron sus servicios, amablemente las rechazó. Las putas le caían bien. Para él era la profesión más honrosa.

En un soportal se acercó a un vagabundo que se refugiaba del frío con sendas mantas, cartones y una botella de whisky barato. El viejo con una barba amarillenta y desaliñada le ofreció un trago y un ducados. Lucio aceptó.

—¿Tú no eres de por aquí? —le dijo el vagabundo entornando los ojos, apenas veía ya nada.

—No. Vengo de abajo.

—Entonces igual conoces a Juan. Vive también en las alcantarillas. Yo prefiero pasar frío que estar entre ratas y oliendo a mierda.

Lucio apuró el ducados.

—Gracias por el trago y el cigarrillo. —Extrajo de uno de los bolsillos de su traje italiano una faltriquera de cuero y le ofreció al vagabundo una hermosa pepita de oro de las cientos de ellas que contenía.

—Gástatelo sólo en alcohol y putas. Que no me entere yo que lo desperdicias en comida.

El viejo vagabundo asintió asombrado.

—Que Dios se lo pa...

—Shhh —le mandó callar el demonio de inmediato y se alejó.

Las tinieblas de la noche dejaron pasar a los primeros tenues rayos del Sol. Era una mañana gris. Del firmamento colgaban delgadas nubes del color de la nieve sucia. Lucio continuaba preguntándose cómo diablos iba a encontrar al Mesías. No tenía siquiera la mínima idea de por dónde empezar. Le sorprendió el ajetreo y el ruido de todo tipo de vehículos, estaban por todos lados mientras caminaba por el Paseo de Extremadura. «*Qué bien me vendría ahora el macho cabrío de Azazel*», pensó. Se topó de frente con un quiosco de prensa, entre las revistas y periódicos se escondía una guía roja en la que se podía leer en grandes letras amarillas: «Los lugares que usted no puede perderse de Madrid». La cogió y se marchó sin pagar.

—¡Ey, tú, sinvergüenza, eso tienes que pagarlo! —exclamó el quiosquero.

Lucio se detuvo. Giró la cabeza y las miradas de ambos se cruzaron. El quiosquero, un hombre de unos cuarenta años con jersey y cazadora marrón de ante, al segundo comenzó a convulsionarse en su puesto. Cayendo cuan largo era hacia delante fue a parar a la acera, llevándose consigo el stand de postales de turismo. Los

ojos se le pusieron en blanco y por la boca expulsaba tanta espuma como una manada de perros rabiosos. La gente se arremolinó alrededor de él. Alguien gritó que llamasen a una ambulancia pero ya era demasiado tarde, un hombre que dijo ser ATS constató su pulso, ya inexistente.

Un joven que pasaba por ahí, disimuladamente, aprovechando el revuelo, estiró un brazo hacia el quiosco y se llevó el Marca gratis.

Lucio se sentaba en un banco de un parque de la calle de Cebreros próxima al barrio de La Latina. Echaba un ojo a la guía, la cual, en sus primeras páginas, aconsejaba visitar el Santiago Bernabéu si jugaba el Real Madrid.

Unos niños, más allá, en el mismo parque, jugaban al fútbol utilizando unos bancos como porterías. La pelota se les escapó y uno de los críos, con una camiseta de imitación de Cristiano Ronaldo, pelirrojo y con la cara llena de pecas, se acercó a recoger el balón cerca de donde se hallaba él con la guía.

—Eh, tú, zanahorio ¿hoy juega el Real Madrid? —le preguntó Lucio.

—Pos claro. Es domingo. Y además contra el Atlético de Madrid, en el Santiago Bernabéu a las diez de la noche. ¿En qué mundo vives, viejo? —El chiquillo recogió el balón y se dispuso a regresar donde sus amigos—. Y no me llames zanahorio.

—¿Y ahí va mucha gente? —gritó Lucio.

El niño se volvió.

—Pos claro. Se llena.

—Chao, te veo en el Infierno.

—¿Cómo?

—Nada, nada. —Lucio como demonio que era sabía muy bien que todos los pelirrojos acababan en el Infierno por el simple hecho de serlo. Ni más ni menos.

Así que se congrega mucha gente para ver el partido. Quizá se encuentre entonces ahí el Mesías, caviló con aire ausente. Se guardó la guía a la espalda, remetiéndola por debajo del cinturón y bajo la americana y fue a ver si primero comía algo. Tenía más hambre que un coyote.

5

Visita inesperada

La gata arañaba la cara de Eva. Se trataba de una joven gata negra callejera de patas blancas que encontró en la calle y terminó por adoptar. Aunque ahora se arrepentía un poco de ello. El animal quería que su dueña se despertase y le sirviese una de sus latas de comida.

—¡Dios! ¡Putas Isis! —Eva la apartó de un manotazo. La gata cayó sobre la alfombra y corrió hacia la cocina. Eva encendió la minicadena, por la vieja SONY sonó *Something Told Me* de Coal Chamber. Así se despejaría.

Le abrió una lata a Isis y para ella se preparó un simple Nescafé. Y se encendió el primer cigarrillo del día. Últimamente intentaba fumar menos porque comenzaba a notar que repercutía en su fondo físico, pero de los quince diarios le era imposible bajar. Sentada en posición de loto sobre una silla de la cocina, con la cabeza reclinada hacia atrás, expulsó la primera densa bocanada de humo. Se encontraba tan relajada... hasta que un timbrazo del portero automático rompió la calma de la casa en mil pedazos.

«Soy yo, Cristian. ¿Me abres?», escuchó al levantar el telefonillo. *¿Cristian? Quién es Cristian*, meditó durante un par de segundos. *Mierda, será el tío del otro día. Ya no me acordaba que había quedado en llamarme.*

Abrió el portal y colgó el telefonillo.

Había conocido a Cristian el viernes en un bar de Malasaña. Tras una noche de éxtasis y cubatas de ofertas se lo folló en su apartamento. Aunque vagamente se acordaba de todo aquello. Tendría que dejar un día de ser tan promiscua y darle tanto al vodka.

Al abrir la puerta apenas reconoció al hombre de treinta y cinco años que se plantaba en el umbral. Vestía pantalones blancos. Le asqueaban. El polo Lacoste rosa y el pelo engominado hacia atrás tampoco ayudaban al conjunto. Cómo se podía haber liado con ése, si que estaba borracha, se dijo.

—Hola, Eva. Te traigo flores —saludó Cristian, e inmediatamente después mostró el ramo de margaritas que escondía en la espalda.

—Anda, pasa si quieres —suspiró Eva sin coger el ramo.

A su espalda, mientras recorrían el pasillo, Cristian comentó:

—Si las dejas en un jarrón con un poco de agua y una aspirina duran más.

Eva no abrió la boca hasta llegar a la cocina.

—¿Quieres una copa, un café o algo?

—Si tienes un Nестea.

—No. Lo más parecido que tengo a eso es cerveza.

—Bien, pues una cerveza. Gracias.

Eva, apática, le pasó una lata de Mahou Clásica y se sentó en una silla con los pies en la mesa. Mantenía el equilibrio en la silla sustentándose sólo con las patas traseras. Y se puso a liar un porro.

—No deberías fumar porros —le dijo Cristian.

Eva emitió un pequeño gruñido a modo de contestación.

Cristian posó sus ojos en un folleto de un curso de ebanistería que se descubría en medio de la mesa.

—No sabía que te gustasen esas cosas. —Abrió la lata de cerveza y le dio un sorbo.

Eva se encogió de hombros.

—Me dio por buscar información. Aún no sé bien ni por qué... ¿A ver, qué quieres? —preguntó finalmente Eva sin levantar la vista del porro que terminó de liar.

—Te gustaría venir hoy a ver el partido entre el Real Madrid y el Atlético. Un socio de mi padre me ha conseguido entradas —le contestó Cristian a la vez que nivelaba un pequeño cuadro de un bodegón que se clavaba torcido en la pared de la cocina. Gesto que exasperó a Eva.

—Mira, Cristian. Lo del otro día fue un error. Con respeto y tal, pero eres el puto Ned Flanders comparado conmigo. ¿Pero me has visto bien? —Eva continuaba manteniendo el equilibrio en la silla, y con las piernas estiradas encima de la mesa se mostraba vestida de cintura para abajo con unas simples bragas negras. En la parte exterior de la pierna izquierda un tatuaje de un cuervo posado en un árbol de torcidas ramas le cubría por completo el muslo; otro tatuaje se le dejaba entrever por el cuello de la raída camiseta verde militar que también vestía. Prosiguió—: Búscate alguna pijita de tu tipo, ten muchos niños, cómprate un labrador para el chalet y vete a esquiar los días de fiesta. En definitiva: se feliz.

Cristian se sintió desilusionado e insultado por las irónicas palabras de Eva.

—Tienes muchos problemas, Eva.

—En cuanto te vayas tendré uno menos. Y llévate las flores contigo. —La gata saltó a su regazo, y Eva le dio la primera calada al porro—. Di adiós a Cristian, Isis.

Eva era hija única. Su historia no es la de la típica familia desestructurada con un padre alcohólico que abusaba de ella. Simplemente para sus padres la vida que llevaba era una vergüenza pues su familia era más bien de corte conservador, sin ir más lejos su abuelo fue un héroe falangista y su padre ostentaba un importante cargo militar. Tampoco era una cuestión de ideología, no era una mujer con una ideología marcada ni para un lado ni para otro. Ella actuaba bajo sus propios criterios y no de acuerdo con el de ningún colectivo. Tal vez el individualismo podría ser su filosofía de vida. Con todo, no odiaba a su familia si bien tampoco sentía ningún tipo de afecto por ella. Cuando se marchó de casa con un escueto: «Me voy», para poder pagar el alquiler trabajó de camarera, de pinche de cocina, en una tienda de ropa gótica e

incluso durante medio año rodó escenas porno para diferentes páginas Web; pagaban bien. Lo dejó por un tiempo, no obstante cuando necesitó de nuevo dinero para comprarse un bajo eléctrico Mayones Slogan 5 volvió a aceptar un par de escenas lésbicas aun no siendo de la otra acera. Hacía años que ya no participaba en ningún video para adultos. Ni ganas. Ahora disfrutaba de un trabajo más estable en un estudio de tatuaje. Siempre había tenido mano para las artes plásticas. Transfería al papel y posteriormente a la piel las ideas y los conceptos que tenían los clientes con gran acierto y con un estilo propio que gustaba mucho. A parte del trabajo una vez a la semana ensayaba con su grupo los Cerebros Lobotomizados, de momento no era más que un *hobby*, sin embargo, estaban comenzándose hacer escuchar en la escena metal de la ciudad y alrededores. Igualmente dos veces a la semana iba al gimnasio, practicaba krav magá, la lucha y defensa personal usada por las fuerzas de defensa y seguridad israelíes. Le gustaba mucho. Era un arte marcial que poseía un amplio abanico de golpes: puñetazos, tortazos, codazos, rodillazos, patadas bajas y altas, pisotones, mordiscos, cabezazos, luxaciones, barridos, lanzamientos y estrangulaciones. Transformando también cualquier objeto en un arma. Y hablando de armas era además ducha con la katana. Le chiflaban las espadas japonesas, de hecho tenía una. Poseía una constitución delgada pero era una luchadora aplicada. Y en pocas líneas ésa era la historia y las aficiones de Eva.

6

Santiago Bernabéu

Había parado a comer en una taberna castiza de la calle Cava Baja dentro del barrio de calles estrechas y amplias plazas de La Latina. Los demonios pueden pasarse el tiempo que deseen sin ingerir alimento alguno, no mueren. Pero la gula es un pecado que les gusta cometer siempre que pueden. En el local colgaban jamones del techo y diferentes tapas se presentaban en la barra expositora: pulpo, oreja de cerdo, patitas de cordero, mollejas, entre otros productos de casquería. Fotografías antiguas del Madrid de los Austrias se mostraban en las paredes. En el suelo servilletas de papel usadas, palillos y huesos de olivas.

Iba por su cuarta ración de callos y pidió una quinta. Un camarero larguirucho de camisa blanca y pajarita negra con los ojos en blanco y con un hilo de baba cayéndole por la comisura de los labios le servía los platos, tropezando continuamente con el mobiliario y con los clientes. Parecía un zombificado haitiano y prácticamente lo era pues estaba siendo controlado a voluntad por Lucio desde que le tocase con un dedo en la frente.

El demonio apuró su copa de vino tinto y salió sin pagar sin que nadie le dijese nada.

Quedaban todavía unas horas para el partido en el Santiago Bernabéu. Esperaba encontrar ahí al Mesías. «¡La primera jerarquía!», «¡La primera jerarquía!», «¡La primera jerarquía!», «¡La primera jerarquía!», se repitió con insistencia enfermiza.

En las calles vio deambular todo tipo de personas singulares: negros con enormes carteles que decían comprar oro, un ratón gigante sonriente, una estrella marina rosada gigante y sonriente y más cosas gigantes y sonrientes que vendían globos y que no supo identificar. «*Seres extraños pueblan Madrid*», pensó. Le sorprendió igualmente ver a tantas mujeres vistiendo de forma tan poco recatada. Recordaba que en 1808 no llevaban pantalones, ni mallas ajustadas ni enseñaban tanta carne. Supuso que el número de prostitutas había crecido de manera profusa en los últimos siglos.

Caminaba por la calle Bailén. Al toparse de bruces con la Catedral de la Almudena, un compendio de divergentes estilos y consagrada por el mismo Papa Juan Pablo II, cambió de calle y llamó a un taxi alzando una mano. El templo sagrado le produjo jaqueca. «¡Al Santiago Bernabéu!», ordenó más que solicitó al taxista.

En las inmediaciones del estadio del Real Madrid se congregaba un número de personas sólo comparable a los días de la Bacanal en el Infierno que organizaban una vez por año Lilith y Súcubo con ayuda de Íncubus y Popobawa, un monstruo ciclópeo dotado de alas de murciélago y de un gran miembro viril que sodomizaba a

todo lo que se movía. Una orgia que duraba tres días y en la que participaban todos los demonios del Infierno. Los condenados por violaciones sexuales se dedicaban a limpiar luego todo el estropicio y los fluidos tóxicos y corrosivos que generaban los demonios al realizar el acto sexual. Sufriendo además al insaciable Popobawa en sus entrañas siempre que a éste le apeteciera. Que era continuamente.

En el Paseo de la Castellana la gente se animaba cantando y agitando los brazos, en su mayoría vestían con camisetas blancas aunque una cantidad importante se ponía otras parecidas de franjas verticales rojas. Las voces de la gente se convertían en estruendo y las centelleantes véngalas humeaban aquí y allá.

El demonio salió del taxi y un par de caballos de la policía montada que andaban cerca captaron su presencia. Los animales se encabritaron y huyeron llevándose colgando a sus jinetes, arrollando a todo aquel que entorpecía su camino. Uno de los caballos derribó un puesto donde se vendían bufandas y camisetas. Rompiéndose una pata, relinchaba desesperado en el asfalto.

Lucio no prestó atención a las escenas que estaban montando los equinos y se dispuso a entrar en el estadio de futbol por la Torre B. El portero que comprobaba las entradas y los carnets de socio le dio el alto de mala manera y le exigió la entrada.

Poco tiempo después, a espaldas de Lucio, que ya se hallaba en el interior de la torre, ese mismo portero se retorció en su puesto como un pez recién pescado, vertiendo espumarajos por la boca.

Subió por unas escaleras a las entrañas del estadio de futbol y se colocó en lo más alto del recinto deportivo, en la tribuna superior alta. Desde ahí tenía una vista completa de todo el estadio con sus más de ochenta mil localidades y sería más fácil para sus ojos de demonio detectar si alguien brillaba como el nido de ensueño de una urraca.

Por el video marcador y megafonía cantaron la alineación. La gente continuaba entrando por los diferentes accesos que se distribuían por todo el campo. El ruido era ensordecedor. Lucio seguía sin captar ningún aura refulgente en ningún rincón del estadio.

Su enfado iba en aumento.

El partido comenzó con el pitido del árbitro.

Ahí no estaba el Mesías.

Se levantó de su asiento, su cólera era más que manifiesta. Unas venas negras como bulbos se le hinchaban en cuello y frente.

Gritó:

—¡¡¡PUTA MIERDA!!! ¡¿Dónde te metes, Mesías?! ¡Te voy a matar y me comeré tus entrañas, rebozaré tus sesos, te arrancaré las piernas y jugaré al golf con ellas, tu cráneo lo utilizaré para escanciarme el vino y el resto que quede de ti se lo daré a Ghoul de cena!

Los seguidores del Atlético que se sentaban a sus flancos le observaron con recelo. Lucio se ubicaba en la grada reservada para los seguidores del club

colchonero. Y unas moscas comenzaron a surgir de la nada. A materializarse en el aire.

—¿De dónde salen todas estas moscas? —le preguntó extrañado un seguidor del Atlético de Madrid a otro.

Las moscas revoloteaban y zumbaban alrededor de Lucio. Éstas se multiplicaron por dos, por veinte, por cien... Hasta que poco a poco se convirtieron en un manto negro que cubrió toda la grada. Los seguidores del Atlético de Madrid viéndose sometidos a la vileza y bajeza que rezumaban las pequeñas hijas de Belcebú empezaron a golpearse entre ellos, luchando los unos con los otros con fuerza animal, obviando la edad y el sexo y olvidándose por completo si guardaban algún parentesco o amistad con su contrincante. Así, padres y madres apaleaban a sus hijos. Nietos a sus abuelos y maridos a sus mujeres.

El manto negro de moscas se extendió por todo el Santiago Bernabéu como una nube preparada para descargar su funesta tormenta; ahora también los seguidores del club blanco se enfrentaban entre ellos. El zumbido de las moscas era de tal intensidad que camuflaba cualquier ruido. Los alados insectos llegaron hasta los jugadores y a su vez éstos fueron participes activos de la batalla campal que se cernía por todo lado; especialmente mal parado se le veía a un linier que era pisoteado una y otra vez en la cabeza por una bota de tacos de aluminio del delantero del Atlético de Madrid. Los suplentes de ambos equipos se abalanzaron a dentelladas y arañazos contra su propio entrenador en el banquillo. Todo el estadio se encontraba en estado de guerra. El enemigo: el que estuviera más cerca.

Lucio abandonó de esta guisa el estadio y las moscas desaparecieron con él como un mal sueño. La extrema violencia cesó en el campo, retornando la calma a unas gentes confusas, ensangrentadas y en el mejor de los casos sólo con leves contusiones.

El demonio cogió un taxi y requirió al conductor que le llevase al mejor hotel de la ciudad. El taxista condujo por toda la Castellana dirección sur durante doce minutos hasta llegar a la Plaza Lealtad, aparcando frente al palacio *Belle Époque* que era el Hotel Ritz. Lucio con el semblante torcido se ajustó la corbata encarnada y bajó del vehículo.

7

Lunes

Lucio

Se dio una ducha hirviente en uno de los tres baños de grifería de oro de la Suite Real del Hotel Ritz. Se envolvió en el albornoz y tuvo cuidado de no pisar con los pies descalzos los pedazos de lo que había sido un elegante jarrón de la dinastía Ming que se esparcían por la alfombra elaborada por la Real Fábrica de Tapices. A la noche, en su enfado, seguidamente entró en la habitación lo arrojó contra una de las chimeneas de mármol.

Se acomodó de nuevo en la cama de matrimonio. Le informaron que en ella durmieron la princesa Gracia y Rainiero de Mónaco en su luna de miel, Frank Sinatra, Alexander Fleming, actores de Hollywood, miembros de la realeza europea, presidentes norteamericanos, incluso Mata Hari y Eva Perón, a las cuales, de hecho, conocía personalmente. Y, él, obviamente, no merecía menos que todos esos irrelevantes personajillos mortales.

Eran las ocho de la mañana. Se levantó, abrió la puerta, gritó al pasillo que quería desayunar y volvió a la cama. Le trajeron el desayuno y le enseñaron de paso a utilizar el teléfono para ponerse en contacto con el servicio del hotel y pedir lo que gustase cuando lo desease.

Desayunó viendo la televisión. Ahora, sin duda, se encontraba más tranquilo. En la TVE1 no hablaban más que del suceso acontecido en el Santiago Bernabéu. Un supuesto experto comentaba que podría tratarse de un gas experimental del ejército que producía que el hombre manifestase una violencia exacerbada al inhalarlo. Otro de los contertulios lo achacaba a un atentado terrorista. Harto de estupideces llamó al servicio, de esta vez mediante el teléfono.

A los cinco minutos se presentó en la suite una señorita de unos treinta años, de melena rubia, labios carnosos y figura curvilínea.

—¿Qué desea, señor? —le preguntó con una amplia sonrisa de dientes blanqueados.

—No hablan más que tonterías en la televisión —se quejó Lucio al tiempo que se colocaba un cojín de puro lino en los riñones, adoptando así una postura más recostada en la cama de matrimonio tamaño *king*.

—Puede cambiar de canal, señor.

—¿Cómo dices?

—Con el mando a distancia puede cambiar de canal y ver otros programas. —La

mujer le mostró el mando después de sacarlo de un cajón de la mesilla de noche de estilo Luis XIV, al reclinarsse reveló un generoso canalillo a la altura de los ojos de Lucio—. Mire, le da a este botón y elige lo que quiera ver.

En la televisión fueron mostrándose los diferentes canales: en uno un hombre asiático de largos bigotes blancos le pegaba una patada ninja a otro de la misma raza, en otro jugaban a un ridículo deporte de invierno lanzando una piedra y barriendo el hielo a su paso, en la Fox emitían alguna serie del momento y en Disney Channel apareció Mary Poppins bailando y cantando *supercalifragilisticoespialidoso* con una banda de músicos a su espalda conformada por espantosos hombres y mujeres de cuerpos y cabezas deformes hechos de dibujos animados.

—¡Noooooooooooo! —gritó Lucio—. ¡Quita eso, rápido! —Se cubrió la cara con el cojín.

La señorita cambió de canal de inmediato y dejó puesto el Canal Historia. Londres era bombardeado por los nazis.

Lucio resopló aliviado.

—¿Precisa de alguna cosa más, señor?

Lucio la miró de arriba abajo y se detuvo en sus ojos, sólo fue necesario un segundo de control mental para que la chica se volviese completamente sumisa a sus deseos. La mujer se subió a la cama con los tacones puestos, le abrió el albornoz y empezó a hacerle una mamada al Demonio Ibero.

Una vez dejó ir a la chica del servicio consultó la guía turística en el amplio salón, bajo la lámpara de araña de cristal que colgaba del alto techo. Pasó las primeras páginas hasta el siguiente capítulo y leyó:

—Museo Nacional del Prado: uno de las pinacotecas más importantes y visitadas del mundo. En ella se exponen gran cantidad de obras de pintores de la talla de Velázquez, El Greco, Goya, Tiziano, Rubens, El Bosco, Murillo, Ribera, Zurbarán, Rafael, Veronese, Tintoretto o Van Dyck, entre otros tantos de relevancia mundial. Su visita es obligada. Posee una de las mejores y más extensas colecciones... —Aquí detuvo su lectura—. El museo del Prado... —pensó en voz alta.

El edificio monumental neoclásico que albergaba el museo se hallaba muy próximo al hotel. Detrás de la estatua de bronce de Velázquez, en la que se observaba al pintor sevillano sentado con sus aparejos de pintura, se levantaba la fachada principal, su pórtico sustentado por columnas toscanas era coronado por un friso en el que se representaba al nefasto Fernando VII junto a varios dioses de la mitología griega. Y por esta entrada accedió Lucio a la galería.

Había mucha gente, ésa era buena señal.

Después de más de tres horas vagando por las diferentes salas y pasillos las expectativas iniciales que tuviera Lucio se vieron reducidas a cero. Le gustaba el arte y disfrutó de los cuadros y esculturas, pero no estaba ahí para pararse a contemplar nada. Exceptuando cuando se detuvo en el cuadro de El Triunfo de Baco, pues mantuvo un pulso de media hora con la mirada del borracho que se pintaba en su

centro con un sombrero de ala ancha. De tratarse de un ser humano de carne y hueso estaría muerto y más que muerto.

Volvió a pasar por la sala en la que se colgaban cuadros como El Triunfo de la Muerte de Pieter Brueghel (que le comentara el Gran Jefazo que se trataba de una mera copia, pues él conservaba el original en su castillo) y el tríptico El Jardín de las Delicias del Bosco, dividido en sus tres paneles, cada uno con una escena diferente. El primero con su paraíso terrenal, el momento de la creación de los hombres, cuando Dios presentó a Eva a Adán. Un mundo extraño con formaciones geométricas y animales extravagantes. En el panel central cientos de hombres desnudos pecando, algunos montados en animales, pero todos lujuriosos. En él se mostraba la corrupción de la carne, la depravación de la especie humana. Y en el último panel la advertencia de que si esa corrupción llegaba a los niveles de la segunda escena la condena sería el Infierno, la destrucción. Un lugar oscuro, repleto de sufrimiento y seres grotescos. Lucio tuvo que reconocer que se aproximaba bastante a la realidad y especialmente le divertía el cerdo con hábito de monja que se dibujaba en la esquina inferior de la derecha.

Un guiri de piel rosada, con riñonera y gorra de beisbol, observaba minuciosamente la primera escena del cuadro. El demonio sigiloso como una sombra le posó una mano en el hombro y el turista comenzó a desconchar con las uñas la pintura donde la cara de Dios era representada. Y se introdujo en la boca la monda de óleo reseco. Con deleite se chupó los dedos.

Lucio dio un paso atrás para dejar intervenir a dos hombres de seguridad que con las porras alzadas aporrearon al guiri salvajemente, quien no dejó ni en el suelo de chuparse los dedos.

El día caía ahora tras el ventanal de la taberna de Cava Baja de La Latina. El camarero zombi con la mirada perdida en el infinito más que servirle le arrojó la cazuelita de callos a la madrileña. Se estaba aficionando al plato. Tendría que llevarse la receta al Infierno.

Abrió la guía turística de mala gana y se hizo un planning para el día siguiente.

En un momento dado, al fondo del local, en otra mesa, el mismo camarero tropezó en uno de sus continuos zigzagueos y le vertió un caldo ardiendo a una señora. Lucio no pudo evitar soltar una carcajada. Sin embargo su expresión no tardó en volver a mostrar su habitual imperturbabilidad.

Eva

Terminaba de colorear el tatuaje de un samurái con una máscara de colmillos de jabalí. El tatuaje cubría toda la espalda del cliente, quien le había pagado un extra de veinte euros para que se lo terminase esa misma noche y así no tener que volver al día siguiente. Le dio el último repaso de rojo a una hombrera de la armadura y lo dio por

finiquitado.

—¡Grandioso! —exclamó el hombre al mirarse el tatuaje en un espejo de cuerpo entero. Se vistió con cuidado la camiseta y mirando hacia donde se colocaba Eva le preguntó—: ¿Te gustaría tomar una copa? Invito yo, por supuesto.

Eva se despojó de los guantes de látex manchados de sangre y tinta.

—No —contestó escuetamente sin alzar la vista.

De camino a casa paró en un indio a cenar. Pagó con los veinte euros de más que le había dado el cliente y retomó su marcha. Su piso se encontraba a veinte minutos andando a paso ligero. Le apetecía estirar las piernas después de tantas horas manteniendo prácticamente la misma posición en el trabajo.

A la altura de un pequeño parque mal iluminado por unas farolas a mitad de su potencia un hombre de espalda ancha y cara que parecía esculpida en madera de roble se interpuso delante de ella. Eva lo sorteó pero el hombre la aferró del brazo. «Quieta ahí, putilla. Dame lo que llesves». Eva, sin mirar al individuo, introdujo los dedos por la hebilla de su cinturón, que se desenganchó y se convirtió en un puño americano rematado por pinchos. La primera que le soltó en la nariz, no sin dificultad, pues el tipo le sacaba dos cabezas, lo dejó aturdido. Y de una patada en la rodilla lo tiró al suelo. Eva encima de él como una pantera continuó ensañándose con su nariz que tenía ahora el aspecto de un aguacate cascado que deja entrever el hueso de su interior.

El hombre estaba inconsciente y ensangrentado.

Como por una fuerza invisible su brazo de repente se detuvo en el aire cuando iba a arremeterle otra serie de golpes.

No podía moverlo.

Extrañada, se levantó. Se masajeó el codo. Parecía no pasarle nada. Y sin saber bien que había ocurrido se marchó confusa dejando al hombre tirado en el parque.

Una vez en casa, antes de darse una ducha, descubrió frente al espejo del baño que haya donde tenía el colgante, un pentáculo de plata sujeto al cuello por un cordel, su piel se irritaba. Se lo quitó pensando que se había vuelto alérgica a la plata. Y se pegó una ducha de media hora. La necesitaba más que nada en el mundo.



Historias en el Infierno La Condesa Elizabeth Báthory & El Gran Líder Kim Jong-il

Elizabeth apretujaba con fuerza la carta contra su pecho. Y suspiró al aire como una adolescente enamorada. Kim Jong-il le hablaba en la carta de su hermosa melena roja, de su tez nívea y tersa y de su cuerpo modelado por Dios para el pecado. También le comentaba que esa misma tarde pasaría a llamarla a su casa. Cuando Elizabeth leyó estas últimas líneas enseguida se puso a limpiar y ordenar su vivienda en el barrio del Infierno que le fue designado a su llegada; entre sus más ilustres residentes se hallaban personajes como Efilates, quien traicionara a sus conciudadanos espartanos ante los persas, Judas Iscariote, Iván el Terrible o su amiga Ranavalona I de Madagascar, conocida también como la reina más loca de la historia por matar y torturar a más de ciento cincuenta mil personas en su reinado, la cual se encontraba junto a ella pegando saltitos en el salón a la vez que se sujetaba la corona con una mano para que no se le cayese. Ranavalona I terminó por abandonar la casa entre grititos de emoción para dejar a su amiga tranquila con los preparativos.

Elizabeth Báthory, denominada la Condesa sangrienta por maltratar y bañarse con la sangre de más de quinientas doncellas virginales para alargar en lo máximo de lo posible la efímera belleza y juventud, preparaba el té y unas galletitas de mantequilla cuando llamaron a la puerta.

Nerviosa, aspiró una bocanada de aire y fue a abrir, descubriendo a su amor El Querido Líder y Gran Dirigente Kim Jong-il con un ramo de ortigas en las manos.

—No he podido encontrar nada mejor —se excusó Kim Jong-il. Elizabeth aceptó el ramo y se lo acercó a la nariz, irritándosela.

—Mmmm... que bien huelen —dijo, e invitó a su amado a sentarse frente a la baja mesita.

Mientras tomaban el té y mordisqueaban como ratones de campo las galletitas conversaron de sus cosas. Báthory le habló cómo introducía a las jóvenes en las damas de hierro, unas jaulas con forma de mujer llenas de pinchos que colgaba en lo alto del techo de su castillo para a continuación ducharse con la sangre que se derramaba por litros desde el instrumento de tortura. Las vaciaba que daba gusto, las «ordeñaba» como le gustaba decir. Por su parte Kim Jong-il le relató cómo asfixiaba a familias enteras en cámaras de gas o golpeaba a presos políticos hasta que los globos oculares se le salían de las cuencas. Los dos tortolitos reían las ocurrencias del otro.

Y así estuvieron viéndose una semana. En cada cita parecían entenderse mejor.

Al quinto día, un viernes, Kim se cargó de valor y, poniéndose de puntillas, la besó. El beso fue tan apasionado que provocó un maremoto en las aguas de alguna zona tropical y un terremoto hizo temblar la tierra en una antigua ciudad iraní. Muriendo sepultadas miles de personas. Excitados, la pareja hizo el amor toda la noche como coloridos pavos reales en su juego de cortejo.

A primera hora de la mañana salieron a dar una vuelta por el barrio residencial. En el ambiente se respiraba un leve olor a metales pesados. La calzada cuarteada se formaba de embriones y fetos humanos y de cachorros de perro, era una estampa muy romántica. Pero en el paseo de árboles quemados cometieron el error de cogerse de la mano. Tanto Efiates como Judas, que andaban con sus asuntos de traidores, los vieron y los denunciaron a las autoridades pertinentes. La Ley número 24 556 lo dejaba bien claro: el enamoramiento, así como cualquier gesto o expresión de cariño entre los condenados, será castigado con la decapitación y la cabeza clavada en una estaca; referir asimismo que prácticamente todo era castigado con la decapitación, hasta por comerte las uñas te podían decapitar.

Esa misma tarde ambos fueron apresados. En el instante que los guardias entraron de improviso en casa de Elizabeth los amantes se fundían en tal abrazo que fue harto complicado separarlos. Les cercenaron las cabezas al día siguiente y nunca más se volvieron a ver.

Sus cabezas fueron subastadas entre los demonios. La de Báthory fue a parar a Pazuzu, demonio del viento y la tormenta, de las plagas y la peste. Y Lucio consiguió de esta manera la de El Gran Líder. El tener una cabeza clavada en tu jardín era signo de buena posición social, de alto estatus, sobre todo si el antiguo propietario de la misma era un personaje de relevancia dentro del marco de la maleficencia; esto se podría traducir como quien posee un Mercedes de alta gama aparcado en su casa.

Todos los días desde entonces las cabezas de los amantes lloran amargamente por su separación.

8

El anticuario

Durante todo el martes Lucio no paró en su búsqueda del Mesías. Pasó por un buen número de los lugares que proponía la guía turística: la Plaza Mayor, Puerta del Sol, Fuente de Cibele, Palacio Real, Plaza de Colón con su inmensa bandera española ondeando y finalmente el Templo de Debod, un antiguo templo egipcio de dos mil doscientos años ubicado originalmente en la región de Nubia pero que fue trasladado a Madrid piedra a piedra. Y aquí se hallaba cuando MMMBop de los Hanson sonó en el interior del bolsillo de su americana. Al principio la cancioncilla le sobresaltó pero enseguida cayó en la cuenta del artilugio que el Gran Jefazo le había proporcionado.

¡Le estaba llamando!

Presionó el botón verde como le indicara en el Castillo y contestó:

—¿Sí?

—«¿Cómo va la misión, Lucio?».

—Me estoy pateando la ciudad de cabo a rabo, mi Señor. Si bien aún no se han dado los resultados esperados. —En los segundos posteriores a su respuesta Lucio no escuchó más que niebla al otro lado de la línea telefónica—. ¿Gran Jefazo...?

—«Lucio, harás lo siguiente».

—Sí, dígame.

—«Al final de la calle Serrano hay una tienda de antigüedades. El anticuario es un viejo demonio carpetano, desde hace milenios se asienta en la zona. Quizás pueda proveerte algún tipo de ayuda e información con sus poderes adivinatorios de Oráculo».

Podría haberme dicho esto desde un inicio y me habría ahorrado mucho trabajo, pensó Lucio, pero no dijo nada.

—«Escucha atentamente, Lucio. Lo siguiente es de extrema importancia. Trátalo con educación, adúlalo si fuera necesario. —Y antes de colgar añadió—: Por cierto, es capaz de leer la mente, no pienses en nada que podría disgustarle, o te devorará».

¿Me devorará?, ¿que no piense en nada que le disguste? Vamos de mal en peor...

No le costó trabajo dar con el sitio.

La pequeña tienda de antigüedades se embutía entre otras dos tiendas de alto *standing*, una de moda italiana de amplios escaparates con sus maniqués elegantemente vestidos con lo último de la pasarela de Milán y una *boutique* de perfumes franceses. La fachada del negocio de antigüedades se ornamentaba con espirales y dibujos de plantas enredaderas en bajorrelieve. Por el escaparate se dejaba

entrever algunas de las lujosas piezas, como una escultura dorada de la diosa griega Hebe y un par de muebles antiguos de maderas nobles.

Entró intentando relajarse y sin pensar particularmente en nada. «Mente en blanco», se dijo. Al abrir la puerta un tintineo reveló su presencia. El aire estaba cargado, olía a madera y a alfombras viejas.

No se veía a nadie en el local. Hasta que una figura encorvada surgió de detrás de un armario isabelino que se instalaba en el fondo de la tienda. Ayudándose de un bastón el sujeto se acercó a Lucio de manera lenta y cadenciosa, deteniéndose a escasos centímetros de él. Su aliento apestaba a pescado en salazón. Unos ojos grises examinaron a Lucio de arriba abajo. El hombrecillo de nariz aguileña y melena blanca que se le plantaba delante no podía pasar de los treinta y cinco kilos, era todo hueso y pellejo desecado sin melanina alguna. Llevaba puesto un chaquetón marrón varias tallas más grandes de las que le correspondía y por sus mangas asomaban unos largos y huesudos dedos de uñas y yemas negras que parecían haber sido afilados para desgarrar.

Lucio bajó la mirada al puño del bastón, una cabeza de toro de plata. Y luego a la punta de sus propios zapatos, sin parar en más detalles del anciano anticuario. Quería ocupar su mente en cosas que nada tuvieran que ver con el desagradable aspecto del hombrecillo. No obstante, sin quererlo, deliberó que un ser tan endeble no podría hacerle ningún daño en batalla.

El hombrecillo separó sus reseco labios, su boca se llenaba de dientes amarillos, torcidos y picudos como una cordillera andina, y comenzó hablar con una voz aguda de niña (Lucio se esforzó aquí para que una sonrisa no brotase en su semblante, aguantó y se mantuvo serio y circunspecto).

—Antes de que pudieras hacerme nada te habría arrancado la piel y con ella encuadernaría una primera edición que atesoro de El Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha. —El viejo hizo una incómoda pausa y le ordenó—: Acompáñame. Y no rayes los muebles.

Lucio fue a hablar para disculparse pero el anciano atajó sus palabras levantando una mano.

Caminaron por un intrincado y estrecho pasillo enmoquetado y colmado a los lados por muebles clásicos: una alacena barroca, una mesa de nogal y cerámica, un *buffet* tudor, un arcón del siglo XVII con herrajes de forja..., entre otros tantos muebles que se amontonaban.

El anticuario entró en una salita que se abría tras el pasillo y se paró frente a un globo terráqueo de cartografías antiguas de más de metro y medio. Levantó la semiesfera superior del globo y en su interior aparecieron una botella de coñac Louis XIII de Remy Martin edición limitada y un whisky escocés de cuarenta años. Sirvió éste último en dos copas snifter e invitó a Lucio a sentarse con él en el sofá tapizado en seda de damasco que se situaba al lado.

—Gran gusto el suyo —dijo Lucio al probar el whisky.

—Sabes que este barrio —comenzó el anciano— está lleno de demonios. Muchos son clientes míos. Grandes empresarios y caras famosas del papel couché. Aquí se da la mayor densidad de población demoniaca de todo el país, que al igual que yo se camuflan entre lo ricos. Llevamos vidas ociosas y de lujo. No me puedo quejar... — Se interrumpió por un momento para sorber su copa y frunciendo el ceño preguntó finalmente—. ¿Y bien, qué quieres de mí, demonio?

—Vengo de parte del Gran Jefazo.

—Sera tu jefazo, no el mío. Yo no tengo a nadie por encima de mí. Mi jurisdicción está en la superficie, nada tengo que ver con lo que haya debajo de ella desde que el Hombre es Hombre, incluso antes. Ese al que tú llamas «Gran Jefazo» simplemente ha hecho del Infierno su corralito particular, colmándolo de mediocres como él.

—Sí, señor. Disculpe.

—Déjate de disculpas y dime, ¿qué quieres, demonio? —repitió.

—Quisiera...

—Quisieras saber cómo encontrar al Mesías, ¿verdad? —le interrumpió.

Lucio asintió.

—Así es.

—¿Y por qué debiera ayudarte, demonio?

Lucio no supo que contestar, se limitó a mirar al viejo con sincero respeto, sin temor.

—Mi odio a Dios es atávico y visceral, si cabe aún mayor que el que le tengo a tu amo —continuó el anciano—. Incluso más que el que le podéis tener los desgraciados que os tostáis en el magma. Como aborrezco todos sus truquitos para llamar la atención de los humanos..., me hierve la sangre. Como cuando hizo hablar a la burra de Balán. ¿Se puede ser más ridículo...? —Hizo una pausa y dejó caer pesadamente una mano sobre una escuálida rodilla—. Está bien. Te ayudaré. Pero necesito un humano. Sus venas me dirán lo que precisas saber. ¿Me darás un humano, demonio?

—Se lo daré.

—Aquí te espero entonces —concluyó. Y el anticuario se reclinó en el sofá apurando su copa.

A la media hora Lucio estaba de regreso en la tienda, consigo traía un hare krishna con su característica cabeza rapada al cero y su dhotis tradicional de color naranja. El hombre, tranquilo, se mantenía a la vera de Lucio sometido bajo el dominio mental del demonio.

—Eres rápido —admitió el anciano.

—No fue difícil, eran un grupo numeroso de ellos. Bailaban y tocaban extraños instrumentos en la calle.

—Bien, tráelo aquí. —El anciano se levantó del sofá y condujo a Lucio y al hare krishna a la trastienda.

En el centro de la trastienda se levantaba un madero y alrededor de él se

desplegaban metros de plástico. Una desnuda y solitaria bombilla colgada del techo iluminaba la estancia a media luz.

El anciano le pasó la argolla de un garrote vil a Lucio y le ordenó que sujetase al hombre al poste por el cuello. Entre tanto el anciano colocó un disco en el gramófono de salón. Por la trompeta sonó El Relicario, interpretado por Raquel Meller.

—Líbralo de tu poder —dijo elevando su aflautada voz por encima de la música—. Me gusta que sean conscientes cuando escarbo en sus entrañas.

Lucio obedeció e hizo volver al hombre a su raciocinio. El hare krishna al verse en una habitación extraña, inmovilizado y con dos desconocidos frente a él, rompió a gritar. El anciano agarró su lengua con una mano y se la cortó de un tajo con uno de sus afilados dedos, arrojando la lengua al suelo, sobre el plástico, como una trucha recién pescada.

Los dedos del viejo demonio carpetano eran bisturís quirúrgicos sobre la piel del prisionero. Le proporcionó sendos cortes verticales en ambas muñecas, ascendiendo suavemente con la incisión por los brazos acabó por abríselos por completo. La víctima hiperventilaba cual bestia y sus ojos parecían que iban a salirle despedidos de las órbitas, al igual que el corazón de su caja torácica; para su suerte el pobre desdichado perdió el conocimiento.

En cuclillas, el augur, analizaba en el plástico una masa conformada por carne y venas. La levantaba a la luz de la bombilla y volvía a depositarla en el suelo. La sangre le teñía a él y al plástico.

Alzó la vista hacia Lucio.

—Ha habido suerte —comenzó a decir el anciano con una pernicioso sonrisa trazada en el rostro—. Las venas me dicen claramente que si quieres hallar al Mesías deberás presentarte en la Fuente del Ángel Caído, en el parque del Retiro, mañana a las tres en punto de la madrugada. Ahí conocerás a unas personas. Éstas te llevarán hasta el Salvador cristiano. Y te voy a poner las cosas más fáciles todavía. —Se levantó con ayuda del bastón, y tras limpiarse las manos en una jofaina, abrió el cajón de doble fondo de una cómoda sacando algo envuelto en un paño—. Toma. —Le ofreció.

Lucio aceptó el objeto.

—¿Qué es?

—Desenvuélvelo.

Lucio tiró de las puntas del paño de lino y apareció una especie de daga antigua de destellos acerados.

—Es la famosa y original lanza del Destino —informó el anciano—. La misma con la cual el soldado romano de nombre Longinos atravesó el cuerpo de Cristo en la Cruz. Si se la clavas al nuevo Mesías en el costado derecho, justo debajo del pecho, acabarás con él.

Dos moscas surgieron de ningún sitio y revolotearon juguetonas alrededor de Lucio. Su expresión de satisfacción se reflejaba en la hoja de la punta de la lanza,

ahora insertada en una empuñadura de alpaca y madreperla. Ya estaba más cerca de la primera jerarquía. Dio las gracias al veterano demonio carpetano con la promesa de adquirir algún mueble para su casa del Infierno y se despidió con cortesía y admiración.

9

Miércoles noche

Locales de ensayo

Cerebros Lobotomizados, el grupo deathcore de Eva, ensayaba sus nuevos temas. El viernes tenían un concierto en una sala de la calle Echegaray.

Las paredes del local de ensayo se forraban con *posters* de grupos: Whitechapel, The Black Dahlia Murder e incluso uno de Max Cavalera firmado que consiguiera José, el batería, en el Hellfest del 2009. Igualmente colgaba de una de las paredes un crucifijo, la idea era que colgase boca abajo, pero no había manera de ponerlo en la posición contraria. Parecía atorado, según anunció Gabriela, la guitarrista.

Después de más de dos horas tocando sin descanso, intentando que todo encajase para la próxima actuación, se sentaron en el desvencijado sofá del local a beber latas de Mahou y a fumar cigarrillos. Lo primero que hizo Eva el día que por primera vez pisó el local fue inutilizar el detector de humo, así que podían fumar.

José era un gran cinéfilo y volvió a retomar una antigua conversación con Eva que dejaran a medias antes del ensayo.

—*Terminator II* es mejor que la uno, es uno de esos pocos casos en la que su segunda parte es mejor. Como *Aliens: el regreso*. Ya no sólo porque los efectos especiales fueran una auténtica revolución en la época, sino porque que posee un guión mucho más elaborado que su predecesora. El T-1000 es uno de los villanos más inquietantes y temibles de la historia del cine. Linda Hamilton está genial, Schwarzenegger, la banda sonora y así podría continuar hasta el infinito, amiga... — terminó diciendo la palabra «amiga» con retintín.

—La uno es mejor —contradijo Eva tajante sin argumentar nada más y le dio un sorbo a su cerveza. Eva ni siquiera había visto la segunda parte. No era una gran entendida del séptimo arte pero le gustaba de vez en cuando picar a José. Eso sí, era fan de *Posesión Infernal* de Sam Raimi, en su apartamento el anterior inquilino se olvidó el DVD de dicha película y se la había visto como una veintena de veces.

José iba a replicarle pero en ese momento llamaron a la puerta y se suspendió de nuevo la conversación. Apagaron los cigarros con premura y pegando manotazos al aire intentaron disipar inútilmente el humo.

—Adelante —dijo María, la cantante del grupo.

Por la puerta asomó una cabeza de hombre redonda y sudorosa, el pelo greñado se le apelmazaba grasiento en la frente. Detrás de ésta cabeza se hallaban otras dos caras masculinas de ojos perdidos y pelos largos. La cabeza redonda y sudorosa se

pegaba a un cuerpo también redondo y sudoroso que se ataviaba con chupa y pantalones de cuero y una camiseta de Cradle of Filth donde se estampaba una monja masturbándose, y habló:

—Somos el grupo Los Moradores del Helheim. Yo me llamo Grendel, soy la voz y el bajo. —Apuntó al que se colocaba a su izquierda, un personaje larguirucho con la cara pintada de blanco y con pintas del Cuervo—. Éste se llama Hugin, el batería. Y este otro es Fenrir el mudo, mi hermano pequeño que toca la guitarra. Y, como indica su apelativo, no habla ni papa desde que a los ocho años le atacó una manada de lobos siberianos en un nevado bosque primigenio nórdico. Desde entonces se expresa solamente tocando la guitarra, es un virtuoso. —Historia ésta que no se creyó nadie. El hermano estaba casi tan gordo como él y vestía con gabardina negra y gafas de efecto espejo—. Vamos a ser vuestros teloneros en el bolo del viernes. Ensayamos nuestro black metal pagano dos puertas más allá —indicó con un rechoncho dedo hacia la derecha del pasillo—. ¡Va a ser la hostia! Es nuestro primer concierto y queríamos pasar a presentarnos e invitaros a priva. —Levantó dos botellas de vodka barato—. También tenemos ganchitos de queso.

—¿De dónde coño habéis salidos vosotros? —dijo Eva—. Panda pringaos...

Los Cerebros Lobotomizados declinaron la invitación de Los Moradores del Helheim, quienes se fueron profundamente ofendidos.

Los Moradores del Helheim

—Hija de puta. —Grendel le daba un largo trago a la botella de vodka, ya sólo le quedaba un culín—. Como se atreve a faltarnos al respeto, ¡a nosotros, Los Moradores del Helheim! —Y le pasó la botella a su hermano pequeño, que simplemente asintió con un gesto de cabeza a las palabras de su hermano mayor. Se encontraban los tres en el Templo de Baco, una construcción de estilo clásico, en el parque de El Capricho. La estatua del dios del vino parecía mirarlos con sorna—. Pásame los ganchitos, anda —solicitó a Hugin que se manchaba la cara de color naranja antes completamente blanca como la cal—. Ya nos vengaremos en el escenario de ese grupo de desagradecidos y de esa lesbiana de los *piercing*. Dejaremos atónitos a la gente. Se hablará de nuestra primera actuación como de Woodstock.

—No crees que igual estas exagerando un poco —intervino Hugin, el Cuervo batería.

—No. Es más, igual me quedo corto.

—Podríamos celebrar una misa negra a Satanás para que nos acompañe la fortuna —propuso Hugin cambiando de tema y dándole al vodka.

—¡Buena idea! —exclamó Grendel—. Sacrificaremos un gallo negro.

Y no se habló más. Volvieron al coche de Hugin, un Seat Panda, y pusieron

rumbo a la Fuente del Ángel caído, pues que mejor sitio para ofrecerle un sacrificio a Satanás que una plaza levantada a su nombre. Pero antes pasarían por casa de Hugin a proveerse de velas negras, del gallo y de unas túnicas que adquirieron para mostrar una imagen acorde a su estilo pagano en los conciertos que estaban por venir.

Lucio

Que se había pasado el día viendo la televisión en su suite (llegando a la conclusión que a la gente lo que más le gustaba era despotricar los unos de los otros, cantar mal, estirarse las caras y follarse a toreros) esperaba ahora paciente detrás de unos árboles contiguos a la glorieta de la monumental Fuente del Ángel Caído. A 666 metros a nivel del mar, en lo alto del pedestal octogonal con caras de demonios en cada lado vio que se apoyaba en un tronco y roca con sus alas desplegadas y pérfidas serpientes enroscadas en su cuerpo El Opositor, El Calumniador, El Adversario, El Enemigo de Dios. Resumiendo: Satanás. Recién caído del paraíso a las tinieblas abisales se contorsionaba mirando con odio el cielo y jurando su eterna venganza.

Dieron las tres de la madrugada en un campanario cercano. Y entraron en la glorieta de la fuente tres personas con túnicas y cabezas encapuchadas, portaban velas y el más alto y delgado de ellos llevaba además algo dentro de un saco. Lucio desde su escondite observaba con interés la escena.

El más gordo se puso a leer una invocación del Gran Grimorio del Papa Honorio y levantó un cuchillo en la fría noche. «Pásame el gallo negro», le dijo al delgado con cara pintada de blanco que acarreaba con él el saco, éste le acercó el saco sin mucho convencimiento. «¿Pero qué mierda es ésta?!». «Es lo más parecido que tenía a un gallo negro». «¿Pero si es un pollo y está aún sin descongelar!». Y nació una larga discusión que no parecía llegar a ningún término. Lucio se decidió entonces a aparecer, no le apetecía dilatar más la absurda pelea.

El primero que le vio acercarse fue Fenrir. El hermano menor de Grendel y guitarra de Los Moradores del Helheim, con ojos como platos y boquiabierto no pronunció palabra, como mudo que era. Se limitó a darle toquecitos en el hombro a su hermano mayor, el cual por fin se percató de Lucio al igual que un sorprendido Hugin, que ante la aparición era una estatua de cera de Brandon Lee en su película póstuma.

—¿Sa... Sa... Satanás? —tartamudeó Grendel.

—Más o menos —contestó Lucio.

La silueta de Lucio se recortaba en la madrugada, no era la silueta de un cuerpo colosal y musculoso, lo que tampoco quería decir que fuera un enclenque, sin embargo poseía un porte especial a la par atractivo e intimidatorio, una extraña mezcla propia de los demonios. Todo eso transmitía su visión.

—Pe... pe, pero no tiene cuernos... y todo lo demás... —balbuceó Grendel.

—¿Qué es todo lo demás? —preguntó Lucio.

—No sé, ¿escamas rojas?

Lucio suspiró a la noche y de la frente le germinaron dos cuernos de un metro de largo que se curvaban hacia atrás y a seguir su piel transmutó a la de un dragón de leyendas medievales, brillante como el rubí.

—¿Así que tal?

—¡Sí, eres tú! ¡Eres el Señor del Mal! ¡El Señor del Mal! —gritó Grendel y fue a abrazar al demonio. No obstante, como si un campo de fuerza invisible se hubiese interpuesto entre los dos, Grendel no pudo acercarse a Lucio a menos de medio metro. Y al igual que si chocase contra un muro cayó de espaldas. Balanceándose hacia los lados como una tortuga patas arriba se levantó, se sacudió y continuó hablando—: Mí Señor del Mal, ¿puedo llamarle así?

—Si así lo deseas... —dijo cansado Lucio, y retornó a su aspecto habitual.

—¿Qué quiere un ser tan poderoso como usted de unos insignificantes humanos —señaló a sus compañeros que se situaban detrás— y de mí?

—No entiendo cómo ni por qué, pero vosotros me llevareis ante el Mesías. —«Ante el Mesías...», se le escuchó decir con sorpresa y grandilocuencia a Hugin—. Debo eliminarlo.

—¡Qué fuerte...! —exclamó Grendel—. Pero nosotros no sabemos nada de ningún Mesías.

—Yo me limitaré a seguiros. A ir a donde vayáis vosotros.

—¡Qué fuerte...! —repitió Grendel.

Hugin aparcó el Seat Panda en la calle Monte Aya de Vallecas, al lado de una biblioteca y un parque infantil con columpios. Los cuatro entraron en un bloque de cuatro alturas de fachada de ladrillo, el típico edificio donde se embute a la clase obrera.

Grendel invitó a pasar a Lucio a su piso.

—¡Mamá, se queda Hugin y el Señor del Mal a dormir! —chilló Grendel en el pasillo hacia una habitación con la puerta entornada donde se percibía a una señora sentada en un sillón viendo la teletienda. La mujer era una bola de sebo envuelta en un camisón floreado, en la cabeza le brotaba una mata de pelo enmarañado como el estropajo. La madre simplemente gruñó sin moverse ni despegar los ojos de la pantalla.

La habitación donde dormían los hermanos era una autentica pocilga. Por el suelo se esparcía basura como minas antipersona en Camboya. Cajas de pizza, bolsas de Cheetos Pandilla, botellas de dos litros de Seven Up...

Lucio piso algo blando y pegajoso, no supo reconocer el qué y se limpió su zapato confeccionado con la piel del condenado Papa Bonifacio VIII contra el destartalado armario del dormitorio. Subsistía también en el cuarto, pegada a la pared, una vieja litera. El demonio desconocía cómo podía aguantar el peso de sus dueños.

—Por supuesto, Señor del Mal, usted dormirá en una de las camas —dijo

Grendel.

Lucio eligió la de arriba, no quería que uno de ellos se le desplomase encima. Se despojó de su traje italiano, lo colocó con cuidado sobre una silla y se metió en la cama en ropa interior, poniendo a buen recaudo consigo la lanza de Longinos y la faltriquera de las pepitas de oro. Fenrir y Hugin dormían en el suelo, en sacos de dormir, y Grendel debajo de él, en la otra cama.

—Que fuerte, por Dios, el Señor del Mal está durmiendo encima mía —dijo Grendel y se dio prisa por añadir—: Perdón por lo de «Dios».

10

Jueves

El día de Eva

Eran poco más de las doce del mediodía cuando Eva fue despedida del trabajo. Y no era para menos. En lugar de tatuarle en el hombro izquierdo a una clienta una Goleo Beenban de alas negras, demonio femenino de las mujeres que han elegido la vida de soltera, le había tatuado una Virgen María de manto celeste.

Eva no se explicaba lo ocurrido. Se vio tan ensimismada que no se dio cuenta de lo que estaba dibujando hasta que terminó el trabajo. Ahora tendría que buscar otro empleo de lo que fuera. De tatuadora con lo que acababa de hacer iba a ser complicado encontrar, y desde luego se tenía que olvidar de ninguna carta de recomendación por parte de su jefe, al que nunca vio tan enfadado. Pero sobre todo, se prometió, no volvería al porno.

«*Que palo*», pensó metiéndose en la boca media tortita con nata y sirope en una solitaria mesa de un Vips. Decepcionada consigo misma vagó por Madrid fumando un marlboro tras otro, parando de vez en cuando en bares a tomar una cerveza. Y tomando la cuarta caña en un *pub* de Ronda de Atocha decidió visitar el museo de arte contemporáneo Reina Sofía.

Ya que lo tenía al lado...

El Guernica de Picasso *in situ* era algo espectacular. Dramático. No era una gran aficionada a la obra del pintor malagueño sin embargo el Guernica le provocaba una excitación interior especial como amante del dibujo e incluso como ser humano como pocas cosas lo conseguían. De vez en cuando le gustaba ir a contemplarlo. Su visión hizo que se olvidase al menos por un rato de todo lo ocurrido ese día.

Por la zona pasó por un pequeño y viejo cine en el que proyectaban esa semana antiguas películas de los 90 en una especie de rememorandum de la época del chándal holgado de vivos colores y del *grunge*, entre ellas: Parque Jurasico, Atrapado en el tiempo, Ed Wood, El piano y Terminator II. Estaba a tiempo de ver esta última y tras su visionado, dos horas más tarde, tuvo que reconocer que José tenía razón, era mejor que la primera.

Al fin en su apartamento se tumbó en el sofá y se descalzó sus botas altas de hebillas y cordones, estaba agotada de tanta vuelta. En la tele echaban un estúpido programa de gente gorda que quería adelgazar. Lloraban más tiempo que el que hacían ejercicio. Eso le recordó que tenía clases de lucha krav magá. Pero hoy no le apetecía moverse más. Su gata Isis se le acercó y se echó con ella en el sofá

requiriendo caricias que le fueron dispensadas.

—Hoy necesitaría un buen polvo. Seguro que tú también te buscas algún Don Gato por ahí mientras estoy fuera, ¿eh, Isis? No me mientas. —La gata maulló mirando a su dueña—. Lo que decía. ¿Pues sabes lo que te digo?, que mañana después del concierto me liaré con alguno. Sí. Eso haré. No sé, con un tío que tenga algo diferente al resto de capullos y que este bueno, claro...

Llamaron al timbre de la puerta y Eva se incorporó de mala gana del sofá. Fue a ver.

Era Reyes, su vecina del tercero de tan sólo doce años.

—Hola, Eva —saludó la niña y pasó sin pedir permiso.

—Como si estuvieras en tu casa... no te cortes...

La niña llevaba puesta una pequeña boina y unas gafas de montura de pasta sin cristales, una rebeca que le quedaba larga y una faldita verde por encima de unas ajustadas mayas, era una niña extravagante a la hora de vestir.

—¿Quieres merendar algo? —le preguntó Eva.

—Ya son las ocho y media de la noche.

—¿Bueno, pues quieres cenar algo?

La niña se encogió de hombros.

Eva preparó dos raciones de fideos chinos en tanto la niña acariciaba a Isis sentada en una silla de la cocina.

En dos platos vertió los fideos escurridos del caldo con unas setas que había salteado con anterioridad y finalizó todo con un chorrito de aceite de oliva por encima, así le gustaba comerlos a ella y a Reyes.

—Creo que deberías irte a tu casa o tus padres se preocuparan —dijo Eva tras la cena—. Que ya se ha hecho un poco tarde para ti.

—Me puedo quedar un poquito más, porfi —suplicó la niña.

—Mmm... ¡pero sólo un poco, eh! —accedió Eva.

Se sentaron en el sofá con Isis a ver la televisión.

—¿Quieres que te ponga el canal de los dibujos?

—Ya soy mayor para ver dibujos.

—Pues bien que hace un mes no parabas de traerme el DVD de Buscando a Nemo. Me sé la historia del imbécil del pez payaso de memoria.

—Pero es que hace un mes sólo tenía once años.

—Ah..., vale..., si es así... —Eva se encendió un cigarrillo y aspiró la primera calada, la mejor de todas.

—¿Me das una calada?

—Una hostia.

Reyes irrumpió en un lloro.

—Que es broma, tía. Que no te voy a pegar. —Rió y añadió—: Pero ni se te ocurra volver a pedirme un cigarro, ¿entendido? —Le revolvió su media melena negra a la niña y reparó que tenía un morado en lo alto del cuello.

—¿Cómo te has hecho esto?

—Me caí con el patín.

—No me mientas, ¡¿cómo te has hecho eso?!

La niña en apenas un susurro audible confesó que su padre le había pegado por olvidarse un frasco de pepinillos de la compra.

Eva se levantó colérica y subió hecha un basilisco hasta el tercero, con el enfado salió sin calzarse, sólo en medias. Llamó seis veces a la puerta del piso de Reyes, aunque más exacto sería decir que aporreo con el puño por seis ocasiones la puerta hasta que abrió el padre; un individuo escuálido de camisa pasada de moda y bigotillo ridículo sobre un labio casi inexistente.

—¡Tú, gilipollas, como vuelvas a pegarle a la niña te arranco el corazón!

El hombre iba a increpar a Eva cuando las miradas se cruzaron y «algo» se accionó con una especie de «clic» en el interior del padre de Reyes al pararse en los ojos glaucos de Eva. El hombre sintió una luz blanca inundar cada molécula de su ser. Cayó de rodillas y pidió perdón agarrando a Eva por los tobillos. Casi la tira en sus efusivas disculpas. «Perdóneme mi Señora», «Perdóneme mi Señora», repetía incesantemente el hombre en lagrima viva. «No volverá a ocurrir».

A Eva le extrañó lo de «mi Señora» pero sin saber bien por qué supo que sus disculpas eran sinceras y que nunca más iba a ponerle una mano encima a la niña. Con eso le bastó y se soltó de él.

El día de Lucio

Apenas consiguió conciliar el sueño por la mañana. Pues por la noche los ronquidos de los hermanos, que se asemejaban a los de una criatura marina salida de la imaginación de Lovecraft, no le dejaron dormir, y así estuvo lamentándose por su mala suerte y preguntándose por horas que hacía él realmente ahí y si era absolutamente necesario. En fin... todo fuera por matar a ese nuevo Mesías.

El despertador sonó a las diez de la mañana. Lo primero que observó fue que su ropa ya no se colocaba en la silla donde la depositara.

—Tranquilo, Señor del Mal —bostezó más que habló Grendel levantándose de la cama—. Mi madre le ha lavado el traje, se lo ha secado y estará ahora planchándolo.

Justo concluyó de hablar Grendel la madre entró en el cuarto tambaleándose, sufría una acentuada cojera. Le dio el traje a Lucio y se marchó por donde vino. El traje había menguado con el lavado hasta convertirse en una talla junior.

—Vaya..., lo siento —se disculpó Grendel—. No se lo tenga en cuenta a mi madre, lo ha hecho con la mejor de las intenciones. No la mate por favor. Mire, puede ponerse esto. —Grendel se dirigió al armario sin puerta de su habitación y le ofreció al demonio un chándal negro Adidas (compuesto por chaqueta de cremallera con el logotipo del «trébol» a la espalda y pantalón de rayas laterales) y una camiseta de Los

Moradores del Helheim. Grendel le explicó que tenían un grupo de black metal pagano, dato que ha Lucio le resultó por completo irrelevante. El nombre de la banda se escribía en la camiseta con letras angulosas y confusas.

—La he diseñado yo —dijo Hugin saliendo del saco de dormir—. Estoy dando un curso formativo *online* de arte y diseño —terminó por decir con un deje de orgullo en la voz.

—Nos ha salido por ahí el amigo, con inquietudes intelectuales —indicó Grendel.

Lucio se vistió con la camiseta y el chándal. Le venía todo grande, parecía un rapero de Detroit.

En el desayuno, alrededor de la mesa de la cocina, la madre les sirvió a los cuatro un plato de lentejas del día anterior. Las lentejas estaban frías, casi congeladas, y tan pasadas que eran como argamasa tintada de marrón verdoso. Cada uno se dispuso a comer su rancho. La madre regresó al salón a ver el programa de Ana Rosa Quintana.

—¿Y a donde vamos ahora? —preguntó Lucio removiendo la cuchara en la consistente masa que burbujeaba en el fondo de su plato.

—Yo tengo que ir a trabajar a la pizzería de doce a cuatro, mi Señor del Mal, si le parece bien, claro —apuntó Grendel. Se interrumpió un momento para degustar las lentejas. Luego continuó—: Con suerte igual aparece por ahí el Mesías a comprar alguna pizza, hoy hay una oferta especial, son los jueves mágicos. La pizza mediana e ingrediente a elegir: jamón, bacon, champiñón, ternera, atún o extra de queso, a tres euros.

En su puesto de trabajo, en la cocina visible por un cristal, Grendel elaboraba las pizzas sobre una mesa manchada de harina. Cada dos por tres levantaba la mirada para enviarle a Lucio un guiño cómplice bajo la gorra roja de la empresa.

En su mesa Lucio resoplaba. La pizza de tres euros que le dieran se mantenía intacta. Hugin y Fenrir sentados a su lado le miraban sin parpadear. Absortos.

—Haz lo de los cuernos —le solicitó Hugin el Cuervo.

—Silencio o te comes la mesa —amenazó Lucio.

Hugin puso punto en boca.

Llegaron las cuatro y Grendel salió de la cocina de la pizzería ya con ropa de calle, o lo que es lo mismo para él: camiseta rasgada, chaleco, cadenas, tachuelas, botines.

El encargado de la pizzería, un chaval repeinado, asomó la cabeza por una puerta y gritó:

—Aarón, recuerda que mañana tienes jornada completa. No me vengas luego de olvidadizo y te presentes sólo a la tarde.

—No me llamo Aarón —contestó—. Me llamo Grendel.

—Esas gilipolleces te las dejas fuera del trabajo —replicó el encargado— y dile a tu hermano Moisés que tire de la cadena del retrete después de cagar, o que cague en su puta casa. Joder, parece un diplodocus. La próxima vez que se deje un pastel le prohíbo la entrada. Queda avisado.

—Lo mataría, lo juro —musitó Grendel al acercarse a la mesa de Lucio y los demás.

Mientras caminaban por cualquier calle de Vallecas.

—¿Todavía no ha visto al Mesías? —preguntó Grendel.

—No. No veo más que a gente corriente como piedras. —Hizo una pausa y preguntó—: ¿Qué hacéis de normal un jueves por la tarde?

—Jugar al billar en unos recreativos del barrio hasta la hora de volver a la piltra —se apresuró a contestar de nuevo Grendel—. El año pasado gané el prestigioso campeonato de billar que organiza la sala recreativa —dijo poniendo los brazos en jarra sobre su amplia cintura, y añadió—: ¡Pero mañana será verdaderamente el gran día!

—¿El gran día? —preguntó sin ganas Lucio.

—Así es, Señor del Mal, nuestra primera actuación. Tocaremos nuestros épicos y legendarios temas en una sala para un montón de gente. Nuestro público.

Fenrir asintió con un movimiento de cabeza a lo dicho por su hermano mayor y Hugin hizo el gesto internacional del «metal» estirando el índice y el meñique de la mano izquierda en forma de cuernos.

Mmm... caviló Lucio. *Tiene que ser eso.* Y como la chispa que surge de dos piedras de pedernal al ser golpeadas la idea de que encontraría ahí al Salvador de la humanidad se manifestó en él intensamente. Intuición de demonio. Una mosca nacida de la nada se posó en uno de sus hombros, frotándose las patas. Lucio rompió a reír como un loco, sus carcajadas de ultratumba hicieron oscurecer el cielo de repente, originando una efímera tormenta.

Dos palomas que volaban por el lugar cayeron muertas a los pies de Los Moradores del Helheim, la estampa de las aves muertas hizo que los tres se soldasen en un abrazo.

—¡Vamos chicos! ¡Vayamos a jugar al billar! —Y arrastrándolos por las ropas el demonio los obligó a moverse.



Historias en el Infierno Nerón

Nerón Claudio César Augusto Germánico o simplemente Nerón para los amigos tocaba su lira a la par que recitaba una elegía sobre la caída de Troya, la misma que interpretó cuando Roma entera ardía a sus pies. Ensayaba, paseando por una de las principales arterias del Infierno, la Vía Ignis, para el concierto de ese mismo día en el Teatro Real. Iba a demostrar a todo el mundo lo buen poeta, actor y músico que era. El emperador romano célebre por envenenar a su hermanastro, decapitar a una esposa, patear a otra hasta la muerte a pesar de hallarse encinta, asesinar a Agripina, su madre, no mucho mejor que él, todo sea dicho, con un plan maquiavélico, flagelar, quemar a la gente viva o cubrirla de pieles para que los perros salvajes acabasen con sus huesos, matar a senadores y a cualquier mínimo rival político, era feliz.

Nerón concentrado en lo suyo casi se cayó en un cráter de lava de los tantos que se abrían aquí y allá. Fuego vivo surgía de cada grieta de la Vía Ignis. La calle no sólo era esto, se atestaba igualmente de edificios de fachadas modernistas, clasicistas y eclécticas, dotados de torreones, marquesinas y ricas cornisas. En el Infierno también había cabida para la arquitectura elegante.

Nerón alzando con parsimonia una mano saludó a Gilles de Rais, Barba Azul, que en la otra acera paseaba a Cancerbero, aunque más preciso sería decir que era él, Gilles de Rais, quien era arrastrado por el gigantesco canido de tres cabezas y serpiente en lugar de cola. El perro infernal en un momento dado se giró hacia Barba Azul, se abalanzó sobre él y como el cachorro que se ensaña con un mullido peluche, desgarró al execrable mariscal francés, esparciendo vísceras y tripas por todos lados. Incluso la toga purpurea con bordados de oro de Nerón se vio salpicada por unas gotas de sangre y un trozo de intestino, lo que hizo lamentarse al joven emperador por su distinguida prenda. El gigantesco perro, todavía no satisfecho del todo, saltó al interior de un cráter a darse un baño de lava y al emerger de nuevo, en su sacudida de fuego, achicharró a varios desgraciados que andaban cerca.

De vuelta en casa se cambió de toga y pasó un paño a la lira. Todo estaba perfecto. La lira relucía al igual que él. Y así permaneció largo rato contemplándose en el espejo hasta que sonó un claxon. Era la hora de dirigirse al Teatro Real. Un flamante Hudson Commodore del 49 blanco le esperaba fuera.

Lo que no sospechaba Nerón era que su actuación era una artimaña elaborada por su madre, Agripina, para vengarse de él. Agripina había organizado el evento haciendo creer a Nerón que una importante promotora contrataba sus servicios artísticos para gloria y alabanza del Gran Jefazo. Y su hijo había picado el anzuelo

hasta el fondo. Su ego le podía. Bien lo sabía su madre.

El teatro estaba a rebosar. El patio de butacas y las galerías balconadas superiores se llenaban por las víctimas del propio Nerón. Agripina, por su parte, se sentaba con otros enemigos del emperador en el palco central.

Nerón salió a escena con un porte altivo y saludó con una leve inclinación al respetable. Por encima de su cabeza un falso techo lastrado con plomo pendía de un sistema de cuerdas y poleas sujeto a un anclaje falso. El mismo sistema que utilizó contra su madre en el barco, aunque en esa ocasión la diosa Fortuna le fue propicia a Agripina y pudo huir. Era tan simple como tirar de ese anclaje falso para que todo el plomizo techo se le viniera encima. Y la cuerda que se amarraba a ese anclaje y desencadenaría el derrumbe estaba, como no, en poder de Agripina.

La madre dejó que recitara una poesía y luego tocase una pieza con su lira que hablaba de las sirenas de Ulises. Pero cuando comenzaba con una segunda canción sobre un Minotauro triste porque se había roto un cuerno tiró de la cuerda, ya no lo soportaba más.

Un ruido alertó a Nerón que algo raro pasaba pero no pudo hacer nada por evitar la hecatombe y se vio aplastado como un insecto. Sus últimas palabras retumbaron en el teatro: «Oh, qué gran artista muere conmigo».

Todo el público vitoreó con furor. Aclamaban. Aplaudían a rabiar. Silbaban entusiasmados.

El cuerpo del emperador se fracturaba y se abría en mil heridas bajo los escombros, lo que no impedía que una sonrisa de satisfacción se le dibujase en la cara. Su arte al fin había triunfado. Eso al menos fue lo que pensó él. Que al fin de cuentas era lo importante.

11

La noche del concierto

Los Moradores del Helheim y Lucio

El viernes Lucio se pasó todo el día con Fenrir y Hugin. La mayor parte del tiempo recostado en la cama de arriba de la litera. Leyó el ABC y la revista Historia de Iberia Vieja que sustrajo por la mañana en un estanco de la zona. Y se fumó una cajetilla entera de tabaco negro. La madre había preparado un termo de café, pero resultaba imbebible.

Hugin hablaba poco y Fenrir como siempre nada, lo que agradecía el demonio. Los dos amigos básicamente leían mangas en la habitación y jugaban al Mario Kart. Era un descanso que el hermano mayor estuviera en la pizzería la jornada completa. Cuando ya no los necesitase los mataría a los tres. Y deseaba muy mucho no necesitarlos más.

A las ocho de la tarde llegó Grendel y marcharon todos a la sala de conciertos de la calle Echegaray, en pleno centro de Madrid.

La sala podría ascender con el aforo completo a las ciento cincuenta personas. No era el Palacio de los Deportes, pero para ser el primer escenario de un grupo primerizo no estaba nada mal. Les habían habilitado un pequeño cuarto como backstage y ahí Los Moradores se maquillaron las caras de blanco con unos arañazos de maquillaje negro. Terminándose por vestir las túnicas por encima de su ropa habitual. Se encontraban muy seguros de sí mismos. Confiados de su música. Lucio, por su lado, aprovechó todo ese tiempo para afilar la lanza del Destino con insistencia casi enfermiza. Hecho esto, se la guardó a un costado, sujeta a la goma del calzoncillo, bajo el pantalón Adidas. Y abandonó el backstage dirección a la barra del bar a tomar algo.

Llegó la hora. Los Moradores del Helheim salieron al escenario con las cabezas encapuchadas, marchaban en parsimonia, al ritmo de un canto gregoriano que servía de introducción a la función. Cada uno se dispuso en su sitio con su instrumento musical correspondiente y al levantar la cabeza advirtieron que en la sala sólo habría unas diez personas y casi ninguna miraba hacia el escenario.

Grendel habló al micrófono y el exiguo público les prestó algo más de atención.

—¡Somos Los Moradores del Helheim! ¡¿Preparados para el mayor espectáculo de vuestras vidas?! —No recibió ningún tipo de contestación, se escuchaba respirar, y continuó—: Este tema se llama: Thor, préstame tu martillo. —Miró a sus compañeros y contó hasta tres.

La música que surgió por los amplificadores sonaba a algo así como si dos robots estuvieran haciendo el amor y precisasen con urgencia de aceite lubricante. La voz de Grendel, de rata violada por un San Bernardo, era lo peor de todo. Estaban completamente descoordinados, como se suele decir, cada uno iba a su bola.

Al final de la canción, Fenrir, alrededor de unas velas negras que dispuso en forma de pentáculo, en una especie de sólo de guitarra, arañaba las cuerdas recordando al sonido de los gatos en celo. Y así se tiró diez minutos.

La gente se taponaba los oídos como podía.

—¡Guau!, ¿habéis oído eso?! —exclamó Grendel una vez terminó su hermano el solo de guitarra—. El mismo Odín estaría orgulloso. —Hizo una pausa—. El siguiente tema se lo queremos dedicar a un amigo que está entre nosotros. Satanás. El mismísimo ¡Señor del Mal! —Aquí buscó con la mirada a Lucio hasta que lo encontró en la barra del bar. Lo saludó agitando una mano. Lucio no correspondió el gesto. Y se puso de espaldas como si la cosa no fuera con él—. Ejem... —continuó Grendel—. Preparaos ahora para la segunda canción que se titula: ¡Dame tu amor diosa Frigg!

Los botellines de cerveza comenzaron a volar hacia el escenario, Fenrir estuvo rápido y esquivó uno que se estrelló contra la pared del fondo, sin embargo su hermano mayor no estuvo tan ágil y una botella de San Miguel le golpeó de lleno en la frente, cayendo redondo al suelo, inconsciente.

Hugin y Fenrir, al verlo, rápidamente se llevaron a Grendel rodando por todo el escenario como si de un barril se tratase hasta llegar al backstage. Lo tumbaron en el suelo del cuartito y, con zarandeos y vertiéndole agua fría encima, su cantante volvió en sí, desconcertado.

—¿Qué ha pasado?

—Nada importante. Al final sólo ha sido un golpe —le informó Hugin limpiándole con papel higiénico la escasa sangre que le brotaba de un minúsculo corte en la frente.

—Público desagradecido —masculló Grendel.

Alguien irrumpió en el backstage y les comunicó que debían abandonar el cuarto. Cerebros Lobotomizados tenían que prepararse para su actuación.

Al entrar Eva las miradas de Grendel y de ella se cruzaron. La mirada de Eva rezumaba indiferencia, la de Grendel, en cambio, reflejaba odio. Fenrir y Hugin le ayudaron a incorporarse y salieron de ahí.

Lucio desde la barra del bar, no lejos del escenario, había presenciado toda la patética escena con un whisky en la mano, autentica meada de caballo en comparación con el del anticuario y eso que la camarera le aseguró que era el mejor que tenían. Vio que se acercaban Los Moradores del Helheim, ya sin las túnicas aunque con las caras maquilladas. Se les veía alicaídos bajo la pintura.

—Panda de hijos de puta —dijo Grendel haciéndose escuchar por encima de la música: un tema de Pixies que pinchaban en la sala a la espera del directo de

Cerebros Lobotomizados.

El lugar comenzaba a llenarse y los Cerebros Lobotomizados salieron al escenario. La música ambiente se detuvo y la gente vitoreó y aplaudió al grupo.

A Lucio, clavado en su sitio como una estaca, se le abrían los ojos como brillantes reales de plata.

—¿Qué ocurre? ¿Ha visto algo? —preguntó Grendel.

—El Mesías... —Apuntó con un dedo a la bajista del grupo—. Es ella.

Cerebros Lobotomizados

María con un viejo vestido de novia hecho trizas y una chupa de cuero berreaba al micrófono los enérgicos temas deathcore del *set list*. Gabriela con una camiseta de Misfits hacía lo propio con la guitarra, al igual que José con la batería, que sudaba como un cerdo tras ella. Eva, por su parte, con una redecilla sobre la cara, zapatillas Converse de tela y medias rasgadas se percató como entre el público un extraño sujeto en chándal no le quitaba el ojo de encima. Ni siquiera parpadeaba, literalmente. Su aspecto le resultaba atractivo con una nota desagradable que no sabría explicar. Su cara de rasgos rudos era fina a un tiempo y su pelo castaño grueso como el de un animal salvaje. No mediría más de metro setenta y cinco pero transmitía una fuerza de un hombre de mayor tamaño. Todo él era un compendio de incoherencias. Pero le gustaba. Le gustaba mucho. Se le veía diferente. Con algo especial.

Al término de uno de los temas Gabriela instó a Eva a que se concentrara. Pues en dos ocasiones el bajo sonó a destiempo. Eva intentó olvidar los ojos profundos y oscuros como fosas oceánicas del hombre y se centró en tocar el bajo.

El concierto acabó por ser un éxito.

12

El encuentro entre el Bien y el Mal

Tras el concierto Eva decidió acercarse al misterioso personaje que no cesó de mirarla. A un gesto de éste los friquis de los teloneros, que ignoraba que hacían ahí con él, desaparecieron de su vera como sumisos lacayos.

—Me he dado cuenta que no me has quitado ojo —dijo Eva. Su tono era seco, casi recriminatorio. Se apartó la redecilla que le cubría la cara. Ahora era ella quien le miraba profundamente, acentuado el efecto por la generosa cantidad de sombra de ojos negra que llevaba.

Lucio percibió el inmenso poder que emanaba de ella, era verdaderamente abrumador. Le hizo estremecerse de pies a cabeza como si le hubieran enchufado a una silla eléctrica. En sus ojos el delgado cuerpo de Eva refulgía como el hongo de una bomba atómica en pequeña escala. La luminosidad que proyectaba le empezaba ya a pasar factura a los ojos. Desgraciadamente no se veía sometida a su influjo diabólico, que es lo que intentó durante todo el concierto mirándola. En cambio parecía que la chica no era capaz de identificarle como demonio y eso podría jugar a su favor.

—¿Eres mudo? —continuó Eva—. ¿Tomas una copa o qué?

Lucio se hizo con todo el aplomo que fue capaz de reunir y escuetamente contestó:

—Sí.

Tomaron un par de cubatas. Intercambiaron los nombres y a lo sumo un par de palabras más. Lucio sólo movía los labios para mordérselos.

Eva se empezó a notar un poco achispada.

—No hablas mucho, Lucio —dijo ella.

Lucio era consciente que para él era del todo imposible afrontar el poder de un Mesías a cara descubierta, sería una batalla perdida de antemano. Tendría que aprovechar algún despiste o mientras estuviera dormida. ¡Sí, eso es! ¡Dormida! Entonces le hundiría con saña la lanza de Longinos en el costado.

—¿Te gusta dormir? —preguntó el demonio.

—¿Qué clase de pregunta es ésa? —replicó Eva—. Pues supongo que sí, suelo hacerlo todas las noches.

—¿Te gustaría dormir conmigo?

—Nunca me habían propuesto sexo así.

Eva, sin miramientos, lo besó en la boca. Y Lucio contestó de igual manera, se diría que hasta con pasión.

¿Pero qué estoy haciendo?, pensó Lucio.

—Besas de escándalo ¿lo sabes? —dijo Eva.

Lucio paralizado palidecía por momentos.

—¡Vamos! —le conminó Eva agarrándolo de la muñeca como a un monigote.

La gata de Eva se agazapó bajo un mueble del recibidor al ver entrar al demonio en la casa. Se le veía aterrada. Eva había pedido un taxi y se había llevado a Lucio a su apartamento.

—Qué raro. Suele ser muy sociable con la gente. Cada día esta gata está más tonta.

Después de entrar lo condujo de inmediato a su dormitorio y lo empujó a la cama, derribándolo en ella.

Encima del cabecero de la cama del dormitorio colgaba un poster enmarcado de la película *La novia de Frankenstein* y encima de éste, acomodada en un katanero, una espada samurái, que si bien no era auténtica era una replica que podía cortar una piña de un tajo. En el resto de la habitación, un poco por todos lados, se amontonaban libros, *comics*, perfumes, ropa, cd's. La papelera del escritorio rebosaba de papeles garabateados con dibujos a medio hacer. Incluso una rana Gustavo de peluche a tamaño real, desde una de las baldas cercanas al techo, parecía mirar desde las alturas fijamente a Lucio con burla, riéndose de su situación.

—¿Quieres beber algo? —le preguntó Eva colocándose encima de él.

—¡Sí, por favor! —casi gritó Lucio.

Eva volvió de la cocina con una botella de Jägermeister y unos vasitos de chupito.

Lucio dejó de lado los vasitos y bebió directamente a morro un largo trago. Reparó que en la mesilla de noche descansaban unas *Ray-Ban* y se las puso, ahora la luz brillante que despedía Eva era más llevadera.

—Eso, déjatelas puestas —dijo ella—. Quítate todo lo demás.

Lucio obedeció.

Eva comenzó a desnudarse frente a él.

El demonio tragó saliva.

Primero se deshizo del top. Sus pechos pequeños pero firmes eran de una piel blanca y fina como el papel de arroz, sin la mínima imperfección ni señal ahí donde no se tatuaba, ya que un tatuaje de una serpiente parduzca de fauces abiertas le recorría por el tronco bordeándole el pecho izquierdo por la axila hasta llegar a la clavícula. Después descubrió sus piernas de las medias y la minifalda tartán mostrando el cuervo tatuado sobre el árbol en el muslo izquierdo. Las piernas sin ser largas eran gráciles. Y se metió en la cama con el demonio.

—Me quemas por dentro —gimió Eva al rato.

Lucio, encima, como una turbina movía al compás y de forma mecánica las caderas.

Como se entere el Gran Jefazo de esto no quiero saber ni lo que me haría. Pobre de mí... Dándole vueltas al asunto dos lagrimones le afloraron de los ojos y le

recorrieron las mejillas.

—¿Por qué lloras? —le preguntó Eva aferrado a él por las piernas.

—¡Nada! ¡Nada! ¡La emoción! ¡Será la emoción!

Eva hacía mucho tiempo que no sentía en la cama algo tan intenso con un hombre. Se desembarazó de él satisfecha y encendió un cigarrillo. Lucio, echado a su lado, mirando al techo, con las gafas de sol todavía puestas, era una estatua de sal. Seguía con sus pesares. Estaba conmocionado. No se le ocurría una infracción mayor para un demonio que lo que acababa de perpetrar.

Me he follado al Mesías...

Ya era entrada la mañana cuando finalmente Eva se quedó dormida. Lucio aprovechó para sacar la lanza de Longinos que escondía en sus holgados pantalones de poliéster tirados bajo la cama. Con un dedo situó el lugar exacto donde acometería la puñalada, debajo del suave pecho derecho. Ensayó por varias veces levantando la hoja y haciendo como que la hundía en su destino final.

No necesitaba de más ensayos.

Levantó la lanza por última vez y se dispuso a clavarla cuando Eva se revolvió en la cama; asió la colcha sin despertarse por completo y se cubrió con ella. «Mierda». A Lucio casi se le sale el corazón por la boca. La frente se le perlaba de sudor. Volvió a empezar de cero. Con mucho cuidado le retiró de nuevo la colcha. A los diez minutos ya lo tenía otra vez todo dispuesto.

¡Vamos, Lucio, ahora!

«¡Riiiiinnng!», sonó un timbrazo.

Llamaban a la puerta.

Lucio perdió el equilibrio y cayó de la cama.

Eva se despertó y miró confundida a su amante en el suelo de la habitación.

—¿Qué haces ahí?

Lucio ocultó la lanza y simuló que hacía flexiones.

—Un poco de ejercicio matutino siempre viene bien. Que empezamos a cumplir una edad ya. Je, je.

Eva refunfuñó, se vistió una vieja camiseta y unas mayas y fue a abrir. Era su vecina Reyes.

La niña entró en la casa y miró con desconfianza a Lucio, que salía en ese instante de la habitación terminándose de vestir la chaqueta.

—Me voy —dijo éste.

—Vale. Te las puedes quedar —le contestó Eva.

—¿Perdón?

—La gafas, que te las puedes quedar. Te quedan mejor a ti.

Lucio ya no se acordaba que las llevaba puestas.

—Toma. —Eva escribió en una nota su número de móvil. No solía dar su número a ligues de una noche. Pero éste era puro fuego en la cama—. Llámame cuando quieras. —Le guiñó un ojo con complicidad y se despidió de él. Después miró a

Reyes y le preguntó—: ¿Qué tal estas? ¿Quieres desayunar cereales?

Al salir del edificio Lucio le propinó un cabezazo a la puerta de madera del portal, resquebrajándola. Una anciana, vecina del inmueble, que venía de comprar una barra de pan, le reprendió por su comportamiento pegándole con la misma barra. Lucio, ofuscado, continuó su camino sin prestar la mínima atención a la señora.

13

Burundanga

Lucio caminaba por la calle Caramuel. No sabía bien a dónde dirigirse. Acababa de perder una excelente oportunidad para eliminar al Mesías. Se lamentaba amargamente por ello.

Más tarde, sentando en un parque de la zona, y tras sopesarlo todo con más calma, decidió volver a casa de Grendel y compañía, por mucho que le desagradase la idea. Se le había ocurrido algo en lo que podrían serles de utilidad.

Aprovechando un semáforo en rojo se subió a un Audi, en un inicio el dueño del auto se llevó un buen susto, sin embargo enseguida se vio sometido por el demonio y le acercó hasta la calle Monte Aya de Vallecas sin pronunciar palabra.

Localizó el bloque de pisos al lado de la biblioteca y del parque infantil con columpios. Por la ventana del segundo piso asomaba Fenrir fumando con sus gafas efecto espejo. Desapareció y volvió a aparecer al segundo acompañado de Hugin y Grendel.

—¡Señor del Mal! ¡Señor del Mal! —chilló Grendel—. ¡Suba! ¡Suba! ¡Me encantan sus nuevas gafas de sol!

Una vez en la habitación-estercolero.

—¿Cómo ha ido?, ¿la ha matado ya? —preguntó con gran interés Grendel ofreciéndole una silla para sentarse.

—No.

—Putá...

—Sé donde vive. La drogareis y la secuestrareis para mí. Mi poder resulta inútil contra ella.

—Pues casualmente tenemos la droga perfecta —dijo Grendel. Fenrir sacó de un bolsillo de la gabardina un saquito transparente con un polvo blanco en su interior y Grendel continuó hablando—. Burundanga. Echas un poquito en el cubata de una guarra y es tuya. Si conseguimos que se tome una buena dosis no sabrá ni en que planeta vive. Y se la traeremos hasta aquí, Señor del Mal.

La madre entró en ese momento con unos tazones de caldo de pollo, el caldo se derramaba a su paso de coja. Sirvió un tazón a cada uno y salió de la habitación.

14

El secuestro

En el trabajo, Grendel, se hizo con un casco de moto integral, un impermeable rojo de repartidor y una pizza familiar. Bien sazonada por la llamada droga de los violadores. El secreto está en la burundanga.

Llegaron los tres (Grendel, Fenrir y Hugin) a la calle de Eva. Y aparcaron el Seat Panda a la altura del portal que les indicara Lucio que vivía la susodicha; Lucio resolvió quedarse en el piso de Monte Aya esperando el regreso de los Moradores con su presa.

Salió un vecino del edificio y Grendel aprovechó para colarse. Fenrir y Hugin esperarían en el coche. El plan era sencillo (al menos lo parecía sobre el papel): le ofrecerían una pizza como fuera, sin que pudiera rechazarla. Dejarían que la droga de la pizza surtiera efecto. Y con la ayuda de una ganzúa, que Fenrir manejaba a la perfección (no en vano poseía antecedentes por robar en dos ocasiones el coche del párroco y por entrar en una tienda de informática del barrio, de la cual no pudo llevarse nada, la alarma silenciosa puso en aviso a la seguridad contratada por el local), irrumpirían en casa del Mesías. Luego sólo restaba amordazarla, envolverla en alguna alfombra o tapete que encontraran y meterla en el maletero del coche y de esta guisa trasladarla al cuartel general, es decir: la habitación de Vallecas.

Grendel perfectamente vestido con el uniforme de repartidor, casco integral puesto incluido, llamó al timbre del piso de Eva, al primero A. Y ésta, con notorio tedio, rascándose la parte derecha de la cabeza donde la media melena negra se le afeitaba, le abrió la puerta.

—Yo no he pedido ninguna pizza —dijo.

Ya se disponía a cerrar cuando Grendel modulando la voz gimoteó:

—Ya me han vuelto a engañar. De ésta me despiden.

—¿Y qué quieres que le haga yo...? —replicó Eva.

Grendel parado frente a la puerta se puso a llorar a moco tendido.

—Si es que me lo dijo mi jefe: «La siguiente vez que la lées te despido». ¡Pero qué culpa tendré yo!, si sólo soy un simple trabajador que intenta con un mísero sueldo sacar adelante a su familia numerosa. ¿Quién alimentará ahora a mi perro Rufus, a mis dos gatos, Pantuflas y Smith, a mi comadreja Chispita, a mi canario Joselito, a mi tortuga Donatello y a mi bebé?

—¿Les has puesto nombres a todos los animales menos al bebe o qué?

Grendel agachó la cabeza y se sorbió la nariz.

—Estoy desesperado.

—Vale, vale... ¿cuánto es la pizza? —accedió Eva deseosa por acabar con la absurda situación y encerrarse en casa de nuevo.

—Quince euritos de nada.

—Te la pillo porque aún no he comido y no tengo gran cosa en casa.

—Gracias, señorita.

Al cerrarse la puerta una maliciosa sonrisa velada por el casco germinó en el semblante de Grendel. Entre tanto, al otro lado de la puerta, en el interior de la casa, Eva se puso una vez más el DVD de Posesión Infernal. Se tiró en el sofá y abrió la caja de la pizza: era hawaiana. «¿Qué clase de tara mental hace a la gente echarle piña a una pizza?! ¡Qué asco!». Y la tiró a la basura.

En el Seat Panda Los Moradores del Helheim hacían tiempo escuchando su maqueta. Grendel comprobó la hora en su Casio digital.

—Ya habrá comido. ¡Vamos! —ordenó el vocalista y bajo del grupo—. Poneros los pasamontañas.

Y los tres salieron del coche con los pasamontañas puestos.

La cerradura del piso de Eva era barata y simple. Entre que Fenrir sacó la ganzúa y volvió a guardarla tardó diez segundos de reloj.

Una vez dentro del piso, con el mayor de los sigilos, caminaron de puntillas por el pasillo. En una habitación, al fondo a la derecha, escucharon que un televisor estaba puesto a todo volumen. Se oía algo así como una motosierra. Se adentraron en la habitación y vieron que alguien se echaba en el sofá.

—Ya está inconsciente —murmuró Hugin.

—Tú agárrala por los pies, Fenrir —dijo Grendel a su hermano menor—. Yo me encargo de los brazos.

Sin embargo Fenrir no pudo dar ni un paso más, un objeto volador en forma de cenicero macizo se le estampó en la cabeza. Eva se lo había lanzado con gran acierto. Inmediatamente después saltó del sofá y antes de tocar el suelo le pegó una patada en la entrepierna a Grendel, quien cayó de rodillas. Hugin se hizo a un lado pidiendo clemencia. No sirvió de nada. Recibió en las mismas un golpe de canto de mano en el cuello. Eva salió de ahí, llegó a su habitación y descolgó del katanero la espada samurái. La extrajo de la vaina: la hoja reflejaba el fulgor amarillo de la bombilla del dormitorio, y describió con ella un arco en el aire con gestos rápidos y precisos.

Al ver aparecer nuevamente a Eva con una espada en alto los tres salieron a la carrera. Más que bajar las escaleras prácticamente rodaron por ellas, se encajaron en el Seat Panda y huyeron como alma que lleva el Diablo.

En el piso de Vallecas, un poco más tarde...

La madre de Grendel y Fenrir se desvestía en la habitación de sus hijos delante de Lucio, contoneaba las caderas en una especie de baile *sexy*.

—Señora, haga el favor. —Lucio contrajo la cara en una mueca de repulsión ante la visión del cuerpo fofo, caído y lleno de estrías de la mujer. Momento en el que Los Moradores del Helheim se precipitaron en la habitación.

—¿Que pasa aquí? —preguntó Grendel—. ¡Mama!

La madre se cubrió con su camisón repleto de lamparones de aceite y salió del dormitorio de sus hijos.

Lucio intentando reponerse de la horrible visión que acababa de presenciar preguntó:

—¿Pero qué os ha pasado? Se os ve hechos un asco.

Grendel se dolía de la entropierna, a Fenrir le nacía en la frente el Moncayo en forma de chichón y Hugin poseía un moratón en el cuello con la forma de Nueva Zelanda.

—No sé como lo hizo, pero cuando nos quisimos dar cuenta venía hacia nosotros como la tía esa de Kill Bill. Sentimos haberle fallado, Señor del Mal —se disculpó Grendel.

Lucio los miró irritado. Sus ojos eran fuego. Su cara roca esculpida. Unas duras uñas negras como garras de reptil le surgieron de la punta de los dedos alargándose hasta alcanzar el tamaño de agujas de coser.

Los Moradores del Helheim, arrodillados, suplicaron por sus vidas. En ese preciso instante, para su suerte, entró la madre en el dormitorio con una bandeja llena de sándwiches. Lucio rememoró el desagradable espectáculo recién vivido con la señora y salió con urgencia de la casa sin arremeterles el mínimo arañazo.

15

Gran Vía

Desde un banco del Paseo de la Castellana Lucio contemplaba las Cuatro Torres de Madrid, los rascacielos más altos y vanguardistas del país. Auténticas obras de ingeniería y diseño. El sol se reflejaba en sus paredes de cristal. Igualmente al fondo del kilométrico paseo se dejaba entrever otro emblemático edificio de la ciudad, las inclinadas Torres Kio.

En una mano sostenía la nota con el número de Eva y en la otra el móvil. Se decidió a llamar. La chica tendría que estar cuanto menos preocupada por el intento de asalto en su casa. Marcó los números y pulsó el botón verde de llamada del Nokia.

Después de dos tonos escuchó tras el auricular la voz de Eva. Se le percibía un matiz nervioso en la voz.

—«¡¿Si, quién es?!» —gruñó.

—Soy Lucio. ¿Qué tal?

—«Alguien ha entrado en mi casa para robarme, violarme, o ambas cosas —se precipitó a decir. Hizo una pausa y preguntó—: ¿Te has dejado algo?».

—¿Han entrado en tu casa, Eva? —Intentó darle un tono de sorpresa a sus palabras aunque sin conseguirlo del todo, sonaba un tanto forzado—. Te llamaba simplemente por si querías aprovechar el sábado y tomar algo, quizás mi salida esta mañana ha sido un poco precipitada. Pero desde luego lo que te ha ocurrido es mucho más importante. ¿Tú estás bien?

—«Sí. Los hice huir como a gallinas. La próxima vez se lo pensaran dos veces antes de intentar asaltar una casa».

—Voy para allá y me explicas todo mejor. Me preocupa que vuelvan esos desalmados.

—«Ojalá, así probarían el acero de mi katana. Pero acércate si quieres. —Hizo una pausa y añadió—: ¿Lucio?».

—¿Si?

—«Trae cerveza. La necesito».

Eran las siete de la tarde cuando Lucio entró en uno de tantos establecimientos chinos y se hizo con seis latas frías de San Miguel de la nevera expositora. Y con el *pack* de latas colgando de una mano se acercó a la calle de Eva. Al llegar a su portal subió las escaleras y llamó a la puerta.

Eva le recibió recién salida de la ducha con un escueto «Hola», terminándose de vestir un pantalón negro holgado y una camiseta verde oliva sin mangas. El pelo se le encrespaba tras secarse la cabeza con una toalla.

La gata, que se guarecía, tensa y con el pelo erizado, debajo del mueble recibidor, comenzó a bufar al demonio.

—Ya está de nuevo la gata con la tontería... —suspiró Eva, miró el *pack* de cervezas que portaba Lucio y desenganchó una lata de las anillas plásticas—. Pasa —le dijo apuntando al fondo del pasillo, al salón.

El demonio se dirigió al salón y se sentó en el sofá. Al momento le acompañó Eva, quien se cruzó de piernas y le dio un sorbo a su cerveza.

—Después de una reconfortante ducha no hay nada mejor que una cerveza fría —comentó ella.

A Lucio le sorprendía la calma con la que se tomaba Eva el asunto del fallido secuestro, parecía que no tuviese miedo ni preocupación alguna por el suceso. Intentó preguntarle por ello con falsa inquietud para que viera que se preocupaba. No obstante, Eva, tachó el percance de agua pasada, añadiendo que estaría preparada si volvían. Llamar a la policía era perder el tiempo. A Lucio le gustó esa forma de pensar y decisión.

Eva encendió un marlboro y le ofreció otro a Lucio que aceptó de buena gana al tiempo que se colocaba las gafas de sol, de nuevo comenzaba a molestarle el intenso refulgir de Eva.

—Tienes rotos los zapatos —apuntó Eva—. Da pena verlos.

Lucio observó sus zapatos italianos, la suela se le degradaba hasta el punto que casi podía introducir un dedo por ella y la piel humana de primera calidad perteneciente al Papa Bonifacio VIII se le cuarteaba en la puntera del zapato izquierdo. El derecho tampoco se le veía mucho mejor. Con lo que le habían costado... Exactamente los intercambié por la mano derecha incorrupta de Santa Teresa de Jesús, su reliquia favorita.

—¿No tienes más zapatos?

Lucio negó con la cabeza.

—Pues deberías comprarte unos nuevos ¿no te parece?

—Supongo. Pero no sé cuales ni dónde.

—Creo que lo mejor sería... —Lo examinó de arriba abajo ataviado en su chándal—. Atendiendo a tu vestimenta, comprarte unas zapatillas deportivas.

—De acuerdo —convino Lucio sin mostrar mucho interés.

—Vamos entonces —le conminó Eva. Cogió una cazadora de cuero y un gorro de lana de su cuarto y salieron a la calle.

Isis ya pudo respirar tranquila bajo el mueble recibidor.

En una tienda de deportes del barrio compraron unas zapatillas Nike rojas con cámara de aire, Lucio se decidió por ellas porque era una marca deportiva popular en el Infierno y además resultaban cómodas.

A la hora de pagar Lucio sacó la faltriquera repleta de pepitas de oro y depositó un par de ellas en el mostrador. La muchacha de la caja registradora las miró asombrada.

Eva le terminó por pagar las zapatillas, instándole a que si quería dinero en efectivo cambiase el oro, que es mucho más práctico. Lucio asintió y en un «Compro Oro» cercano le ofrecieron por todas las pepitas más de seis mil euros. Lucio contempló el fajo de billetes con pesar. Preferiría haber mantenido el oro en su poder. De todas maneras podría recuperarlo cuando quisiera, y más aún, si así lo deseaba, con sólo regresar al establecimiento y poner en marcha su mando demoniaco.

Eva resolvió que le apetecía ir al centro. Así que un par de transbordos y unas pocas paradas de metro después entraban por la calle de Alcalá a la Gran Vía, ya decorada con las luces de navidad, dejando atrás el Metrópolis coronado en su cúpula con la Victoria Alada.

A Lucio la Gran Vía se le asemejaba a la Vía Ignis del Infierno con todos esos edificios ornamentados, cúpulas y mezcla de estilos arquitectónicos. Incluso se encontraba igual de concurrida. Que cómodo se sentía ahora al caminar con las zapatillas, era la primera vez que se calzaba unas. Nunca más iba a volver a ponerse zapatos por mucho que fueran de piel de algún Santo Pontífice italiano de nefasto recuerdo.

Con el dinero recién adquirido Lucio decidió invitar a Eva a una copiosa cena, pensó que eso le daría luego modorra. Lo que aprovecharía para asestarle de una maldita vez la mortal puñalada.

Pararon en un restaurante de comida española frente al edificio Capitol con su luminoso de Schweppes destellando en la noche en vivos colores. En el restaurante de decoración entre castiza y *snoob* cenaron a la carta: tabla de ibéricos, croquetas, bravas y de plato fuerte solomillo en salsa de ajo y almendras. Lucio intentaba mostrarse cómodo, hacer como que se lo pasaba bien mientras invitaba a Eva a seguir comiendo y a tomar una copita de vino más.

—Que pesada me siento —se quejó Eva al salir del restaurante—. Lo de la tarta de Santiago me ha matado ya...

En la otra acera repararon en un cura de unos cuarenta y cinco años, robusto, con la cara picada y la nariz rota de boxeador, vistiendo con la clásica sotana y alzacuellos. Repartía folletos a grito pelado.

—¡Vengan a mi iglesia de Carabanchel!, en los folletos viene la dirección. Cada día está más vacía. Mañana misa dominical súper divertida. El Señor quiere que se llene. Vengan, no sean gilipollas. ¡Acérquense a mi iglesia, hagan el favor!

Un adolescente que pasó delante del cura arrojó al suelo una bolsa vacía de patatas fritas teniendo al lado una papelera.

—¡Eh, tú, hijo de puta, recoge eso! —le ordenó el siervo de Dios—. ¿A ti te parece bonito follarte al medio ambiente?

—Bésame el culo, padre —le contestó con desgarbo el joven.

Ambos se enzarzaron en una pelea en la que salió vencedor el sacerdote haciendo valer su mayor peso y tamaño. Y obligó al chaval a recoger la bolsa.

—Eso, eso es, recógela con la boca de chupa pollas que tienes, mierda seca. —El

cura le aferraba del cuello con una mano del tamaño de una hogaza de pan de pueblo. De pronto se detuvo y soltó al chico, que huyó calle arriba. Algo había llamado su atención. Se percató en el paso de cebra de la presencia de Lucio, sus ojos de loco siguieron la figura del demonio cruzando la carretera. No pestañeo ni por un segundo—. Oh, gran Dios, sin duda es un demonio. El Mal está en su interior. —Y apuntó a Lucio gritando—: ¡Vuelve al lugar del que saliste ser del inframundo!

—Parece que te habla a ti —señaló Eva—. En esta ciudad cada vez hay más locos...

Dos policías nacionales aparecieron al reclamo del espectáculo que montaba el sacerdote y lo inmovilizaron, o eso era lo que se proponían pues el cura se resistía con fuerza hercúlea.

—Soltadme, ignorantes folla perras. ¡Es el Diablo!

Eva y Lucio se perdieron entre el gentío dirección Plaza de España ignorando al cura.

Caminaban.

—A todo esto ¿dónde vives, Lucio?

—Me hospedo en el Hotel Ritz, de momento.

—¡¿En el Ritz?! ¿Pero tú que eres rico o qué? Primero lo del oro y ahora dices que te hospedas en el Ritz.

Lucio obvió las palabras de Eva y le preguntó:

—¿Quieres venir?

—¡Joder, sí!

16

Domingo, el día del Señor

Carabanchel (Padre Ezequiel)

La iglesia estaba prácticamente vacía. Sólo trece ancianos se desperdigaban por la nave central. El ataque de tos de una señora de pelo violáceo resonaba en las columnas y techos abovedados del templo. Entonces apareció el padre Ezequiel vestido con su alba blanca frente al retablo mayor. Posicionándose tras el altar hizo la señal de la cruz.

—En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre, y la comunión del Espíritu Santo, estén siempre con todos vosotros.

—Y con tu espíritu —respondieron al unisonó los exiguos feligreses.

—Vamos a ponernos delante del Señor —continuó el sacerdote— y vamos a pedir perdón por todas las faltas que tenemos, que en los tiempos que corren me temó que no son pocas, e igualmente, vamos a solicitarle, con la mayor de las humildades, que si lo estima oportuno nos libere del mal sobrenatural, del mal *antinatura* y por ende alejado del camino cristiano, que aflige a esta ciudad. —Juntó las manos en rezo. Y después de un elevado número de: «Señor, ten piedad», leyó las lecturas de las sagradas escrituras hasta que al fin concluyó y llegó a la parte de la homilía.

—¡Ayer vi un demonio! —gritó sobresaltando a los feligreses—. Y aunque iba en chándal y con gafas de sol (aquí los ancianos se miraron los unos a los otros sorprendidos), sin duda era un Calumniador. Un Maligno. ¡Un Adversario! Debemos estar preparados. Eliminarlo. Enviarlo de una patada al Infierno del que nunca tuvo que haber salido. —Vio que un anciano, solitario, en la primera fila, levantaba un artrítico y arrugado dedo como una pasa. Ezequiel le permitió hablar.

—¿Pero cómo, padre? ¿Cómo acabaremos con él?

—¡Con la ayuda del Señor! —Se agachó a coger algo que se escondía en el altar a la altura de sus rodillas—. ¡Y con esto! —exclamó levantando en lo alto una imagen de madera de la Virgen de Almudena con el niño coronado en brazos. La imagen tendría algo más de un metro de altura y a un lateral revelaba una serie de pequeños ganchos dorados. Los desenganchó todos y la Virgen se abrió por la mitad como un estuche, metió la mano dentro y para sorpresa de todos los fieles extrajo una escopeta recortada de dos cañones—. ¡Le voy a reventar el culo! Dios no es una putilla de dieciocho años a la que se le puede sodomizar salvajemente y correrse dentro y luego ni darle las gracias. ¡¿Quién está conmigo?!

En un banco del fondo alguien sacudía nervioso los brazos, y repetía el nombre del cura con insistencia.

—¿Que quieres ahora, Bartolomé? ¿Te unes a la causa?

—Sí, pero no es eso, padre. Creo que a Magda le ha dado un infarto.

Magda, una anciana de noventa y cuatro años, todo pellejo y huesos, se derrumbaba flácida en el suelo con los ojos en blanco.

—Mierda, caen como moscas —se lamentó Ezequiel.

El Ritz (Lucio y Eva)

Eva dormía profundamente en la Suite Real del Hotel Ritz, su respiración acompasada hacía subir y bajar la colcha de bordados dorados. Tan pronto como se echó en la cama cayó en los brazos de Morfeo. Nunca había dormido en una cama de tal tamaño y en una habitación de tan alto copete. El problema fue que, para lamento de Lucio, Eva, antes, había disfrutado del *jacuzzi*, de la terraza y sus vistas, tomado una copa de champagne...; en definitiva aprovechó todas las comodidades que ofrecía el lugar, lo que provocó que no se fuese a la cama hasta altas horas.

La oscuridad gobernaba la habitación. Lucio se aseguró de que Eva entrase en una fase de sueño profundo. Se sentaba al borde de la misma cama con la lanza de Longinos fuertemente asida por la empuñadura de alpaca y madreperla.

—Ésta es la mía —se dijo Lucio—. Y aquí no hay impertinentes niñas que desbaraten mi plan.

Retiró lentamente la colcha y palpó con delicadeza la zona del costado de Eva a herir. Estaba suave y caliente. La piel de Eva era agradable al tacto. La acarició por unos segundos.

—Aquí está mi billete a la primera jerarquía. Uno, dos y... —murmuró con la lanza en alto dispuesto a acometer la letal puñalada a la de tres. Una gota de sudor le recorría la mejilla. Tragó saliva y finalmente gritó—: ¡TRES! —MMMMBop de los Hanson trino en la oscura suite. Se detuvo de sopetón. El estridente y desagradable sonido provenía del bolsillo de su chaqueta Adidas colgada del respaldo de una silla.

El móvil. ¡El Gran Jefazo!

«Mmmmbop, ba duba dop Ba du bop, ba duba dop Ba du bop, ba duba dop Ba du. Yeah... Yeah...».

El demonio dejó de inmediato el magnicidio, escondiendo la lanza bajo la cama. Y se abalanzó hacia su chaqueta.

Eva se despertó sin el menor rasguño, intacta.

Maldita la hora a la que le da por llamar, ya es mala suerte la mía...

Sacó el viejo Nokia y atendió la llamada.

—¿Sí, mi Señor? —La voz de Lucio sonaba entrecortada.

—«Hola, demonio. ¿Alguna novedad?».

—Sí, Gran Jefazo. Por así decirlo el cerco se está estrechando. Le piso los talones. No tardará en caer. —Obviamente, no quería confesarle que se encontraba en la misma habitación que el nuevo Mesías y menos que mantenía relaciones sexuales con él/ella.

—«Bien. Me gusta escuchar eso. Te volveré a llamar en unos días. Para entonces espero que la misión haya sido cumplida satisfactoriamente. Ahora tengo que dejarte, una reunión importante con una compañía de telefonía móvil me espera».

—Sí, mi Señor.

El Gran jefazo colgó al otro lado.

Eva encendió la lamparita de la mesilla de noche.

—Se te ve un poco nervioso —comentó reincorporándose en la cama.

—Trabajo. Negocios, ya sabes...

—¿Qué clase de negocios? —Eva prendió un cigarrillo—. Eres una especie de narcotraficante o asesino a sueldo. —Rió—. Son los únicos que me faltan en mi lista de conquistas.

Lucio sentado en la silla frente a Eva se quedó blanco y en blanco.

—Es broma. Si no quieres decirme a que te dedicas me da igual.

—Bueno... soy..., digamos que tiene que ver... —Se lo pensó por un par de segundos, no tenía que hacerla sospechar nada raro no fuese a espantarla, y soltó—: Bajo tierra. Eso, mi campo profesional se desarrolla bajo la tierra.

—¿Minería, o algo así? Por lo del oro lo digo más que nada.

—¡Eso es! ¡Minería! Una empresa de extracción de oro.

—Que interesante —Eva pareció dar por buenas las palabras de Lucio—. Me apetece desayunar.

—Sólo tienes que pedirlo por ese teléfono de ahí —le informó Lucio señalando el teléfono de la mesilla de noche de estilo Luis XIV.

Al poco trajeron en un carrito el desayuno, la bandeja se componía de un zumo natural de naranja sanguina, un *croissant* recién hecho, unos huevos Benedict y un café negro.

—Podría acostumbrarme a esto —dijo Eva recostada en la cama dándole un tiento al *croissant*.

De nuevo en Carabanchel (Padre Ezequiel), más tarde...

Después de que la ambulancia se llevase el cuerpo sin vida de la pobre Magda el padre Ezequiel reunió en la sacristía a sus doce parroquianos restantes. Los organizó en cuatro grupos. Él capitanearía uno en el que Juan y Mateo eran sus acólitos. A cada grupo de búsqueda le tocaba escrutar un territorio diferente de la ciudad. Su grupo se encargaría de la Gran Vía y alrededores, que es donde viera al demonio por primera y última vez.

El padre Ezequiel ejercía un gran poder de persuasión entre sus fieles y éstos se dejaban guiar, quizás por miedo, quizás por respeto, o quizás por ambas cosas. La cuestión es que depositaban en él su fe y confianza. El sacerdote se mostraba siempre muy seguro de sí mismo. Y eso hacía sentir a la vez seguros a los ancianos, que se agarraban fuertemente a las creencias religiosas no queriendo contradecir al sacerdote; no fuese que los excomulgase ahora que tenían un pie más en la otra vida que en ésta.

—Como he dicho ya. —Hablaba el padre Ezequiel—. El demonio viste uno de esos chándales deportivos y holgados de color negro y unas gafas de sol a la moda.

—Padre, con todos los respetos y sin querer cuestionarle. —Hablaba Bartolomé, un viejo calvo de bigote cano que sufría de una aguda bizquera—. No sé si esos datos serán suficientes para encontrarlo.

—Los serán —contestó rotundo el cura. Nadie se atrevió a replicarle. Hubo una pausa y continuó—: Enseguida os percatareis que en su interior alberga una execrable podredumbre. El mal anida en él y es tan evidente para todo aquel que se haga llamar seguidor de Dios como lo es el olor a carroña para una hiena. Tomad. —Armó a cada anciano con un palo de escoba, una hostia consagrada y una pistola de agua, la que había bendecido instantes antes.

Uno de los ancianos comentó a otro por lo bajines que con unos simples palos de mierda el demonio los mataría sin oposición. Sin embargo, Ezequiel, lo escuchó todo.

—Cuida tu jodida lengua bífida en casa de Dios —le espetó el cura. Hizo una pausa y contestó—: El que acabéis muertos es un riesgo que tendré que correr. Pero para evitar eso podéis serviros del cuerpo de Cristo y del agua bendita, que si se la arrojáis encima le quemará como si de ácido se tratase. Y el comeros la oblea consagrada os protegerá de la maleficencia del demonio, al menos durante un tiempo.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó de nuevo Bartolomé y añadió desconcertado—: ¿Y cómo sabe usted todo eso?

—Mira, hijo de perra, a la siguiente pregunta te meto por el reseco ano que tienes el putito palo de escoba. —Hizo una pausa—. ¿Alguna pregunta más?

—...

—Manos a la obra pues —finalizó por decir el corpulento sacerdote.

Dos horas más tarde uno de los grupos compuesto por tres ancianos, en el que el más jovenzuelo poseía setenta y nueve años, escrutaba el barrio de Fuencarral. Localizaron en un parque a un tipo que encajaba en la descripción que les proporcionó el padre. Aunque era de raza negra. No obstante tampoco les había mencionado el color de piel del demonio, así que supusieron que era él. No les gustaban sus pintas. Con ese pelo trenzado y tatuajes.

El sospechoso salió del parque solo. Le siguieron utilizando los palos de escoba a modo de bastón. ¿Quién sospecharía de tres pobres viejos? El negro con chándal y gafas de sol dobló una esquina y se introdujo en un solitario callejón que olía a orines.

No sin esfuerzo los ancianos le alcanzaron en mitad del callejón.

—¡Eh, tú, demonio negro! —dijo uno de los viejos.

El hombre se giró y preguntó con sorna.

—¿Quiénes sois vosotros, el Ku Klux Klan venido a menos? Los viejos se miraron sin saber de que hablaba. Y sin mediar más palabra comenzaron a apalearle en cabeza, piernas, torso, espalda..., hasta que no dejaron una parte de su cuerpo sin apalear.

Vieron que ya no se movía.

El de más edad del grupo, Jacobo, le disparó agua bendita de su pistola. No sucedió ninguna reacción, ni se derretía como la bruja del Mago de Oz ni nada semejante.

—Va a ser que éste no es —dijo Jacobo y gritó—: ¡Huyamos!

Los ancianos se dieron a la carrera; entendiéndose carrera como a algo parecido a unos caballos cojos al trote a los que sólo restaba que les fuera suministrado el tiro del sacrificio por compasión.

Otro de los grupos, en un campo de suelo de hormigón de futbito, confundió al demonio con un joven sudamericano que resultó ser integrante de una banda latina. Y de la nada aparecieron más miembros de su banda con bandanas atadas en la cabeza, cantosas ropas y aparatosos collares de oro y plata. Brillaban como árboles de navidad. Arrinconaron a los ancianos y les dieron de patadas hasta que llegó la policía; abandonando el lugar los Latin King como ratas en un naufragio.

Los ancianos que habían cogido el autobús para Vicálvaro no encontraron a nadie que respondiese a la descripción dada por el padre Ezequiel y se pararon a observar una obra tras las vallas para decidir al rato echar una partida de mus en un bar cercano.

Entre tanto Ezequiel transitaba con sus ayudantes Mateo y Juan por la Gran Vía, bajo el Edificio Telefónica. Ocultando su recortada en el interior de la Virgen de madera el cura encabezaba la comitiva. Pero nada, de momento sin ningún resultado. Con todo, no desistían en su búsqueda. Tanto Juan como Mateo entornando los ojos con expresión retadora y golpeando su correspondiente palo de escoba en la palma de la mano examinaban a toda la gente que pasaba a su lado.



Historias en el Infierno Sadam Husein

Apenas pisó el infierno Sadam Husein cayó en un pozo, iba tan ensimismado con el paisaje infernal que no se percató que la tierra se abría a sus pies. Y desde entonces en él se hallaba confinado. Quince metros le separaban de la apertura del mismo. Imposible alcanzar la salida. Todos estos años, por raro que pueda parecer, lo que más echaba de menos en su calabozo particular (tristemente para él en los últimos tiempos se había acostumbrado a estar recluido, tanto en el sótano de Tikrit como posteriormente en la celda custodiada por los norteamericanos), por encima de cualquier otra cosa, era los Doritos; esos deliciosos triángulos de trigo y con sabor a lo que dicen ser queso. Se aficionó de tal manera a ellos mientras lo tuvieron apresado los estadounidenses que devoraba las bolsas tamaño familiar en escasos minutos, sin dejar una migaja. Para ello se salivaba el pulgar y pasaba el dedo por el interior plateado de la bolsa. Como deseaba poder volver a hacerlo.

Era un autentico tormento estar prisionero en ese pozo. Él, que había tenido todas las comodidades y lujos del mundo como palacios babilónicos y ostentosas mansiones con vistas al Tigris y al Éufrates, además hacía un calor de mil demonios en el agujero. Su único entretenimiento ahí era atusarse sin parar su poblado bigote y escarbar la tierra para conseguir pequeños escorpiones, gusanos y escarabajos. Se los comía cual Renfield, con la esperanza de obtener su fuerza vital.

Sobre todo los dos primeros años gritó pidiendo auxilio para que lo ayudasen a salir de ahí, pero tanto los demonios como los condenados que pasaban cerca hacían oídos sordos; cuando no le insultaban o le meaban encima. Orina que bebía al no haber agua. Pero como no tenía nada mejor que hacer, volvió a intentarlo tanto tiempo después.

—¡Socorro, me he caído en un pozo! ¡Soy Sadam Husein! ¡Ayúdenme! —Así se estuvo por cuatro horas. Ya iba a desistir cuando obtuvo contestación.

—¿Sadam Husein? —preguntó alguien desde lo alto.

—¡Si, soy yo! ¡Ayúdeme!

—¡Qué gran coincidencia! Soy Muamar el Gadafi.

—No sabía que habías muerto. Siempre se van los mejores... —Hizo una pequeña pausa y preguntó—: ¿A ti también te han asesinado? —El dictador iraquí miraba hacia la apertura, estirando el cuello todo lo que podía. Al día siguiente iba a tener tortícolis.

—Pues así es, hermano...

—¿Traidores?

—Sí —asintió Gadafi.

—Traidores... —gruñó Sadam—. Sácame de aquí, por favor.

—Espera un momento, voy a ver si encuentro algo con lo que poder subirte.

—¿Muamar?

—¿Sí, amigo?

—¿No tendrás, por casualidad, una bolsa de Doritos por ahí?

—Pues ahora mismo no llevo encima. Pero no te preocupes, ahora vengo. Sé lo que es estar preso en un agujero. Estuve escondido en uno antes de que los rebeldes me atraparan y asesinaran de forma tan cobarde e indigna.

—Traidores... —repitió en el mismo tono gruñón de antes Sadam Husein.

A los pocos minutos Muamar el Gadafi regresó con una cuerda y liberó a su amigo del inmundo pozo.

—Gracias, gracias, gracias. No sé como agradecértelo. —Sadam aferraba al líder libio con gran efusividad por su vestido color malva de seda de damasco, casi le tira el gorrito que llevaba.

Gadafi se recompuso el holgado traje, planchando en la medida de lo posible su ligera y vaporosa tela con la palma de una mano. Se recolocó el gorrito y se puso unas gafas de sol con cristales dorados de gran tamaño.

—Vayamos a mí jaima presidencial, Sadam.

En el desierto de arena del Infierno, en lo alto de una duna se levantaba la tienda de Gadafi, se plantaba delante de unas palmeras que le brindaban algo de sombra.

—Debes de estar sediento —dijo Gadafi preparando el té. Se sentaron sobre una alfombra kurda, apoyándose en unos mullidos cojines.

—Esto es el paraíso —dijo Sadam bebiendo su tercer té y picando unos dulces dátiles.

—No te creas, los coyotes merodean con asiduidad y cuesta ahuyentarlos. Son bestias tenaces.

Sadam continuaba charlando alegremente de cosas de dictadores mientras fumaba en cachimba.

—Sólo espero —decía— que un día el tejano y sus dos amigos de las Azores corran la misma suerte que la nuestra.

—Lo harán —dijo Gadafi. Sonreía y su cara se surcaba de numerosas y profundas arrugas a pesar del bótox—. Créeme, que lo harán.

—En cambio Reagan me caía bien. —Sadam aspiró el humo, el agua burbujeaba en la base de vidrio decorado de la pipa, y lo exhaló con notorio disfrute—. Me vendió aviones y helicópteros y me financió la guerra contra Irán en los ochenta.

Gadafi se disculpó por levantarse, se ausentó un momento, y cuando volvió trajo consigo un montón de bolsas de Doritos. A Sadam los ojos le hicieron chiribitas.

—Come, hermano. Come como si no hubiese mañana.

Sadam obedeció y se zampó decenas de bolsas. Los dedos y la boca se le manchaban de migajas y colorante naranja.

Gadafi, delante de él, de pie, comenzó a desfigurarse, a consumirse hasta que se quedó en los huesos. Su piel, liberada de cualquier bello, se veía como la de una de esas momias del Museo Británico, pálida y reseca como el cuero puesto al sol por años. Los dedos se le alargaron hasta el doble del tamaño normal, eran todo hueso y arena. Sus ojos pequeños y profundos como los de un cuervo se incrustaban en las cuencas. La extravagante ropa que vestía hace sólo unos segundos desapareció para dar paso a una más sobria, similar a la que visten los tuareg pero a la vez con algo diferente, del color de la primera noche.

A Sadam, ante la visión, se le desencajó la mandíbula.

—¿Quién, quién eres tú? —preguntó lleno de estupor y miedo.

—Mi nombre es Ghoul y soy el demonio del desierto.

—¿Qué quieres de mí?

—Necesito satisfacer a los coyotes. Los cánidos precisan de comida. De carne condenada. Es la única manera que tengo de que me dejen tranquilo por un tiempo.

Sadam se arrodilló ante los juncos que tenía por piernas Ghoul. Lo que nunca había hecho, ni siquiera delante de la horca el día de su ejecución.

—Piedad por favor. Se lo ruego... ¡Piedad!

Ghoul se mostró pensativo.

—Mmm... quizás puedas...

—¡Sí, lo que sea! —clamó Sadam.

—Pues si así lo deseas serás uno de mis sirvientes, tal vez y todo me seas útil. Te lo concedo porque trajiste muchos muertos a mi reino. —Y con un gesto distraído de la mano le encargó su primera tarea—. Desmonta la jaima.

—Sólo una cosa, si se me permite la pregunta, mi Señor ¿y el autentico Gadafi?

Y así, presto, Sadam Husein, desmontó la tienda con ayuda de Muamar el Gadafi, el cual, apareció para ayudar a Sadam. El líder libio servía igualmente en la cohorte del demonio árabe con otros tantos dictadores, jeques y reyes del mundo árabe. A Ghoul, le gustaba tener entre sus servidumbre a los mayores tiranos arábigos. Y, para su suerte, no eran pocos.

Callao y la paja

Lucio y Eva abandonaron el hotel después de que Eva desayunase copiosamente y recibiese un masaje mandara a cuatro manos por parte de dos masajistas del Ritz. Según le comentó uno de ellos a Eva, los antiguos escritos decían de este masaje que era el remedio secreto que permitía a los dioses ser inmortales.

Andando sin destino fijo, por el simple hecho de pasear, llegaron a la plaza del Callao. En las dos grandes pantallas digitales del edificio academicista que recoge los cines, Eva, se percató de los estrenos en cartelera. Sam Raimi, el director de *Posesión Infernal*, estrenaba nueva película.

—¡Vamos a verla! —clamó ella y agarró a Lucio de la mano, arrastrándolo por la plaza.

En el momento que entraba la pareja en el edificio llegó a la misma plaza un cura con cara de pocos amigos, alzaba una imagen de la Virgen de Almudena y le acompañaban dos ancianos armados de palos. El sacerdote intuyó que el Mal andaba cerca, pero perdió la pista. Se le veía ofuscado.

El Demonio Ibero y el nuevo Mesías se acomodaron en dos butacas en la sala donde se proyectaba la película y el segundo, mirando al primero, le preguntó:

—¿Te gusta el cine?

—Es grande. —Miró al anfiteatro de arriba.

—No, hombre. Las películas, si te gusta ver películas.

—Ah..., sí, sobre todo *La semilla del diablo*, sin embargo *Mary Poppins* no me gusta nada.

—A veces no entiendo de que estás hablando...

La película llevaba cinco minutos y un grupo de adolescentes no paraba de armar barrullo delante de ellos profiriendo continuos chascarrillos que para el grupo de jóvenes amigos resultaban parecer muy locuaces y divertidos a la vista de cómo se reían pero muy molestos para cualquier otro.

Lucio se contenía aferrándose a los reposabrazos con tal fuerza que clavaba los dedos en el acolchado. Le gustaría levantarse y cortar cabezas. Pero sabía que tenía que dominarse. No debía descubrirse. Los adolescentes empezaron a tirarse palomitas y una de ellas fue a rebotar a su cabeza. Una vena en la frente se le hinchaba del grosor de las raíces de los baobabs. Como una tetera a las cinco de la tarde en Inglaterra estaba el demonio. Iba a explotar cuando Eva se levantó de su lugar y sin mediar palabra le soltó una colleja al más corpulento de los jóvenes. El adolescente irguió su cuerpo de gorila y le llamó zorra y le dijo que le iba a chupar la polla y se

refirió a su vestimenta con: «¿Que pintas son ésas?».

Eva le estrujó los huevos y con un dedo le oprimió la carótida. El «gorila» cayó derribado en su butaca sin aire y rojo como un tomate maduro.

—Técnica de asfixia calla la puta boca —terminó por decir Eva.

El cine rompió a aplaudir el gesto de Eva y los jóvenes no volvieron a emitir el mínimo ruido.

Lucio miró a Eva con admiración, incluso con extraño deseo.

Dos horas más tarde, tras la película, comían un par de tapas de callos en la barra de un bar de la zona.

—Me encantan los callos —comentó Eva.

—A mí también —replicó Lucio mojando pan en la salsa.

Tras la ventana, en la calle, se concentraba una manifestación. De buenas a primeras la policía empezó a cargar contra la gente que simplemente portaba pancartas, y que en ningún momento hicieron nada más peligrosos que protestar. Dos chicas fueron aporreadas ahí, delante del cristal.

Eva se atragantó.

—Hijos de perra... ¡Vamos! —le instó decidida a Lucio.

Lucio se vio obligado a salir del local y siguió a Eva fuera. Metros más allá, la vio como recogía una botella del suelo y la arrojaba a la policía. Ésta estalló en mil pedazos contra un antidisturbios. Alrededor de Lucio se vivía una gran confusión: golpes, empujones, caídas, pisotones, gritos. Le era un ambiente agradable.

Uno de los policías fue atacar a Lucio con su porra. El demonio hizo que se detuviera como si hubiera sido congelado con un arma de ciencia ficción. La porra se paraba a escasos centímetros de él. Y para confusión de los asistentes a la batalla campal el policía al segundo siguiente se «descongeló», se deshizo de su casco y comenzó a golpearse la cabeza contra el suelo. Cada nuevo impacto con más virulencia. Se abrió la cabeza y quedó inconsciente bajo un charco de sangre que nacía a borbotones de su cráneo abierto, extendiéndose el denso líquido cada vez más. Lucio tuvo cuidado de no mancharse las Nike y retrocedió un paso.

Eva lanzó una última piedra y al localizar a Lucio le agarró del brazo.

—¡Huyamos!

Zigzaguearon entre la marea de gente hasta perderse en la multitud. Cruzaron la pequeña calle de Miguel de Moya entrando de inmediato en la calle Tudescos para salir más rápido aún a la calle Corredera Baja de San Pablo. Ahí descansaron contra una de las puertas rojas del teatro Lara y se besaron.

Esa noche en casa de Eva, Eva le hizo el amor a Lucio sirviéndose de una espátula y unos guantes estriados; le hizo sentir cosas que ni siquiera Lilith o Súcubo consiguieron hacerle experimentar. Lucio comenzaba a sentirse confuso.

Iglesia de Carabanchel

—No ha habido suerte —comentaba Ezequiel al grupo de ancianos en la sacristía —, pero no hay que desfallecer en el intento.

—Es fácil decirlo cuando a usted no le han pegado una paliza unos Latinos Kinis —dijo uno de los ancianos apaleados con el labio hinchado como una morcilla, casi no se le comprendía.

—Eso os pasa porque estáis en baja forma.

—¡Que tenemos de media ochenta años, señor padre! —replicó el labio morcilla.

—¡Bueno, vale ya! —cortó tajante Ezequiel—. Eso no es obstáculo ninguno. Simplemente necesitáis entrenamiento. Mañana os entrenaré yo mismo a todos en el gimnasio municipal. Os quiero ver ahí sin falta al mediodía.

El anciano de nombre Jacobo levantó una mano temblorosa repleta de venas hinchadas y azules y tomó la palabra.

—Yo es que tenía mañana medico a esas horas.

—Pues lo dejas para otro día. No te vas a morir —le contestó Ezequiel.

—No tendría yo eso tan claro... —concluyó el viejo.

Ezequiel acompañó a la salida a los doce ancianos y a su vez él se dirigió a su propia casa. Un pisito no muy lejos de la iglesia.

Abrió la puerta de su piso y cruzó el pasillo. Las paredes se colmaban de estampas de Cristo: un Cristo caucásico rodeado de niños y mujeres rubias; Cristo exorcizando; Cristo en la Última Cena; Cristo siendo bautizado por Juan Bautista; Cristo multiplicando los panes y los peces; incluso había una imagen en la que se veía a un Cristo musculado soltándole un rechazazo a un Satán rojo con piernas de cabra.

En la cocina se preparó una frugal cena: un bocadillo de chorizo y de postre una pera, que se terminó en el salón frente a un viejo televisor Grundig de catorce pulgadas. En la TVE apareció Mariló Montero en uno de esos concursos para paletos llenos de pruebas estúpidas. Ezequiel se bajó la cremallera del pantalón, sacó su miembro erecto y comenzó a masturbarse. Después se apretó el cilicio que le circundaba la pierna izquierda e intentó dormir algo en el sofá, lo que le dejase el dolor. Por lo de la paja no se merecía dormir en una cama.

Película porno, entrenamiento y más escenas estrambóticas que tienen lugar

Lunes por la mañana. Eva dormía a pierna suelta en su habitación hasta que una serie de carcajadas le despertaron. Por su profundidad y resonancia parecían provenir de un león. La singular risa llegaba del salón. Recogió del suelo la camiseta y los tejanos negros rasgados que llevara ayer. Y fue a mirar.

Lucio, con las piernas cruzadas, se sentaba en el sofá. Veía La lista de Schindler en un canal de cine de la TDT. Liam Neeson se deshacía de su insignia nazi en forma de alfiler y lloraba porque explicaba que de venderla podría haber salvado la vida de al menos una persona más. Lucio se desternillaba.

—Le estoy cogiendo gusto a esto del cine —dijo Lucio girando la cabeza hacia Eva, la que se hallaba de pie a su espalda, en la puerta.

Eva lo miró con desaprobación. Cogió el DVD de Posesión Infernal de una de las baldas del mueble del televisor y lo introdujo en el reproductor de DVD.

—A ver si te gusta ésta.

Lucio se acomodó en el sofá en disposición para verla. Y Eva marchó a la cocina. Mientras preparaba el café en una vieja cafetera italiana escuchaba las risotadas de ultratumba de Lucio. Parecía que ésta también le gustaba. Fue a encenderse un cigarrillo y comprobó que la cajetilla de Marlboro estaba vacía.

—Tú, voy a bajar a por tabaco ¿quieres que te traiga algo? —le preguntó a Lucio en el umbral de la puerta del salón.

—No es necesario —le contestó él sin girar esta vez la cabeza, atentó como estaba a la pantalla del televisor. Y soltó otra carcajada en la escena en la que el árbol del bosque viola a una de las chicas protagonistas.

—Bueno, pues ahí te dejo. Vuelvo en un rato —se despidió Eva.

Lucio cambió de posición en el sofá y se sentó encima del mando. Sin querer hizo que el reproductor de DVD expulsase el disco.

—¡Mierda!

Se acercó al aparato, que se colocaba en el mueble bajo el televisor, y lo observó con la bandeja fuera. Lo golpeó, lo sacudió, lo volvió a golpear y lo levantó. Debajo había otro disco DVD acumulando polvo. En la cara impresa del disco se apreciaba a Eva, aunque llevaba el pelo diferente, multicolor, y además estaba desnuda.

Retiró el disco de Posesión Infernal de la bandeja y posó el de la foto de Eva en ella. De un nuevo golpe que recibió el cacharro la bandeja fue tragada y la película

dio comienzo con una sugerente musiquilla.

A los quince minutos Eva se encontraba de vuelta, lo primero que escuchó al entrar fueron unos estridentes gemidos a todo volumen. Los que reconoció de inmediato: ¡eran sus gemidos!

—Necesitaba dinero —comentó Eva apareciendo en el salón. En la pantalla se veía a sí misma masturbándose con un consolador XXL en una postura imposible.

—Es hermoso —dijo Lucio—. Es lo más hermoso que he visto nunca. —Se levantó resuelto como si una chispa se hubiera encendido en el interior de su cabeza—. Discúlpame. —Y esquivó a Eva en la puerta para salir al pasillo.

Lucio entró en el baño y se encerró bajo pestillo.

—¿Qué me pasa?! —se dijo delante del espejo del lavabo, a la par que se golpeaba con fuerza la frente con la palma abierta. Para a continuación abofetearse con energía ambas mejillas—. Soy un demonio y ella el nuevo Mesías y mi misión es matarla. —Se hizo con lanza de Longinos que escondía bajo el chándal. Su cara se reflejó en la pulida hoja—. Tengo que matarla. —Continuó golpeándose—. Esta noche, tengo que matarla esta noche. Esta noche. Esta noche.

—¿Estás bien, Lucio? —preguntó Eva al otro lado de la puerta.

El demonio se mojó la cara y salió.

—Perfectamente. —Una sonrisilla nerviosa se delineaba en su rostro—. Estoy, perfectamente.

Entre tanto en el gimnasio municipal de Carabanchel...

—Vamos, Jacobo. ¿Qué eres una maricon? —Ezequiel instaba al anciano, que sudaba la gota gorda y sus articulaciones sonaban como una carraca, a que avanzase por la escalera que se instalaba de forma horizontal en el techo del gimnasio—. Pareces un chorizo de cantimpalo ahí colgado. ¡Avanza!

—Que no puedo de verdad, déjeme bajar, padre —imploró Jacobo.

—Que no puedes... ¡ya verás cómo puedes...! —Ezequiel comenzó a golpearle en el trasero con una vara de fresno. Sin embargo el anciano no avanzaba un centímetro—. Desisto —suspiró finalmente Ezequiel—. Anda, baja y deja sitio al siguiente.

Los ancianos con camisa a cuadros o a rayas en su mayoría y pantalones de chándal de mercadillo realizaban como buenamente podían (que era mal) los ejercicios y rutinas que les ordenaba el cura: lanzamiento de balones medicinales, carrera, flexiones, pesas.

—Diez vueltas al gimnasio —ordenó Ezequiel en un momento dado—: Un, dos, un, dos, un, dos.

A la cuarta vuelta a los ancianos les pesaba su propia alma, a duras penas se mantenían en pie. A Jacobo era al que peor se le veía y cayó al suelo, inconsciente.

—¡Padre, padre! —gritó Mateo—. Al pobre Jacobo le ha dado un infarto.

Lucio y Eva, más tarde...

Eva tenía que pensar en buscarse un nuevo trabajo, pero entre tanto disfrutaría unos días de estas vacaciones forzadas, un par de semanas a lo sumo. A Eva le gustaba contemplar a los animales y eso es lo que hacía en ese instante mirando a un binturong en el Zoo-Aquarium. Le dio por ahí esa tarde tras ver el documental de grandes felinos de la 2: visitar el zoo con Lucio. Hacía tiempo que no iba, con lo que le gustaba ir de niña. Uno de los exiguos episodios familiares que guardaba con grato recuerdo.

El desgreñado binturong se sostenía con su gruesa cola prensil a una rama, balanceándose frenéticamente boca abajo y con los ojos abiertos de par en par. Parecía que algún cuidador le hubiese aderezado la comida con LSD.

—Para ser un animal de costumbres nocturnas se le ve muy excitado ¿no te parece? —le preguntó Eva a Lucio, quien sin prestar atención al bicho bebía de una lata de cerveza y mordía la punta de un sándwich de atún y huevo.

Los animales, por todo lado, se comportaban de manera extraña. Sobre todo cuando pasaban frente a sus recintos. Chillaban. Pateaban. Coceaban. Corneaban. Mordían. Se lanzaban contra los cristales y verjas. Los renos lucharon entrelazando sus cuernos. Las jirafas se agredían entre ellas utilizando a modo de látigo sus largos cuellos y las ranas flecha azul segregaban más veneno que nunca. Aunque este pequeño detalle de los vistosos anfibios de escasos cinco centímetros pasase totalmente desapercibido. En el delfinario el delfín Felipe le propinó un cabezazo en el estomago a una de sus cuidadoras; los pingüinos comenzaron atacar a los niños e incluso un koala cayó muerto, su frágil corazón no pudo soportar la impresión. Sólo los lobos árticos y las cabras montesas se comportaban con cierta normalidad, aunque a Eva le pareció observar a estas últimas inclinarse al paso de Lucio, rozando contra el suelo sus cuernos como en gesto de vasallaje.

Más adelante los chimpancés lanzaban sus propias heces contra los visitantes y Eva decidió finalmente que era mejor marcharse. Lucio se olvidó por un momento del cometido que se había propuesto realizar esa misma noche; se lo estaba pasando en grande con el escándalo que su sola presencia originaba en el zoo. Al pasar de nuevo por el recinto de las cabras el demonio se despidió de ellas dejando caer una mano con disimulo.

Se acercaron hasta el barrio de Malasaña. En una pequeña galería de arte, encajada entre una librería-café y un establecimiento de *cupcakes*, ofrecían vino y canapés gratis. Eva quiso entrar. Y a Lucio la idea del vino también le convencía. La exposición era de fotografía moderna. En las paredes lisas y blancas se colgaban fotografías en blanco y negro en las que se mostraban pubis y asilas femeninas

velludas; al parecer la forma que tenía la artista de protestar contra la sociedad patriarcal y machista impuesta a la mujeres desde niñas era enseñando coños peludos. La sala se agolpaba en número destacado de hombres barbudos con gruesos gorros y jerséis de lana y mujeres lánguidas con camisas dos tallas más grandes y gafas de montura de pasta de colores. Olía a porro.

—Te noto un poco distante, Lucio —le dijo Eva con una copa de vino en la mano. Ambos observaban un retrato de una vagina abierta que pertenecía a una modelo octogenaria.

Lucio volvía a estar pensativo. Apretaba los ojos tras sus gafas de sol, sin parar de darle vueltas a la misión. No podía creerse que la duda estuviera empezando a germinar en su interior, y más teniendo en cuenta que la recompensa era la primera jerarquía. «*Será que me estoy empezando a enamo...*», pensó, no quería terminar la frase, no quería que esa maldita palabra planease siquiera por su cabeza, «... *enamorar...*», «¡Mierda!».

Terminaron el día en el Parque del retiro, cara al Monumento a Alfonso XII y al estanque. Las parejas navegaban en las pequeñas barcas.

Por su parte, Eva, hacía mucho que no se encontraba tan a gusto con un hombre. No tenía que ponerse a la defensiva como de costumbre. No sabía bien que era, pero había algo en él que le atraía. Algo oscuro, incluso le daba la sensación que pecaminoso. Aunque fuera un cutre total a la hora de vestir. ¿Sería eso que llaman atracción fatal?

Sus ojos se buscaron y los labios se encontraron. Los dos sintieron a un tiempo una leve descarga eléctrica cuando sus lenguas tuvieron contacto.

Una escena menos romántica se daba a sus espaldas: uno de los patos del estanque salió del agua salpicando y emitiendo sonoros graznidos. Comenzó a atacar a la gente de las barcas de recreo, quienes intentaban espantarlo con los remos. Voló por las inmediaciones y se alejó propinando picotazos contra quien se interpusiese en su camino. Parecía volar ebrio, culebreando sin sentido, hasta que chocó violentamente contra un árbol. Murió en el acto.

—¿Pero que le ocurre hoy a los animales...? —se preguntó Eva mirando por encima del hombro de Lucio.

Una vez de regreso en el piso de la Puerta del Ángel la noche se cernía al otro lado de las ventanas.

Eva no encontraba por ningún lado a su gata Isis. Buscó en el cesto de la ropa sucia, dentro de la lavadora, debajo de los armarios, pero nada. Ni rastro.

—¿Dónde se meterá está condenada? No suele desaparecer tanto tiempo.

Llamarón a la puerta.

—Voy a ver quién es —dijo Eva a un Lucio que se abatía sobre el sofá del salón con semblante circunspecto.

En el descansillo, Reyes, con un gorro de lana de alas laterales con trencillas rematadas en borlas, con gafas de montura de pasta sin cristales y calzando unas

sandalias con calcetines de colores, sujetaba a Isis.

—Se coló en mi casa —informó la niña pasándole la gata a Eva.

La gata se negaba a entrar en el piso aferrándose con sus uñas anzuelos al marco de la puerta.

—¿Pero qué te pasa a ti? —Eva tiró de su gata con fuerza. La gata acabó por darse por vencida y soltándose entró de mala gana. Correteó por el pasillo y desapareció en la cocina. Eva dirigió la mirada a Reyes y le preguntó—: ¿Cenas?

Eva mojaba su primer plato de verdura rebozada en harina de garbanzos en la salsa de yogurt. Habían pedido comida india, o mejor dicho, lo había pedido ella, pues a los otros dos no les hacía en principio mucha gracia. Cenaban los tres en el sofá del salón. A su vera, en uno de los extremos del sofá, se le pegaba como una lapa Reyes, que miraba con desconfianza a Lucio, quien a su vez no despegaba su mirada de su pollo madrás. La gata, por su lado, ahora al otro lado del salón, se ocultaba en un escondrijo formado por unas cajas que contenían material de tatuaje. Los ojos le brillaban en las sombras.

Eva rompió el hielo.

—Me gustaría conocer la India. Cachemira, Nepal... En plan peregrinación.

—Ajam —exhaló Lucio hundiendo un pedazo de pollo en la salsa picante.

—¿No te gusta? —le preguntó Eva.

—Sí que me gusta... —murmuró el demonio, la cabeza la tenía en otra parte.

Reyes dio un sorbo a su lata de Coca-Cola. Y ése fue el único sonido que se escuchó durante el resto de la cena.

Noche en el hospital

Jacobo se recuperaba en una de las camas del hospital 12 de Octubre, en una habitación individual. Un electrocardiógrafo pitaba a su derecha con regulares: «bip», «bip», «bip». El anciano de mayor edad del grupo se sentía ya mucho mejor.

—Me siento un poco culpable —le confesó Ezequiel. Al cura le acompañaban algunos de sus particulares «apóstoles». Los restantes se hallaban en la sala de espera.

—Pensaba que me moría. —Jacobo entornaba los ojos, fatigado.

—Puedes descansar todo lo que quieras. Eres un buen soldado de Dios. Saldrás de ésta.

—No, padre. —Tosió Jacobo con teatralidad—. Quiero continuar con la búsqueda. Hay que acabar con el demonio, o moriré en el intento.

Ezequiel asintió con satisfacción.

—Así se habla —chilló Ezequiel—. Estoy orgulloso de ti. ¡Estoy orgulloso de todos! —terminó por gritar. Y gritaron todos al unisonó.

Una enfermera entrada en kilos y años con cara de malas pulgas entró rauda en la habitación a solicitar silencio.

—Perdón, señora —se disculparon.

Lucio y Eva, madrugada

La respiración de Eva era profunda y acompasada. Dormía plácidamente. La colcha le cubría todo el cuerpo, apenas se dejaba ver el lado derecho de su cabeza rapada al dos y la serie de anillas plateadas que le recorrían la oreja.

Lucio fumaba en la ventana abierta. La ceniza del cigarrillo caía al patio interior. Era el momento. El demonio se cargó de decisión y aferró vigorosamente la empuñadura de alpaca y madreperla en la que se insertaba la hoja de la lanza de Longinos. Con sumo cuidado retiró la colcha. Eva continuaba respirando, transmitía calor y un olor dulce que ya le resultaba familiar; Eva movió levemente la cabeza. Lucio guardó la respiración, sin mover un musculo. Los parpados de Eva se maquillaban en negro y se quedó mirándolos un buen rato gracias a la leve luz anaranjada que provenía de las farolas del patio.

Levantó la lanza. El brazo se le tensaba como si lo tuviera preso a un potro de tortura medieval. Y lo dejó caer con pesadez. Arremetió una y otra vez contra el pálido cuerpo de Eva. Eva abrió los ojos, se le veía sorprendida y aterrada, no se creía lo que estaba sucediendo. Giró la cabeza hacia un lado y no pudo evitar vomitar sangre. La carne se le abría en yagas. La sangre brotaba en cantidades ingentes de una decena de orificios diferentes. Las sabanas antes blancas ahora eran rojas. La cara de Lucio igualmente se salpicaba del tibio fluido vital del Nuevo Mesías...; sin embargo, esto ocurrió solamente en la imaginación de Lucio. En realidad había escondido la lanza bajo la cama y se echaba al lado de Eva mirando al techo.

—El Gran Jefazo me va a matar —suspiró.



Tercer Cielo

Era día de feria en el Tercer Cielo. El algodón de azúcar y las manzanas de caramelo se dispensaban a espuestas en las casetas de golosinas, al igual que la ambrosia. Que empezaba a embriagar a más de un ángel que vagaba dando tumbos con las alas torcidas. En el recinto dispuesto para albergar la feria predominaba los colores pastel en los diferentes puestos y atracciones. En el tiiovivo de estética clásica y recargada giraban sin descanso sus caballitos para gozarse de los querubines que montaban en ellos. Al igual que la noria de color amarillo pálido repleta de entusiastas parejas virginales, y así se iban a quedar. Y en el puesto de tiro se encontraba Dios apuntando con una carabina. Una fila de muñecos con forma de diablillos desfilaba delante de Él. Dios disparaba con gran acierto, derribándolos todos, a pesar de las gafas de culo de vaso. Solamente le faltaba acertar a uno más para conseguir su premio: un Tiranosaurio Rex rosa de peluche, que era lo que deseaba con todo su ser. Centró en la mirilla al último diablillo, e iba a darle, cuando alguien le pegó unos toquecitos en el hombro, descentrándolo. Falló el tiro.

—¡Mecachis! —Dios se giró—. Me has hecho fallar el tiro y ya no me llevó a Abracitos. Espero que sea importante, Pedro.

—Lo siento, mi señor Todopoderoso —se disculpó San Pedro, que portaba un bombín sobre la cabeza.

—¿Pero que te ocurre a ti con los sombreros?

Pedro no dijo nada.

—¿Y bien? ¿Qué quieres? —continuó Dios.

—Era para recordarle que hoy es el Día D. Hoy a las doce de la noche, hora peninsular española, el poder de Dios despertará en la chica en toda su intensidad.

—Y para eso me importunas. Ya lo sabía. Yo todo lo sé, Pedro. Poseo la virtud de la omnisciencia, de la omnipotencia, de la omnipresencia y demás «encias». Por tu culpa he perdido al dinosaurio. Ya no me quedan más monedas sueltas.

Pedro miró sus sandalias, avergonzado.

—Bueno..., no pasa nada. Tu intención era buena. —Dios posó los ojos en el bombín que llevaba el santo—. Dame tu sombrero.

Pedro se hizo el sueco. Le gustaba mucho su bombín. No quería dárselo.

Dios entornó los ojos y a Pedro no le quedó otra que ofrecérselo. La furia de Dios era legendaria.

Dios se puso el bombín y rodeó con un escuálido brazo los curtidos hombros de Pedro. Comenzaron a caminar por el recinto ferial. Por los altavoces sonaba una

canción ñoña de Coldplay.

—He quedado con Michael Landon para jugar al golf. Necesito un *caddy*, ¿serás tú mi *caddy*, mi buen Pedro?

Pedro aceptó. Si bien su cara reflejaba alegría en realidad no le apetecía nada arrastrar los palos de Dios (que no eran pocos) por todo el campo de golf, y además recoger las bolas que caían al agua. Eso era lo peor. Se mojaba siempre los bajos de la túnica. Cuando le ofrecieron las llaves del Cielo pensó que todo iba a ser mucho más relajado. De mayor *status*. Pobre iluso.

19

La confesión

La mañana se presentó luminosa por la ventana a pesar de las nubes grises que poblaban el cielo. Lucio continuaba echado en la cama mirando al techo de la habitación. No había conseguido conciliar el sueño ni tan sólo por un segundo.

Eva se despertó y se levantó de la cama vestida únicamente con unas bragas negras y una camiseta vieja sin mangas del grupo Ghost.

—¿Quieres un café o algo? —le preguntó Eva a la vez que rebuscaba en los bolsillos de unos pantalones que se tiraban en el suelo. Hasta que dio con la cajetilla de tabaco. Le lanzó un cigarrillo a Lucio, quien no hizo el menor gesto de cogerlo al aire y rebotó en su cabeza. Ella se encendió otro ahí mismo. Como vio que Lucio parecía estar en el séptimo cielo, le repitió—: ¿Que si quieres un café?

Lucio salió de su ensimismamiento y contestó:

—Sí, gracias.

Terminaron el café en el sofá del salón. Eva ojeaba una revista de tatuajes y al acabar se acercó a las cajas que se apilaban en una esquina de la estancia. En ellas se encontraba todo lo necesario para realizar tatuajes: la máquina de tatuar, la empuñadura, las puntas, las agujas de delinear y las de sombreado, las capsulas de tinta, la fuente de alimentación, el pedal, los cables y demás accesorios como llaves Allen, guantes o papel transfer. Era la maquina con la que practicó antes de ponerse a tatuar de manera profesional. Era una buena maquina de fabricación inglesa.

—¿Quieres que te haga un tatuaje?

Lucio, sentado en el sofá, simplemente la miró por encima de las Ray-Ban.

Eva con presteza montó la maquina y ajustó la aguja. Se acercó a Lucio que ahora se echaba boca abajo en el sofá como le había ordenado.

—¿Que quieres que te tatúe? —le preguntó, a su lado, en cuclillas.

—Mmm... no sé... —Se lo pensó por unos segundos hasta que pareció ocurrírsele algo—: Un bebé muerto con las entrañas esparcidas y dos ratas escarbando en sus cuencas vacías.

Eva le miró con recelo.

—Ejem —carraspeó—. Bueno... ¿y una calavera en plan realista que te parece? Se me dan de lujo.

Lucio se encogió de hombros.

—De acuerdo —contestó al fin el demonio.

Tras agitar bien la tinta negra y prepararla en la capsula, Eva, empapó la aguja. Y estirando con los dedos la piel de la parte trasera del hombro derecho de Lucio

empezó a delinear el dibujo.

—Que piel más dura tienes. La aguja apenas se desliza, y eso que te he echado bien de vaselina. —Suspiró—. Le cuesta un horror penetrar a la tinta.

Varias horas y varias agujas rotas más tarde...

—Por fin... —Eva se secó el sudor de la frente con el antebrazo. Le acercó un espejo de mano a Lucio y le mostró el tatuaje. La calavera, gracias al sombreado, parecía sobresalirle de la piel. La mandíbula no conservaba todas las piezas dentales y a un lado le nacía una fina grieta. Era un tatuaje de un gran realismo, trabajado con detalle—. ¿Qué te parece? —terminó por preguntar.

—Me encanta —declaró el demonio una vez de pie. Y miró a Eva a los ojos—. Eva, tengo que contarte algo. Es importante. —Hizo una pausa. ¿De verdad iba a confesarle lo que era en realidad? Estuvo sopesándolo mientras le hacía el tatuaje y planeando como abordar el asunto, decidiendo finalmente que le contaría toda verdad, prosiguió—: Esto puede sonar como una locura.

—Me estás empezando a preocupar. —Eva se deshizo de los guantes de látex y añadió—: ¿Guardas a tu madre muerta en una cámara frigorífica...?

—Eva —continuó Lucio. Posó sus manos en los hombros de ella—. Sólo te pido que me dejes contártelo todo sin interrupciones. Prométemelo.

Eva dudo por un momento.

—Está bien, te lo prometo.

A Lucio se le veía tenso, pero lo soltó:

—Soy un demonio...

Una risotada de Eva interrumpió el intento de coloquio de Lucio.

—Soy un demonio —volvió a repetir Lucio elevando el tono—. Vengo del Infierno con la misión de eliminar al nuevo Mesías. En el caso a ti. Pues tú, Eva, estas llena del espíritu de Dios. —Lucio en este momento agitó las manos—. Pero no te preocupes no te voy a matar. Lo he recapacitado mucho. Me gustas, Eva. Me gustas de verdad.

Eva enmudeció. No se movía un pelo, como si estuviera plantada en el suelo y unas raíces imaginarias no la dejasen efectuar el mínimo movimiento.

—Mira —dijo Lucio. Fue al dormitorio, sacó de debajo de la cama la lanza de Longinos y regresó al salón mostrándosela a Eva—. Con esto tenía que matarte.

Eva pareció volver en sí.

—Tú... tú... tú estás como una puta cabra. ¡Fuera de mi casa!

—Eva, todo lo que te digo es cierto —se apresuró a decir el demonio.

—¡Fuera he dicho!

—Pero, Eva.

Eva empezó a propinarle empujones dirección a la salida.

—¡Que te largues de una puta vez! —gritó, no pudo evitar que la voz se le quebrase. Abrió la puerta y echó fuera del piso a Lucio lanzándole la camiseta de Los Moradores del Helheim y la parte de arriba del chándal. Y pegó un portazo.

Deslizándose la espalda por la puerta, Eva se sentó en el suelo.

—¿Cómo puedo tener siempre tan mala suerte con los hombres? Soy un imán para los problemas. Dame un respiro, Dios. —A Eva le hubiese apetecido llorar, sin embargo no lo hizo.

Tras cruzar el puente del parque de Madrid Río, Lucio se presentó en la taberna castiza de la calle Cava Baja, para su sorpresa su camarero particular zombificado de pajarita torcida continuaba sirviendo cañas y tapas en el local y le pidió una cazuelita de callos. En alguna ocasión y todo, el camarero, con su sempiterno hilo de baba colgándole de la comisura del labio, conseguía servir los pedidos sin volcarlos encima de los clientes.

Lucio, sentado en una de las mesas, miraba la tapa de callos sin levantar la cabeza. Pensaba que quizás una buena comida lograría mitigar su desazón.

Se equivocó. No surtía ningún efecto.

La cabeza negra de una mosca surgió de entre las tripas de vaca de la cazuelita de barro. El pequeño insecto frotó sus ojos con las patas delanteras para limpiarse de la salsa de tomate y agitando las alas emprendió el vuelo. Otra mosca, un poco más tarde, la acompañó. Después una tercera y una cuarta igualmente emergieron de la cazuelita, así hasta que se reunieron una docena de ellas posando sus sucias patas en los hombros de la clientela y del personal. Por su parte, a Lucio, con las dos manos sobre la mesa y la mirada perdida, se le veía apesadumbrado.

Las moscas crearon el desconcierto y originaron la insania dentro de la taberna. Uno de los camareros, el de mayor edad y peso, que se ubicaba detrás de la barra, empezó a emprenderla con la vitrina expositora de las comidas. Logró romperla a cabezazos, salpicando sangre y salsa de albóndigas. El orondo hombre finalmente se detuvo en sus golpes parando su cabeza en el interior de la honda bandeja donde las albóndigas flotaban en una espesa salsa marrón. La salsa burbujeaba por encima de su cabeza. Se ahogaba. No obstante tampoco hizo nada por remediarlo. Un ejecutivo, cerca de ahí, que entró a tomarse un simple café, agredió a un yorkshire terrier, propinándole una patada como si de un balón de rugby se tratara. El animal tomó altura y fue a golpearse contra la tragaperras. La dueña del perro, una anciana con un vestido verde de terciopelo, en lugar de encararse ante el agresor se arañaba la cara, rasgándose la piel y quebrándose las uñas. Otra mujer de unos veinte pocos años, de melena morena y largas piernas, se deshizo de su falda y medias. Se bajó las bragas y mostró a la concurrencia su culo alto y redondo. Y a cuatro patas se puso dispuesta a recibir. Varios hombres se abalanzaron sobre ella como buitres ante la carroña, y la poseyeron. Por turnos y a la vez.

Lucio seguía sin mostrar la menor atención a las diferentes escenas que se originaban a su alrededor como el menor que montaba ahora a la mujer desnuda y el

hombre que masturbándose eyaculó encima de una pareja de la policía nacional, que visto el barullo que se estaba formando decidió, para su mala fortuna, entrar a comprobar que ocurría en ese mismo instante.

Las moscas revoloteaban por todo el local cuando sonó la tediosa melodía de los Hanson del móvil. «*Lo que me faltaba*», se lamentó Lucio. Temía la llamada como nada en el inframundo. Apretó los dientes. Sacó el Nokia de su chaqueta Adidas y simplemente lo posó en la mesa, dejándolo sonar. Sin atender la llamada. Se levantó y abandonó su sitio dejando ahí el móvil. Las moscas desaparecieron del lugar con él. No se creía lo que acababa de hacer. «*Mi castigo será horrible*», pensó.

Fuera, las nubes tuvieron la idea de descargar una tromba de agua. Se caló por completo. El pelo se le pegaba a la frente y la ropa le pesaba el doble. Detuvo un taxi que le dio vueltas por la ciudad como le solicitó, sin rumbo fijo. No sabía bien como actuar ahora, había desobedecido al Gran Jefazo y se había quedado sin chica.

Cayó la noche.

Al pasar frente al museo del Prado mandó detener el coche. La pinacoteca estaba cerrada. Lo que tampoco era un gran inconveniente. Entró en las mismas subyugando a un guarda de seguridad.

Caminó por los pasillos oscuros hasta dar con la sala 67 donde se exponían las pinturas negras de Francisco de Goya. Se paró frente a la obra que más le agradó: Saturno devorando a un hijo. Y, aunque parezca algo surrealista y completamente imposible para un mero mortal, entró en el cuadro como quien atraviesa la ventana de su casa para pasar al jardín, colocándose al lado del mismísimo dios Saturno.

Salvo el dios romano de la agricultura, el cuerpo de su hijo medio devorado y él, alrededor sólo se cernía la penumbra.

El dios romano dejó de rasgar la carne del brazo izquierdo de su vástago.

—¿Qué haces tú aquí? —quiso saber Saturno. Su voz sonaba más vieja que el tiempo y retumbaba como si se emitiera desde el interior de una profunda cueva.

—Me escondo —respondió Lucio.

—¿De qué te escondes, muchacho?

—De las represalias.

—Para mi desventura sé lo que es eso. En su día las sufrí. En primer lugar de mi hermano mayor Titán y después de mi propio hijo Júpiter. Me lo debería a ver comido a él primero... —El dios con sus penetrantes ojos saltones analizó a Lucio con fijeza y apuntó—: Quiero advertir en tu rostro la huella de la tristeza. No sólo veo en ti la preocupación por un agravio sino también el desamor. —Se atusó unos segundos su larga barba blanca. Y, adoptando una postura menos encorvada, preguntó—: Hay alguna hembra detrás de tu desánimo, ¿verdad?

Lucio nada contestó. Pero Saturno pareció entender en el silencio una respuesta afirmativa.

—Mujeres... —suspiró el anciano dios. Mi mujer Ops me engañó y se llevó a los niños dejándome solamente con Juno.

—Se llama Eva —soltó al fin Lucio—. No me quiere ni ver.

—Así que estaba en lo cierto, hay una mujer y su nombre es Eva. Nombre singular... —Saturno acabó por erguirse por completo. Parecía una montaña. Lucio lo miraba desde abajo alzando la cabeza—. ¿Y tú crees que los problemas se solucionan solos?, viniendo aquí a importunar en su pitanza a un triste dios como yo en la más absoluta decadencia. La gente ya ni se acuerda de la edad de oro y de la eterna primavera que instauré. Pero no me lamento por ello, continuo a lo mío. Debes enfrentarte a tus problemas, joven amigo. Para bien o para mal debes enfrentarte a ellos con todas las consecuencias. Eso es lo que nos separa a los hombres de los niños y de los animales. —Le dio una palmaditas en el hombro con su titánica mano—. Ahora abandona mi territorio. Decisión y cabeza alta. ¡Y cambia de vestuario, hombre! Que con esos ropajes pareces cualquier cosa...

Las palabras de Saturno le insuflaron algo de ánimo, si bien no las tenía todas consigo. Y aunque su intención inicial era resguardarse en el interior de la pintura salió del cuadro despidiéndose de Saturno con un: «Que aproveche».

Mientras tanto en la taberna de la calle Cava Baja...

El camarero-zombi daba el cierre al local tras el espectáculo vivido esa misma tarde, pasaba la escoba por el suelo repleto de una alfombra de huesos de aceitunas, cascaras de gamba, servilletas de papel y palillos.

Al final su compañero Manolo, que era como se llamaba el camarero obeso tras la barra, fue salvado de ahogarse en la bandeja de las albóndigas por la pareja policial antes que las vías respiratorias se le saturasen de la espesa salsa marrón, y trasladado a urgencias donde además le cosieron veintitrés puntos en la frente. Manolo no se explicaba lo sucedido. En realidad, ninguno de los implicados se explicaba nada de lo sucedido. En lo que si coincidían todos era en la aguda jaqueca que sufrían. La mujer que fue montada por un número indeterminado de hombres desapareció llena de vergüenza sin encontrar sus bragas, fue de inmediato a hacerse con una píldora del día después. No volvería a pasar por ahí en su vida.

El camarero-zombi de pulso convulso se dejaba más de la mitad de los desperdicios del suelo sin recoger cuando algo llamó su atención. En una de las mesas sonaba una musiquilla. Vio que provenía de un viejo móvil. En vez de girar para ir hasta la mesa andando de cara fue desplazándose de manera lateral como un cangrejo. Cogió el Nokia y le dio al botón del número cuatro, después a la almohadilla, pulsó el número dos y el ocho y finalmente acertó a darle al botón verde para atender la llamada. Si bien no de la manera más usual, pues mantenía el móvil de forma horizontal, se acercó el aparato a la oreja. Al otro lado de la línea alguien gritaba.

—«¡¿Lució?! ¡¿Estás ahí?! ¡Contesta, es una orden!».—El tono del Gran Jefazo

revelaba una gran cólera.

—*E uma ordem* —contestó el camarero con un deje gangoso.

—«¿Lucio, eres tú?».

—Eres TuuÚ —repitió el camarero.

—«¿Quién habla?».

—¿Quién habla?

—«¿Eres imbécil o qué? ¿Dónde está Lucio? Dímelo, gusano, si no quieres que tu cuerpo arda en el fuego eterno».

—Tú imbécil gusano. —Y el camarero tiró el móvil al suelo, y, depositándolo en el recogedor con ayuda de la escoba, acabó en el fondo del cubo de la basura.



Historias en el Infierno En busca del tesoro

Urbain Grandier había sido un sacerdote católico francés del siglo xvii con fama de Don Juan en su época y quemado en la hoguera por brujo. Acusación que no era cierta. Un grupo de monjas lo denunció por enviarles al convento al demonio Asmodeo, donde fueron poseídas y despojadas de su virginidad por las garras negras de la Bestia. Aunque en realidad fue él quien se las tiró. Y ahora el sacerdote era uno más de los condenados en el Infierno. No obstante, guardaba cierta relación con algunos de los demonios. Caía simpático gracias a los chistes que contaba con asiduidad.

En ese momento Urbain Grandier no se hallaba solo. Framiel, cuerpo de serpiente y cabeza de hombre, estaba a su lado.

—Como tardan éstos —le dijo Grandier a Framiel. Se secó con un pañuelo el sudor de la frente. Hacia calor en el páramo de tierra yerma y cenicienta donde se encontraban. Y más si vestías sobre los hombros una muceta de terciopelo, como era el caso.

Framiel, a modo de contestación, se limitó a bufar con su lengua bífida, mostrando a su vez unos agudos colmillos en el interior de su infecta boca negra.

El sonido de unas trompetas se elevó en el ambiente. No les sorprendió el repentino ruido. Sabían de qué se trataba. Era el sonido que precedía siempre la llegada de Curson, a quien esperaban.

Curson apareció montado en un caballo de extremidades finas y largas con un cuello igual de delgado y dilatado; un caballo que bien podría haber salido del imaginario de Dalí. En cuanto al demonio que lo montaba portaba una corona de oro que refulgía encima de su cabeza de león, de cuello para abajo su aspecto era el de un hombre fornido cubierto con una armadura medieval y con una espada a la cintura.

—¿Estamos todos? —preguntó Curson al llegar al lado de los otros dos. La visión de sus fauces y melena imponían respeto hasta al más osado.

—Falta todavía por aparecer Belfegor —respondió el sacerdote.

—¿Por qué no me extraña...? —suspiró Curson—. Maldito demonio de la pereza.

—¡Mirar! —exclamó Grandier apuntando hacia lejanía—. Ahí viene.

En la lejanía del campo gris se veía a Belfegor caminando sin ninguna prisa. Su cuerpo, a medio vestir con harapos, era musculoso y de gran tamaño. Una larga barba gris, cuernos curvos y sucias garras eran otras de sus características más destacadas.

Los cuatro habían quedado para desenterrar un tesoro. Entre los poderes de Curson, cara de león, se encontraba el de revelar tesoros ocultos. Y pese a que no le

estaba permitido hacerse con esas riquezas, pues pertenecían al Infierno en su conjunto y nadie podía aprovecharse de sus especiales facultades para hacerse con ellas, nada decía la legislación de informar a terceros de su paradero y si luego estos como pago amistoso deseaban ofrecerle, por ejemplo, una cuarta parte de las ganancias, ya era otra historia. Una laguna legal de la que se aprovechaba antes de que se retocase la ley.

El extraño grupo emprendió el camino.

Framiel avanzaba reptando, su cuerpo de cuatro metros de ofidio se arrastraba mediante ondulaciones laterales que resultaban cuasi hipnóticas. Las escamas le cambiaban de color pasando del dorado al plateado y del verde esmeralda al rojo rubí. Era un vistoso espectáculo que se podía observar incluso desde las alturas. Framiel iba repasando su plan una vez Curson encontrara el tesoro. Lo tenía todo pensado, le mordería en el cuello y se abalanzaría con la misma rapidez sobre los demás. Era menos poderoso en cuanto fuerza bruta pero mucho más rápido que ninguno de ellos. Y su veneno letal haría el resto.

De naturaleza infame, Framiel era un ser malvado incapaz de cumplir pacto alguno. Si pertenecía al grupo de búsqueda era por la simple razón que escuchó conversar a los tres del tema en una taberna de la Vía Ignis y ya no les quedó otra que acogerlo si no querían que se fuese de la lengua.

El demonio serpiente vio que se estaba quedando un poco rezagado y aumentó la marcha hasta alcanzarlos.

El sacerdote contaba chistes y los otros dos demonios se reían.

—«Oye, Pierre, que tu mujer me guiñó el ojo ayer». A lo que le contesta Pierre: «No te preocupes, es un tic que tiene». «Vaya por Dios, pues he fornicado con ella».

Tanto Curson encima de su caballo como Belfegor se doblaban de la risa.

Transitaron los cuatro por un paraje escarpado de aire tenebroso donde los condenados colgaban de la lengua, atados de las ramas desnudas de los árboles, y bajo ellos ardía un fuego que los atormentaba. Eran los blasfemos. Los asesinos, un poco más allá, eran colmados de sabandijas, eran mordidos por las alimañas y su tormento los hacía retorcerse. Las almas de los asesinados estaban allí contemplando el castigo de sus matadores y decían: «¡Oh Dios! ¡Justo es tu juicio!». Cerca de allí también unos demonios vertían barriles de sangre, pus y excrementos por encima de unos castigados llenos de cortes, formándose una charca a los pies de los pecadores, en la que se hundían acabando por ser tragados. Otros hombres y mujeres eran despeñados por un barranco; y tan pronto llegaban abajo, eran arrastrados hacia arriba y precipitados nuevamente por sus torturadores; y su tormento no conocía reposo.

Luego dejaron atrás a los hombres y mujeres culpables por perseguir a los justos y denunciarlos traidoramente que estando de pie se cubrían de llamas hasta la cintura a la vez que eran azotados por malos espíritus y sus entrañas devoradas sin pausa por gusanos. Y a la altura de los que eran quemados y asados como cochinitos deambulaba Buriel con su inseparable comitiva, al que apodaban el Duque errante,

pues era tan enormemente malvado que siempre, a donde quisiera que fuese, lo echaban a él y a su séquito, por lo que nunca se quedaba mucho tiempo en un mismo sitio y siempre andaba vagando con su grupo de demonios, casi tan malvados como él. El Duque, un ser medio pájaro medio hombre, cubierto de plumas negras, les dio el alto con su voz dulce y meliflua y les preguntó:

—¿Hacia dónde os dirigís, mis buenos amigos? —Les apuntó con una mano de garras rapaces. Tenía una pose altanera y aristocrática.

—Eso no es de tu incumbencia, Buriel —le contestó Belfegor, el demonio de la Pereza, para acto seguido bostezar y sentarse en el suelo polvoriento, terminándose por reclinar adoptó una postura completamente horizontal y despreocupada.

—Si queréis continuar vuestro camino deberéis pagar un peaje —señaló el Duque errante.

—Tú no eres el dueño de estas tierras —protestó Urbain Grandier.

—¡Silencio, humano! —Buriel desplegó sus alas negras mostrándolas en todo su esplendor, a Grandier le pareció que abarcaban todo el Infierno, creando la oscuridad—. ¡No oses dirigirte a mí en esos términos! —Su séquito, comprendido por cinco demonios de aspecto reptiloide y sucio, dio un paso adelante desenvainando sus cuchillos, sables y espadas.

Grandier miró a su alrededor, sólo veía a Framiel, cuerpo de serpiente y cabeza de hombre, unos metros detrás de él, como si la cosa no fuera consigo y a Belfegor durmiendo en una situación tan inoportuna. De Curson no había ninguna señal, su caballo no era montado por nadie. El demonio con el don de revelar tesoros ocultos había desaparecido sin dejar rastro.

—El único que podría sacarnos de ésta va y desaparece, será...

—Antes de terminar de mascullar estas palabras, uno por uno, los demonios-reptil fueron cayendo al suelo con las gargantas cortadas o con las cabezas descoyuntadas. Buriel, el Conde errante, miró la escena extrañado. Allá no se advertía a ningún atacante. Sus acólitos parecían caer por unas manos fantasmales y cuando se quiso dar cuenta de lo que ocurría el mismo era ensartado en el abdomen por una espada de refulgente acero. Y ante los ojos de todos volvió a aparecer la figura de Curson, en la mano donde no empuñaba la espada asía una capa brillante de destellos plateados.

—La capa de invisibilidad de mi colega Firiel —informó—. Uno de los cuatro seres infernales que poseen una. Siempre que voy de expedición se la pido prestada. Nunca se sabe... —Le cercenó la cabeza de pájaro a Buriel. La cabeza aunque desposada de su cuerpo no cerraba el pico, dedicándoles infinidad de juramentos y malas palabras.

—Venga, continuemos —exhortó Curson al grupo enfundando la espada sin prestarle más atención a la cabeza parlanchina y malhablada—. Ya estamos cerca.

Kilometro y medio después llegaron a una ciénaga que se asentaba entre dos montañas con la apariencia de enormes colmillos picados. El lodo y agua estancada les llegaba hasta las rodillas. Finos huesos de un animal sin determinar flotaban en el

agua negra como el petróleo. El caballo de Curson se negó a entrar y éste tuvo que dejarlo pastando en un claro.

—Pues el tesoro se encuentra hundido aquí —dijo Curson que no le provocaba ni pizca de gracia mojarse y enlodarse hasta las cejas. No era fácil lavar y cuidar una melena como la de él.

—¿Seguro? —preguntó el sacerdote francés.

—Mis dotes adivinatorias son infalibles.

Se hicieron con unas largas ramas y comenzaron a tantear el turbio fondo con ellas. Hasta que Grandier pareció dar con algo.

—¡Aquí hay algo! —exclamó el sacerdote.

Vieron que se trataba de un cofre de metal de un tamaño considerable, muy pesado y labrado con una escena de lucha jemer: guerreros con arcos, lanzas y elefantes. Un antiguo tesoro expoliado de Angkor Wat que se cerraba a cal y canto por un oxidado candado.

Trasladaron entre todos el cofre hasta el claro donde descansaba el caballo.

—¿Como lo abrimos? —preguntó Belfegor sentándose encima del cofre.

—Aparta —le ordenó Curson. Desenvainó la espada y de dos tajos desgajó el cerrojo.

Curson, como no, estaba en lo cierto, como siempre que se trataba de valiosos tesoros. El cofre se encontraba repleto de esmeraldas, zafiros azules y oro.

A Framiel los ojos le brillaron más que las joyas que se le presentaban delante. Agitó la parte posterior del cuerpo con frenesí, sus escamas se mostraron en colores vivos a lo largo de toda su complexión con una vivacidad y fulgor como nunca antes había emitido. No iba a perder un segundo ahora que estaban distraídos, ¡los atacaría ya! Adoptó una postura erguida. Levantando la mitad de su alargado cuerpo se elevó a casi dos metros de altura. Y con sus dos desarrollados colmillos curvos se abalanzó como el rayo hacia Curson, quien se entretenía observando una piedra preciosa del tamaño de un puño. Si le eliminaba a él primero los demás eran pan comido.

Todo se juzgaba propicio para Framiel. Si no fuera porque los llamativos colores de sus escamas llamaron la atención de un águila gigante que tenía su nido en una de las agudas montañas. El ave desde las alturas, con la envergadura titánica que les caracterizaba, cayó en picado y cazó a Framiel en el mismo instante que éste se disponía a atacar al demonio de cabeza de león. Sus compañeros, tras la escena, se miraron sorprendidos. El águila ascendió de nuevo pero de esta vez con Framiel retorciéndose entre sus garras, desapareciendo finalmente de la vista de todos.

—Alimento para sus polluelos —dijo Curson. Hizo una pausa y añadió—: Bueno..., más a repartir ¿no?

Todos se encogieron de hombros. Y repitieron: «Más a repartir». A nadie, además, le caía bien Framiel. Fue un buen día.

Con lo que consiguieron, el sacerdote Urbain Grandier construyó un lupanar a imagen y semejanza de los de la desaparecida Pompeya. Lo regenta el mismo y en él

trabajan las adúlteras más hermosas. En el Infierno cualquier uno puede indicarte donde se encuentra. Por su parte, Curson se engalanó la corona y armadura incrustándose las diferentes piedras preciosas que le correspondieron. Fue el último tesoro que pudo descubrir. La ley ya era muy clara al respecto y no dejaba ningún recoveco para cualquier triquiñuela legal, bajo pena de clavarte la cabeza en una estaca, como siempre. Belfegor, simplemente, lo perdió todo en una timba. Tampoco le importó demasiado, lo olvidó echándose una siesta.

Navidad; el nacimiento de un nuevo Mesías

Eva se sentía mucho mejor después de entrenar con el saco de boxeo y visualizar en él la cara de rasgos contradictorios de Lucio, marcados y rudos a un tiempo que delicados y finos.

Salió de la ducha del gimnasio y se vistió con unos tejanos negros, una camiseta gruesa de algodón y su cazadora favorita de cuero de estilo motero. Al comprobar la hora en su reloj digital se percató que tan sólo restaba un cuarto de hora para que oficialmente fuera navidad.

Al salir del gimnasio 24 horas contempló que la calle Extremadura se hallaba desierta y el tráfico era mínimo, le encantaba que así fuera. Se sentía un poco como el patético actor que salía en *Abre los ojos*.

Todos los locales estaban cerrados, o casi. Sólo algún establecimiento chino y poco más se mantenía abierto. Descubrió en una esquina una máquina expendedora de libros y se compró la novela *Cordero* de Christopher Moore; todo apuntaba a que iba a tener tiempo para dedicarle a la lectura. Bajó andando por la calle, no había metro en Nochebuena, pero tampoco tendría que caminar mucho hasta llegar a su casa, una media hora a paso ligero, que por otro lado era el único paso que conocía.

En algún campanario cercano las campanas empezaron a repiquetear. Terminando por dar con la última campanada las doce de la noche.

—El primer cigarrillo del día —se dijo Eva. Sacó la cajetilla de la cazadora y se hizo con uno. El mechero por mucho que rebuscó en los bolsillos no lo encontró—. Mierda, me lo he dejado en la taquilla del gimnasio —dijo torciendo el gesto, y, mirando al cielo, chilló—: ¡Quiero fuego! —Lo siguiente que ocurrió no se lo esperaba ni en mil vidas. Uno de los famélicos árboles de la acera, el que se plantaba más cerca de ella, estalló en llamas en su copa como una cerilla. Eva dio un paso atrás con la mandíbula desencajada y salió corriendo de ahí. De no sabe bien donde un vagabundo, un hombre de unos sesenta años de cara mal afeitada y con pocas piezas dentales en su sitio, le salió al paso y se lanzó a sus pies. Casi la tira.

—Tengo frío y hambre. Apíadese de un hombre que nada tiene mi Señora.

Se quitó su cazadora motera. No creía lo que iba a hacer, pero no podía evitarlo. Sus manos se movían de manera independiente, con voluntad propia. Luchó contra sí misma pero fue inútil. Acabó por ofrecerle al hombre su prenda más preciada. Cogió también todo el dinero que llevaba encima (catorce euros con treinta céntimos) y se lo dio. El vagabundo, satisfecho, desapareció con su botín dando las gracias.

¿Pero que me ha pasado?... Mi cuerpo no quería responder. Agitó las

extremidades y comprobó que ahora todo parecía ir bien. *Esto y lo del árbol no ha podido ser coincidencia*, pensó Eva, que no creía en ese tipo de juegos del destino. Y en camiseta de manga corta se abrazó para darse calor a sí misma. Vio a otro sin techo en la otra acera que la saludaba con una sucia mano. Rápidamente dobló la siguiente esquina y entró en su barrio: Puerta del Ángel.

Lucio esperaba bajo su portal. Curiosamente a Eva no le extrañó. Lo que si le extrañó algo más fue ver a Lucio desprendido de su chándal para en su lugar vestir un esmoquin negro; eso sí, las Nike rojas con cámara de aire las continuaba calzando.

El demonio había parado en el Adolfo Domínguez de la calle Serrano donde un maniquí de su talla mostraba en el escaparate un traje de estilo clásico que le gustó, con doble solapa en la chaqueta y pantalón recto de corte regular. Con total libertad rompió el escaparate con una tapa de alcantarilla. Y se hizo con él. Le iba como un guante.

—Algo me pasa —le confesó Eva finalmente.

Subieron a casa de Eva y se sentaron el uno frente al otro en la mesa de la cocina.

—Intenté hablarlo contigo, Eva. El espíritu de Dios reside en ti. Su poder te inunda. Hace dos mil años ocurrió lo mismo con un tal Jesús de Nazaret.

—¿Y que se supone que tengo que hacer? ¿Devolverles la vista a los ciegos? ¿Resucitar a los muertos?

—No sé... —Lucio se encogió de hombros—. Supongo que evangelizar y expulsar el mal de la sociedad y esas cosas.

—Pues lo llevan claro.

—Eso ya no está en tus manos.

—¿Y por qué yo, que tengo que ver yo con todo eso?

—Se supone que los dictámenes de Dios son herméticos. Pero resumiendo: ese viejo afeminado está como una cabra... Seguramente pensaría que cualquier humano aceptaría complacido el cargo sin objeción alguna.

—Entonces si yo soy supuestamente el nuevo Mesías. Tú en realidad eres un demo...

—Un demonio. Efectivamente. Antes de subir a Madrid yo estaba tan tranquilo en mi casa colonial del Pandemónium castigando a condenados. Aunque me temo que no voy a poder regresar... Empiezo a echar hasta un poco de menos al plomazo de Kim Jong-il...

—¿Perdón, Kim Jong-il?

—Nada, olvídalo.

—Eva se levantó hasta el fregadero, abrió el grifo y se puso un vaso de agua.

—¿Y ahora qué va a pasar contigo? —preguntó sentándose de nuevo frente a Lucio. Cuando fue a beber el agua ésta se había convertido en vino tinto. Posó con disgusto el vaso en la mesa sin querer beber ya de su contenido—. Venga ya, puedo convertir el agua en vino... —Suspiró y con aire de derrota añadió—: Estoy completamente perdida...

—Y yo, Eva. Yo también estoy perdido. —Lucio cogió el vaso de vino y se lo bebió de un trago pensando en las represalias que se cernían sobre él con el peso de la espada de Damocles. Si había un ser vengativo ése era el Gran Jefazo. Si lo traicionabas no había vuelta atrás posible.

Silencio.

—Gracias —terminó por decir Eva—. Gracias por no matarme.

—No hay de qué —contestó Lucio. Hizo una pausa y preguntó—: ¿Puedes obrar otro de esos vasos de vino?

21

Trompetas de Guerra

En el Infierno

Abaddon se colocaba de pie frente a la mesa del despacho del Gran Jefazo en el Castillo. Miraba a su alrededor: una biblioteca a mano izquierda, un *megaloceros giganteus* disecado al otro lado y una lámpara de araña en el centro de los altos techos. Abaddon, el demonio de las alimañas y las plagas, adalid de las ratas, poseía el aspecto de un hombre de mediana edad y gran envergadura. Era totalmente calvo y media cara la llevaba tapada por una tela gris, así de la nariz al cuello era un enigma. En sus ojos profundos, atildados de finas cejas blancas, se decía contemplar un abismo más profundo que el de la fosa de las Marianas. Vestía pantalones de cuero, levita de botones dorados del siglo XIX y botas militares. Un reloj Patek ceñido a su muñeca derecha le terminaba por dar un aire sofisticado. Durante siglos se dejó ver como un engendro con alas de dragón y piernas recubiertas de escamas pero pensaba que eso era ya cosa del Medievo. Que había que pasar página. Se había convertido en uno de los hombres de confianza del Gran Jefazo desde que le sirviera con tan buen resultado en la propagación de la peste negra en el siglo XIV. Y por ello lo había hecho llamar.

—Lucio ha desaparecido —dijo el Gran Jefazo, quien se manifestaba sobre su silla sin forma precisa—. Parece haber dejado la misión en la estacada. Lo que implica que a estas horas el poder blanco del Mesías ha explotado en toda su intensidad. Lo siento emanar poderosamente y me desagrada. Me desagrada mucho. Nos encontramos en una situación delicada.

—Nunca confié en él —contestó Abaddon—, siempre me ha parecido un engreído y un demonio inconstante. Lo que deberíamos hacer, si lo estima oportuno, es procurar información de su paradero. Saber qué es lo que realmente está ocurriendo allá.

—Es en lo primero que he pensado. Por eso te he hecho traer, Abaddon.

—Mis ratas están a su servicio, mi Señor. Me informaran con premura en cuanto lo vean. En Madrid hay cuatro ratas por cada habitante. Lo encontraran enseguida.

—Eso era lo que quería oír. —Lo que pareció ser una sonrisa de Gato de Cheshire se dejó entrever en la especie de niebla roja de la que se constituía en ese instante el Gran Jefazo. Invitó a sentarse al demonio de las alimañas en la silla libre. Éste se sentó con la cabeza gacha y las manos sobre las rodillas. Cerró los ojos. Se estaba comunicando con todas las ratas de Madrid, todas y cada una de ellas eran ahora sus

ojos.

Lucio y Eva

Continuaban sentados en la cocina. No habían ido a dormir; tampoco habrían conciliado el sueño si lo hubieran pretendido.

Eva agitaba la cucharilla dentro de su tercera taza de café y levantando la vista de la taza miró a Lucio con las inseparables gafas de sol puestas, las que una vez fueron suyas. Lucio le había explicado que su visión le irritaba los ojos y que por ello las llevaba siempre. A Eva le parecía todo muy raro, una broma pesada, como si todo fuera un gran fraude orquestado contra ella. Esperaba que en cualquier momento alguien apareciese con cámaras de televisión y le gritase: ¡Inocente! Pero se temía que eso no iba a suceder.

—¿Cómo es el Infierno, Lucio? —le terminó por preguntar Eva.

—Pues es un lugar fantástico. —Era la primera vez en la noche que a Lucio se le percibía un tono cuasi animado de voz—. Hay volcanes en activo. Terremotos. Lluvia ácida. Cuando menos te lo esperas te topas con arenas movedizas o con un centro comercial. Y hay campas enteras de ortigas hasta donde te llega la vista; refugio de multitud de preciosas serpientes venenosas. En otros campos en lugar de arboles se levantan picas en las que los condenados son insertados por el ano. Las calzadas son asfaltadas con fetos de abortos y...

—Pero eso es horrible —le interrumpió Eva.

—Bueno, sí. Se anda mejor por caminos embaldosados. Cuesta un horror luego limpiar la suela de los desperdicios de feto que se te pegan.

—No iba por ahí... —Eva suspiró. Hizo una pausa y preguntó con curiosidad—: ¿Hay muchos condenados?

—Superávit. Imagínate. ¡Y muchos famosos! ¿Conoces a ese que cantaba *Imagine*?

—Sí.

—Pues ése está.

Tras la ventana de la cocina el cielo nocturno empezaba a clarear para dar paso a las primeras notas del día. Eva tenía docenas, cientos de preguntas más, pero quería despejarse un rato de todo aquello, salir fuera.

—Necesito tomar el aire —comentó—. Quizás así, si estiro un poco las piernas pueda dormir algo a la tarde.

Lucio se levantó.

—Te invito a un buen desayuno por ahí. —Y pensó: *Que tal vez sea el último...*

Al tratarse de navidad en el barrio estaba todo cerrado y Eva decidió ir a una zona con más movimiento.

Cogieron el metro y llegaron a la plaza conocida por encontrarse emblemas tan

representativos de la ciudad como el cartel de Tío Pepe, la estatua del Oso y el Madroño, la estatua ecuestre de Carlos III, la placa del Kilometro Cero y la fachada principal de la Casa de Correos con su reloj en la torreta: Puerta del Sol. Y añadir a todo esto, al tratarse de unas fechas tan señaladas, se incorporaba al conjunto arquitectónico un árbol de navidad gigantesco confeccionado de luces.

Lucio acompañaba a Eva hacia la esquina de la Puerta del Sol con la calle Mayor dirección al café-pastelería de La Mallorquina. Eva besó en la boca al demonio y entraron en el establecimiento. «Saldremos de está», dijo ella. «*No lo tendría yo tan claro*», pensó él. De lo que no se percató ninguno de los dos fue de unos ojos diminutos y negros como la turmalina que asomaban desde un sumidero cercano de la plaza. Su dueña, una vigilante rata gris, retuvo durante unos segundos la imagen de la pareja en su retina. Y desapareció.

En el Infierno

El Gran Jefazo, que poco antes le daba un trago a una copa de coñac francés, escupió su contenido cual aspersor sobre la mesa de castaño. Abaddon acababa de darle las nuevas.

—¿Que Lucio y el Nuevo Mesías iban de la mano y se han besado?! —gritó el Gran Jefazo, estaba colérico.

—En la boca —precisó Abaddon.

Todo el despacho comenzó a agitarse, un tapiz con una escena de una cacería del zorro que colgaba de una de las paredes se desprendió y cayó al suelo al igual que algunos de los gruesos tomos de la biblioteca, la lámpara tintineaba frenética en las alturas, por el momento aguantaba la sacudida.

—Quiero la cabeza de los dos clavadas en sendas picas. Yo personalmente arrancaré la de Lucio con mis propias manos. —Unas grandes manos pálidas y venosas de dedos largos y afilados se materializaron por encima de la mesa estrangulando un cuello imaginario.

Abaddon asintió.

—Es hora de actuar.

El Gran Jefazo se tranquilizó momentáneamente y el temblor se detuvo en la habitación. Sacó del primer cajón de la mesa un telégrafo, lo colocó encima de ella y pulsando el manipulador con gran rapidez y manejo envió un telegrama urgente mediante código Morse a todos los demonios que habitaban la capital española.

Los demonios con los que iba a contactar, por así decirlo, ejercían como pequeños embajadores, conectando la Tierra con el Infierno. Estos seres se pueden encontrar en todos los rincones del mundo. Posiblemente hasta en el pueblo más alejado y recóndito de la Patagonia habrá uno de ellos. La mayoría no son demonios especialmente poderosos y otros son renegados, sin embargo no dejan de ser seres

malignos que influyen en la humanidad siempre para generar odio y maldad dentro de su ámbito y posibilidades. Toda persona conoce a más de uno de estos seres entre sus vecinos, conocidos e incluso familiares. Y a ellos se ve obligado a recurrir el Gran Jefazo a sabiendas que es mover una pieza muy peligrosa, pues Dios se verá en la obligación de contraatacar, pero no ve otra opción. Hay que correr riesgos.

Los telegramas se van sucediendo por la ciudad. El mensaje llega a las máquinas de fax de los despachos de las principales sucursales bancarias, a las multinacionales o a las sedes de los partidos políticos; absolutamente todos tienen a más de una criatura maligna entre sus filas. Normalmente, además, en los cargos más importantes. Se alimentan del poder y el estatus que les proporciona el puesto. Los móviles suenan en las reuniones del consejo de administración de las grandes empresas, en las juntas directivas, en las mesas de los restaurantes de lujo y en los bolsillos de los caros pantalones y chaquetas de los *broker* de la bolsa. Un nuevo mensaje parpadea en sus iPhone de última generación.

El demonio carpetano, de ocupación anticuario, también recibió su telegrama. Se hallaba en la tienda, en el mismo sofá tapizado en seda de damasco donde se sentara con Lucio la semana pasada.

Leía:

URGENTE. SE INFORMA A TODO SERVIDOR QUE DEBE CAPTURAR AL DEMONIO IBERO DE NOMBRE LUCIO —(STOP)— PREFERIBLEMENTE VIVO —(STOP)— IMPORTANTE: LA MUJER QUE LE ACOMPAÑA SE TRATA DEL NUEVO MESÍAS —(STOP)— ELIMINAR EN EL ACTO —(STOP)— ESPERAR LA SEÑAL —(STOP)— SE ADJUNTA IMAGEN DE LUCIO.

En la imagen se veía una fotografía de Lucio de cuello para arriba. Sin expresión alguna su boca era una línea perfecta y sus ojos se entornaban ligeramente.

El anciano demonio rompió en dos el amarillento papel en el que se imprimía el telegrama.

—Lo tiene crudo este Lucio.

A su espalda se escucharon unos amortiguados lamentos; surgían de la trastienda. Sin duda tenía a alguien amordazado en ella.

—Cállate. Ahora me ocupo de ti. —Rechinándole las rodillas se levantó posando sus agudos dedos de yemas negras en el reposabrazos del sofá y se dirigió a la trastienda. Al abrir la puerta se distinguió a un hombre de aspecto magrebí sujeto al madero que se levantaba en medio de la habitación, un trapo le obstruía la boca. Y acabó por cerrar la puerta tras de sí.

La señal

A las doce del mediodía un prolongado estruendo se escuchó por todo Madrid, un ruido insoportable. Los perros rompieron a ladrar, los niños lloraban desconsolados. La gente estaba desconcertada preguntándose qué ocurría, qué era ese sonido y de

donde procedía. En primer lugar la mayoría pensó que se trataba de una fuerte tormenta eléctrica, pero no se veían rayos y el cielo carecía de nubes. Pareciese que todos los pastores suizos hubieran viajado hasta Madrid para tocar sus largas trompas alpinas en la ciudad.

De la Torre del Banco de Bilbao, del Edificio Telefónica, de la Torre Bankia, de la Torre Picasso y demás edificios emblemáticos del corazón financiero un número no desdeñable de directivos, ejecutivos y empresarios dejaron de inmediato lo que tenían entre manos, interrumpiendo en más de un caso importantes reuniones. Sus caras se mostraban circunspectas, sin revelar sentimiento alguno, ni para bien ni para mal. Eran los demonios que hasta ese día se camuflaban entre la sociedad. Sus homólogos del Palacio de Cibeles, del Palacio de la Bolsa o los que simplemente descansaban en sus chalets del barrio de La Moraleja los imitaron de igual manera saliendo a la calle vestidos con sus costosas ropas de marca.

A Los Moradores del Helheim el estridente sonido les sorprendió en el Templo de Baco, en el parque de El Capricho. Apoyaban sus espaldas en las columnas circundantes a la estatua del dios del vino. Se habían pasado la noche bebiendo vodka barato y comiendo ganchitos. Los tres se miraron extrañados, sólo Grendel soltó un: «¡Joder!» que continuó en un: «¡Jodida, jodienda!» al levantar la cabeza hacia el cielo matinal. El cielo que hasta hace un rato se mostraba celeste y luminoso se teñía ahora de un rojo escarlata. Del rojo de la sangre, como si alguien lo hubiera acuchillado con saña.

Ezequiel rodeado por sus particulares apóstoles escuchó la señal maligna cuando se disponía a entrar en la iglesia de Carabanchel. Los ancianos se llevaron las manos a los oídos.

—¡Empieza el *rock and roll*, hermanos!

—¿Qué es ese ruido? —le preguntó Eva a Lucio. Ambos se sentaban en el reborde de la fuente de Puerta del Sol.

—Son Trompetas de Guerra —contestó Lucio—. Trompetas apocalípticas. No hay duda, nos están buscando. Y parece que no se van a dar con nimiedades para eliminarnos...

—El cielo está rojo —apuntó boquiabierta Eva.

—En cualquier sombra puede haber ojos vigilantes. —El color del cielo no le asombraba a Lucio, era el mismo que veía día tras día en el Infierno—. Tenemos que salir de aquí de inmediato. La calle no es segura. Y menos un lugar como éste, nos exponemos demasiado.

En ese instante un hombre joven con perilla, camisa Ralph Lauren, corbata y maletín, salió del edificio número 1 de la plaza, de la flamante tienda Apple. El individuo se quedó mirándolos, sin parpadear, e inició una frenética carrera hacia ellos sin soltar el maletín, que oscilaba como un frenético péndulo. Al correr daba la sensación de que sus articulaciones se descoyuntaban como si de una marioneta de hilos se tratase. Corría a una velocidad superior a la humana. En su carrera chocó de

llo con una *tortuga ninja*, él apenas notó el golpe, sin embargo el hombre que se introducía en el disfraz del reptil karateca salió impulsado varios metros de donde se sacaba las fotos con los niños, cayendo sobre el caparazón y tendido en el suelo se le veía agitar las piernas y los brazos impotente por no poder levantarse por sí solo.

Lucio se irguió y se colocó delante de Eva esperando el encontronazo. El sujeto estaba a diez metros de ellos, a cinco. A uno. Lucio lo aferró del cuello con una mano, deteniéndolo en el acto. Sacó la lanza de Longinos del bolsillo interior de su nueva chaqueta y describiendo un arco en el aire se la clavó en la zona de la carótida hasta la mitad de la hoja. Aprisa extrajo el arma ensangrentada, se la volvió a guardar y agarró a Eva por el brazo.

—Huyamos.



Tercer Cielo

Sentado en su trono, en medio de su vergel favorito, henchido de árboles frutales y flores exóticas de exuberantes colores, Dios vio venir tras sus gafas de gruesos cristales a San Pedro, su paso era apresurado y el sombrero mexicano que portaba en la cabeza se ladeaba a un lado y a otro en la marcha. Una vez el santo se acercó donde Dios se encorvó con las manos en las rodillas para recuperar el resuello.

—Un segundo —dijo Pedro levantando un dedo y tomando aire, tras lo cual continuó—: El Gran Jefazo del Infierno...

—Lo sé, Pedro. Lo sé —le interrumpió Dios—. Se lo que pretende y estoy al corriente de que ha puesto en estado de guerra a todos los demonios de Madrid. —Dios posó sus ojos en el gran sombrero mexicano de Pedro—. Por otra parte, ¿te parece siquiera medio normal llevar puesto ese sombrero trayendo tales noticias?

Pedro calló, avergonzado.

—Como han podido romper la baraja de esa manera —continuó Dios—. Es inadmisibile. Nunca habían llegado tan lejos...

—El Señor del Infierno se encuentra desatado al verse traicionado por uno de los suyos. Clama venganza —dijo Pedro atreviéndose de nuevo a tomar la palabra.

—Siempre fue muy vengativo el tío. Así sabrá lo que se siente al ser traicionado por alguien cercano. Está probando de su propia medicina.

—No podemos quedarnos de brazos cruzados mi señor Todopoderoso.

—Ya sé que no podemos, Pedro. Ya lo sé... —Dios se tomó unos segundos de pausa, se rascó la barbilla pensativo y al fin dijo—: Trae ante mí a los Ángeles de Sodoma y Gomorra.

Pedro apretó los dientes, sabía cómo se las gastaban esos dos.

—¿Seguro?

—¡Pues claro que seguro! —Dios se levantó de su asiento y le arrebató el sombrero mexicano a Pedro, tapándose su calva. Pedro se quedó inmóvil y Dios le arengó—: ¡Pareces una estatua de sal, compañero! ¡Vamos, corre!, ¡hop!, ¡hop!, ¡hop!

A la media hora Pedro estaba de vuelta con los ángeles. El primero de ellos de raza asiática no llegaba al metro setenta de altura. El pelo lo llevaba corto y decolorado. Su nombre era Jian. El otro ángel era negro y sobrepasaba, aunque por pocos centímetros, los dos metros. La cabeza se le rasuraba al cero y respondía al nombre de Michael Jordan. Obviamente ni era el exjugador de la NBA ni ése era su verdadero nombre pero en los últimos tiempos se había aficionado al basket y se hacía llamar como su jugador favorito. Los dos aparentaban una edad similar, poco

más de veinte años, aunque tuvieran realmente varios milenios. E igualmente ambos vestían una coraza griega musculada de bronce con incrustaciones de oro y unas cnémides ornamentadas con detalle que le cubrían por completo la parte inferior de las piernas.

Los ángeles realizaron una genuflexión ante el trono ocupado por un Dios con sombrero mexicano. Pedro se mantenía en un segundo plano, con la preocupación reflejada en el rostro.

Dios habló a los ángeles.

—Llevar a vuestros mejores hombres a Madrid. A vuestro cuerpo de elite. En número no superior a veinte. Y eliminar a cuantos demonios se os pongan por delante. ¿Quiere guerra ese bastardo?, pues la va a tener... ¡Y ojito! —Miró a los ángeles con intensidad divina—. Pasar desapercibidos en la medida de lo posible, no quiero alardes ni tonterías en plan: «¡Miradme, soy un ángel del cielo y soy súper guay!»». ¿Entendido?

Los ángeles asintieron. Y dándose un golpe en el pecho acorazado con la mano cerrada en puño no perdieron más tiempo.

Preferiría guarecerme bajo un puente

Eva metía un puñado de cosas (ropa, utensilios de aseo...) en una pequeña mochila de montaña. Habían ido al apartamento de Eva a recoger lo básico y a dejar a Isis a cargo de su vecina Reyes, quien aceptó el encargo feliz. Eva se excusó argumentando que iba a salir unos días de la ciudad y aconsejó a su joven vecina que no saliese de casa bajo ningún concepto. Era consciente de que seguramente ésa era la última vez que la vería y la besó en la frente. Lucio había protestado ante la idea de regresar al apartamento pues sabía que ya se habrían puesto a investigar a Eva, y el lugar de residencia de la misma era dato importante, aún así tan sólo tardaron diez minutos en tenerlo todo dispuesto y no se toparon con ningún obstáculo.

Cuando ya se disponían a abandonar el edificio Eva le dijo al demonio que aguardase un segundo. Volvió a subir a su piso y regresó con su katana.

—Casi se me olvidaba.

Llegaron a la calle Monte Aya de Vallecas. El cielo todavía se teñía de rojo y la calle estaba desierta. La mayoría de la gente se resguardaba en sus casas temerosas del fenómeno atmosférico nunca antes visto. A la altura del edificio donde Los Moradores del Helheim tenían su guarida, quien iba imaginar que en tal cuchitril se esconderían el Demonio Ibero y el nuevo Mesías, Lucio detuvo el paso, y justo cuando se disponía a llamar al timbre del segundo un claxon sonó a su espalda. Era el Seat Panda de la banda de black metal pagano y en él se encontraban todos sus integrantes.

—¡Que alegría verle de nuevo, Señor del Mal! —gritó Grendel sacando su greñuda cabeza por la ventanilla del copiloto.

Aparcaron el coche y Grendel salió corriendo a abrazar al demonio con sus rollizos brazos. Era como si una bola de grasa sudorosa y gigante te engullera. Lucio se sentía envuelto en una masa como un haba en el roscón de Reyes. La sonrisa de Grendel enseguida se esfumó al percatarse de la presencia de Eva.

—¿Qué hace ésta aquí? ¿No era el nuevo Mesías?

Eva torcía el gesto, mirando hacia otro lado.

—Es una larga historia. Necesitamos escondernos —contestó Lucio. Grendel frunció el ceño.

—Mmm... Ya nos lo explicará todo arriba. Subamos.

Fenrir, el hermano menor, vestido como lo hacía de habitual con gabardina negra y gafas de efecto espejo redondas, y el larguirucho Hugin con la cara maquillada de blanco, saludaron al demonio con respeto e incluso pleitesía. Y siguiendo a los demás

subieron las escaleras.

Una vez en la habitación, todos con un ColaCao en la mano que trajera la madre, que Lucio no cató y Eva, que andaba más preocupada por no mancharse con toda la mierda que la rodeaba, se negaba a probar, se sentaron en la cama baja de la litera y en un par de sillas. El demonio pasó a relatar toda la historia y en la encrucijada en la que se había metido.

—Vaya marrón —soltó Grendel al terminar Lucio de hablar—. Con todo, puede contar con nosotros Señor del Mal. Por mucho que me desagrade ella. —Y señaló a Eva con un gesto de cabeza, la cual se había levantado y miraba por la ventana en ese instante—. Los Moradores somos sus humildes siervos. —Fenrir y Hugin realizaron una leve genuflexión.

—Seréis recompensados. —A Lucio tal lealtad empezaba a gustarle, si bien las ganas de matarlos no se habían desvanecido por completo empezaban al menos a remitir.

—Preferiría guarecerme bajo un puente —dijo Eva sin dejar de mirar por la ventana—. Seguro que no hay tanta basura.

Grendel gruñó.

—Aquí estamos seguros por ahora, Eva —contestó Lucio—. No te preocupes, dejemos que pase lo peor.

—¿Y luego qué? —preguntó Eva dándose la vuelta.

—Tengo un conocido que quizá pueda ayudarnos.

—¿Quizá?

—Es todo lo que tengo por ahora.

Las horas del día de Navidad fueron pasando. El cielo rojo comenzaba a oscurecerse. Y la noche acabó con cualquier señal del inusual color que vistió al cielo durante el día. Sintonizaron los canales de televisión en la pequeña SONY Trinitron del cuarto (pues la utilizaban básicamente para jugar a la Wii y no para seguir nada de la parrilla televisiva), a ver si decían algo en las noticias. En Tele 5 un fingido-consternado Pedro Piqueras informaba del apocalíptico escenario que se daba un poco por todo Madrid. Parecía disfrutar con los escabrosos detalles. Lucio no tardó en percibir que el presentador era un demonio camuflado (aunque muy mal camuflado, sólo era verle la cara, le sorprendía que nadie se hubiese dado cuenta aún), pero no dijo nada. Emitieron un video, grabado por un testigo con su propio móvil, donde dos hombres con coraza se enzarzaban con otros dos sujetos en Plaza de España, terminándoles por cortar la cabeza con las espadas que portaban. Uno de los que llevaba coraza, de raza negra, cogió una de las cabezas y la lanzándola por encima del Monumento de Miguel de Cervantes la encajó por una ventana de la planta veinte del Edificio España. A continuación celebraba el acto como si hubiera metido un triple en la final de la NBA.

—¿Qué es esto? —preguntó Eva sin creerse lo que estaba viendo. En la televisión repetían una y otra vez el video.

—Dios ha mandado a sus Ángeles Exterminadores —explicó Lucio—. Dios ha movido ficha.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Para mí, en mi actual situación, igual de malo unos que otros.

Jian & Michael Jordan (dos horas antes)

Jian y Michael se limpiaban de sangre de demonio sus manos en una de las fuentes de Plaza de España donde una danaide de bronce vertía agua desde su cántaro.

—Dos demonios menos —dijo el ángel de aspecto asiático sacudiéndose las manos de agua.

—¿Cuántos llevamos ya cada uno, cinco o seis? —le preguntó su colega negro sacudiéndose igualmente las manos.

—Creo que hemos matado cinco demonios cada uno.

Veinte ángeles llegaron corriendo a la fuente de la danaide a reunirse con ellos; tenían orden de no manifestarse con las alas al descubierto y menos de volar a no ser que fuera estrictamente necesario. Rubios y blancos como la nieve la mayoría acarreaba su casco corintio bajo el brazo, el resto de la panoplia hoplita que vestían se veía ensangrentada.

Michael Jordan les habló:

—Desperdigaros por la ciudad en parejas. Arrancar toda la mala hierba que veáis por la ciudad en nombre de Dios Todopoderoso.

Y Jian añadió:

—Algunos de ellos irán acompañados de sus familias, podéis hacer con ellas lo que os plazca. Lo dejo a vuestra propia elección. Es vuestro botín.

La falange de ángeles acató la orden de inmediato y cada pareja desapareció en una dirección diferente a paso ligero.

Jian y Michael caminaban ojo avizor por la Plaza de la Cebada; en Plaza de Oriente, entre el Palacio Real y el Teatro Real, acababan de eliminar a un demonio policía. Tirando Jian de los brazos y Michael de las piernas lo habían desmembrado. Un grupo de turistas japoneses sacaron infinidad de instantáneas de la escena. Las fotos corrían como la pólvora por las redes sociales con miles de «me gusta».

Los Ángeles Exterminadores charlaban de uno de sus temas más recurrentes.

—Teníamos que haber convertido a Lot en estatua de sal —dijo Michael—. Siempre que me acuerdo... A cuanto desgraciado salvábamos en antaño de la Quema Divina...

—O al menos dejarlo ciego —convino Jian.

—Como pudo —continuó Michael— ofrecer a sus hijas al populacho de Sodoma para que fueran violadas, por mucho que su intención fuera el librarnos a nosotros de

ser sodomizados por todos los varones de la ciudad. ¡Son sus hijas por el amor de Dios!

—De todas maneras eran unas rameritas... Eso de emborrachar a su padre para copular con él no tiene otro nombre...

—Bueno, por esa parte sí... —Michael se percató de que en la pista de baloncesto al aire libre del Campo de Cebada tres chavales echaban unas canastas, y olvidándose por completo del tema de Lot y sus hijas, se dirigió a ellos—: ¡Oye, vosotros, quiero jugar!

—OK, espartano —le contestó con mofa uno de los muchachos con una camiseta de los Toronto Raptors, el pelo corto teñido de azul y cara angulosa de pájaro, al reparar en sus pintas—. Nos falta uno para echar un partido de minibasket. Así que nos vienes perfecto.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó un segundo con la camiseta de la selección española de baloncesto.

—Michael Jordan.

Los chavales rieron.

Michael se deshizo de su armadura hoplita, quedándose tan sólo con el pteruges y mostrando así una definida musculatura. Jian se hizo a un lado y se sentó en el asfalto. Comenzaba el partido.

—Recuerda para lo que hemos venido —le recordó Jian.

—Sera sólo un momento —contestó Michael, se volvió hacia su compañero de equipo que le había tocado en discordia, un chico moreno que llevaba el torso desnudo, una visera echada hacia atrás y un semblante en su rostro que anunciaba ir fumado, y le pasó el balón. Sacaban ellos.

Su compañero se la jugó lanzando un triple y falló sin tocar siquiera aro. Michael se lo recriminó: «Pásamela a mí».

Jugaba el otro equipo. El de la camiseta de la selección española tras botar la pelota unos metros se la dio a su compañero del pelo azul, éste fue a encestar haciendo una bandeja pero Michael saltó por encima del aro y le puso un tapón. La pelota salió disparada al otro campo. A partir de aquí fue un recital de Michael Jordan: robos, tapones y canastas de todo tipo, incluidas diez desde medio campo.

El joven del pelo azul con la camiseta de los Raptors intentó defender la última jugada soltándole incluso un puño en las costillas al ángel negro, pero fue inútil. Michael Jordan saltó por encima de él, dio una vuelta en el aire y se colgó del aro realizando un mate que ni un Globetrotters sirviéndose de una cama elástica.

—*In your face*, colega —le dijo Michael apuntándole con un dedo mientras trotaba de espaldas. Y dio por finalizado el juego. Fue hacia donde había dejado sus cosas y se vistió con la armadura—. Me lo he pasado genial. Gracias por el partido, chicos. —Asió finalmente su espada májaira, se acercó a su contrincante de pelo azul y cara de pájaro y le cercenó la cabeza de un tajo. Era un demonio.

¿Os gustan las ballenas?

En el cuarto de Monte Aya, por encima de los ronquidos de Grendel, que descansaba en la cama baja de la litera, Lucio y Eva, reclinados en la de arriba, escuchaban la radio en el radio-despertador. No podían conciliar el sueño. Por su parte, Fenrir y Hugin, en el suelo, se metían en sus sacos de dormir. Tanto en la cadena Ser, en la Cope, como en Onda Cero, se centraban únicamente en la oleada de insólitos asesinatos perpetrados por unos hombres vestidos con armaduras de la antigua Grecia. Los cuerpos inertes de las víctimas, en su mayoría gente de una elevada posición social, se desperdigaban por todo Madrid. Incluso uno de ellos se halló flotando boca abajo en la fuente de Cibeles.

—Parece que Dios va ganando la partida —comentó Lucio—. Seguro que sus ángeles-soldados te andan buscando.

—Estoy más solicitada que un condón en Sanfermines. —Si la habitación no estuviera a oscuras a Eva se le hubiera visto poner los ojos en blanco. Hizo una pausa y preguntó—: ¿Y ese amigo tuyo que dices, crees que en verdad puede ayudarnos?

—Conocido, yo no tengo amigos.

—Pues... conocido. ¿Crees que tu «conocido», «señor sin amigos», puede sacarnos de este embrollo?

—No se me ocurre nadie más a quien recurrir. Digamos que no tiene mucha simpatía por quien quiere matarnos. Y eso puede jugar a nuestro favor.

—¿Y de quien se trata?

—Un viejo anticuario. Tendrás tiempo de conocerlo. Pero ahora intentemos descansar un poco. —Los ronquidos en lugar de cesar iban en aumento—. Si podemos...

Eva notó como una mano le palpaba el trasero y un dedo hurgaba más allá.

—No creo que sea el momento, Lucio.

—¿No sé de qué me hablas, Eva? ¿El momento de qué?

—De magrearnos en la habitación de estos friquis. Así que deja esa manita tranquila.

—Yo no te estoy tocando.

—¡¿Entonces quien carajo me está metiendo mano?!

Eva, estirando un brazo por encima de Lucio, accionó el interruptor que se colocaba a la altura de la cama. La luz descubrió la cara de Fenrir el mudo, grande y redonda como un balón de baloncesto, a dos palmos de ella. Unos diminutos y juntos ojos se llenaron de sorpresa y miedo. El hermano menor de Grendel no vio venir el

posterior puñetazo que proyectó Eva hacia su cara. Y cayó redondo al suelo.

—Ni se te ocurra levantarte en lo que queda de noche —le amenazó Eva.

El jueves transcurrió entre estúpidas discusiones de Los moradores de Helheim del calibre de que Freezer era el villano más poderoso de la saga de *Dragon Ball Z* puesto que fue el único Emperador del Universo y no necesitaba absorber el poder de terceros como era caso de Cell o Majin Boo, esto lo defendía a ultranza Grendel, mientras Hugin, y Fenrir con su asentimiento a las palabras de su amigo *Cuervo*, defendían que era Majin Boo, ya que el Boo puro podía regenerarse sin fin. No llegaron a ningún acuerdo. Y con comidas frías de rancho y croquetas quemadas por fuera y congeladas en su interior pasaron las horas. Eva intentó hacer algo de ejercicio en el pasillo de la casa, flexiones y abdominales, pues no se atrevía a tocar con las manos el suelo del dormitorio, colmado de porquería como estaba. Sin embargo detuvo sus ejercicios cuando la obesa madre de pelo estropajo envuelta en su camisión floreado lleno de lamparones de aceite, que parecía no habérselo cambiado desde la posguerra, pasó renqueante por delante de ella. Eva intentó hablarle pero ésta ni se inmuto. La mujer daba autentico repelús y Eva volvió a meterse en la habitación. Lucio continuaba en la cama. Eva no comprendía cómo era capaz de quedarse en la misma postura, sin mover un musculo, por horas. Por su lado, los Moradores, sentados en el suelo, se enzarzaban en otra de sus luchas dialécticas:

—Magneto no puede mover el martillo de Thor. Sólo Thor puede hacerlo. — Grendel le hablaba a Hugin, que se maquillaba la cara con polvos blancos y se perfilaba los ojos con abundante lápiz de ojos. Fenrir al ver entrar a Eva bajó rápidamente la mirada.

—Magneto puede dominar cualquier metal a su antojo, y el martillo de Thor es de metal —le contestó Hugin.

—Pero te olvidas que está bajo un hechizo de Odín: El Encantamiento de Dignidad. Sólo los de corazón puro pueden levantarlo. Y Magneto de corazón puro, nada de nada.

Eva rebuscó entre sus pertenencias en la mochila que se trajo consigo y sacó el mp3. Se colocó los auriculares, subió el volumen casi al máximo y saltó a la cama de arriba a intentar abstraerse de todo.

Y llegó el viernes, el día apuntaba a un calco del jueves. Eran las once de la mañana y los componentes del grupo black metal pagano jugaban a las cartas. Cada vez que uno de ellos perdía una mano recibía una colleja por parte de los otros dos.

Grendel empezó a perder ronda tras ronda y a recibir colleja tras colleja hasta que harto la emprendió contra sus compañeros soltando pataletas en el suelo como un niño extraordinariamente gordo y feo. La habitación se llenó de gritos e insultos.

Eva en la cama con Lucio se hallaba soportando el espectáculo.

—¿Que he hecho yo para merecer esto? Sería mejor que nos atrapasen —dijo ella con un tono enervado en su voz. Saltó de la litera y abrió la ventana—. Tengo que tomar el aire. —Y se encendió un cigarrillo.

Lucio levantándose raudo de la cama cerró la ventana y bajó la persiana.

—Ojos celosos nos vigilan, Eva. Tenemos que tener el mayor de los cuidados.

Eva suspiró al techo. De mala gana se hizo con una de las sillas y se sentó frente al televisor.

En los noticiarios informaban que los extraños casos de matanzas habían remitido casi por completo y los cuerpos eran recogidos de las calles con el apoyo de los servicios de limpieza. Sólo los servicios de urgencias y emergencias y las funerarias no daban abasto con tanto levantamiento de cadáver.

—¡Debemos irnos ya! —exclamó Eva.

—Esperemos a la madrugada. Es más seguro —le contestó Lucio.

Eva se resignó y empezó a hacer *zapping*. En Cuatro emitían un programa especial conducido por Iker Jiménez. Uno de los contertulios que se apostaba alrededor de la mesa con chaqueta tweed, pajarita floreada y un bigotón, hablaba de un rasgado en el tejido espacio-tiempo que supuestamente había originado que antiguos guerreros griegos llegasen a nuestra época. Y estos confundidos de encontrarse en un paisaje que les resultaba harto chocante comenzaron a matar a todo aquel que se les puso por delante. El presentador con la mirada fija en un punto desconocido y la boca entreabierta asentía a lo dicho, concluyendo con un: «Tiene mucha lógica».

Jian y Michael Jordan

Tres chicas en bragas y medias de rejilla, desnudas por completo de cintura para arriba, exponiendo unos pechos de una talla y redondez anómala, bailaban y se contorsionaban en una plataforma para una clientela ávida por sus artificiales atributos femeninos, en el caso: un puñado de hombres de negocios, jóvenes y viejos, y borrachos libidinosos gastando los pocos cuartos que ganaban en sus míseros empleos. Y entre esta amalgama se encontraban Jian y Michael sentados frente al espectáculo. Michael, sin quitar ojo a las chicas, sobre todo a la de color, arqueaba una ceja y bebía una Coca-Cola. En una de las antiguas revistas de basket que tenía en el Tercer Cielo (poseía toda una colección), su ídolo de homónimo nombre la bebía con satisfacción en la publicidad de la contraportada. Y quiso probarla a ver si le satisfacía de igual manera a él pero le resultó demasiado fría y no le convenció eso de las burbujas. Le eran desagradables. Su colega asiático con el cabello decolorado se mostraba más tímido, prefería no mirar demasiado a las chicas, no le resultaba decoroso. Y de ser algo seguro que era pecado, así que intentaba concentrarse exclusivamente en su chupito de Moutai.

En la mesa de al lado un hombre y una mujer no paraban de gritar e intentar tocar a las chicas. Ella, una señora de casi sesenta años de edad, pelo corto y rubio, con un cierto parecido a Angela Merkel para su desgracia. Y al igual que la líder alemana

entrada en kilos y mal hecha. Y él, de edad similar al de su compañera, de baja estatura, pelo escaso peinado hacia un lado con una de una de esas caras que bien podría haber dibujado Uderzo, golpeaba la mesa excitado escupiendo palabras en francés. La pareja vestía de traje y en la solapa de su americana se bordaba el símbolo de la UEFA.

Michael dejó de prestar atención momentáneamente al culo en pompa de la bailarina negra para posar su mirada con desagrado en sus *vecinos*. Pero no quiso irritarse antes de tiempo. Suspiró e inició una conversación con Jian.

—¿Por qué no sale a la luz el Mesías y se presenta al mundo de una vez como el nuevo Redentor? ¿A que espera?

—Francamente, no sé porque no quiere dar la cara. No lo entiendo.

—¿Crees que se esconde?

—¿Por qué tendría que esconderse? ¿Qué hay más grande que ser el nuevo Salvador de la humanidad?

—Igual es que simplemente no le interesa la humanidad. Seamos sinceros, la humanidad tampoco es gran cosa. Está sobrevalorada.

—No seas blasfemo —le recriminó Jian apurando su chupito de Moutai—. ¡Venga, que hay trabajo! —le terminó por decir colocándose el casco corintio, casi enroscándose. Michael se puso a su vez el suyo y ambos desenvainaron sus májairas.

Los miembros de la UEFA giraron sus cabezas con los ojos como platos.

Un segundo después el local se llenaba de gritos. Y un par de cabezas rodaron por el suelo.

—Cada vez cuesta más dar con ellos —comentó Michael envainando su espada ensangrentada.

El anticuario

El radio-despertador marcó las 3:00 a. m.

Era hora de marchar.

Eva se colgó la mochila de un hombro. La empuñadura de la katana sobresalía por la apertura de la mochila viéndose el característico *ito* de algodón trenzado de las espadas japonesas. Que ganas tenía de salir de ahí. Preferiría enfrentarse a mil demonios que pasar un día más en esa cuadra.

—Os acercamos con el coche —dijo Grendel.

Lucio terminándose de vestir el Adolfo Domínguez aceptó la propuesta. Era la mejor manera de llegar a la tienda de antigüedades en esos momentos.

En el pasillo la madre esperaba con su espalda de búfala pegada contra la pared. En sus ojos se reflejaba la pena por la marcha de Lucio, quien cruzó raudo el pasillo. Pero la madre se abalanzó sobre él a tiempo, agarró su cabeza y se la hundió en su

pecho caliente y sudoroso. Lucio, asqueado, se desembarazó finalmente de ella con un leve empujón (en otra circunstancia tal acto le hubiera costado la vida a la señora) y todos salieron de la casa.

Lucio le indicó a Hugin en el coche, que era quien conducía, que la tienda de antigüedades se encontraba al final de la calle Serrano. Y sin mayores contratiempos dieron con su singular fachada de bajorrelieves de plantas enredaderas y espirales entre la tienda de moda italiana y la *boutique* de perfumees franceses.

Hugin detuvo el Seat Panda. El demonio comprobó por la ventanilla que la calle era un paramo. Todo andaba tranquilo. La madrugada era fría y aún no germinaba el mínimo atisbo de claridad de la mañana que estaba por llegar. Se dirigió a Grendel con pesadez.

—¿Sabes que es la lanza del Destino?

—¿La lanza del Destino? —Grendel contrajo el rostro en una mueca pensativa—. Creo que vi en un documental que se trataba de la lanza que atravesó el costado de Cristo en la Cruz. La tuvo Hitler.

—Pues ahora es vuestra. —Lucio la sacó del bolsillo interior de su chaqueta como quien saca un cigarrillo—. Tómala. Yo ya no la voy a necesitar.

Los destellos acerados de la hoja se reflejaron en los ojos de Grendel, quien la sostenía como a un recién nacido.

—¡Oh!, qué gran regalo. No nos lo merecemos. El simple hecho de haberle servido de ayuda es suficiente pago, Señor del Mal.

—Aquí acaba nuestra relación —sentenció Lucio—. Hasta nunca.

Grendel le tendió la mano pero Lucio salió del coche con Eva sin prestar atención al gesto, dejando a Grendel con la mano en el aire.

Plantado delante de la puerta de estilo georgiano de la tienda de antigüedades el Demonio Ibero se tomaba su tiempo para llamar.

—Pues aquí estamos —le dijo a Eva.

Ésta viendo que su compañero parecía no terminar por decidirse aporreó ella misma la puerta. Insistiendo. Hasta que un agudo «¡Ya va!» se escuchó al otro lado en repetidas ocasiones.

—Intenta ser educada —le solicitó Lucio.

Lo primero que distinguió Eva al entornarse la puerta fue una mano de dedos huesudos de yemas y uñas puntiagudas y negras que se cerraban sobre la empuñadura de un bastón. El anticuario de inmediato asomó la cabeza. Unos ojos de esclerótica del color del viejo marfil la miraron con desaprobación. Los resecos labios, los dientes torcidos y amarillos, la ganchuda nariz y la piel sin melanina bien podrían haber pertenecido a un trasgo. Eva estaba cansada hasta para sentir repulsión por el encorvado hombrecillo envuelto en batín de seda y terciopelo burdeos que se le presentaba delante. El ser giró la cabeza de melena blanca hacia Lucio y sus labios grises y cuarteados comenzaron a moverse.

—Sabía que volverías. Menuda que has armado. —Luego apuntó a Eva con el

bastón—. Y todo por esta puta.

Eva dio un paso desafiante hacia el anciano pero Lucio le impidió que fuera más allá haciendo de su brazo un parapeto.

—¿Se ha ofendido la niña? Pues es lo que eres, una simple puta. —El anticuario hizo una gran pausa sosteniéndole la fulminante mirada a Eva—. A mí no me intimidas.

La tensión del ambiente estaba matando a Lucio y habló de la manera más templada y conciliadora que pudo.

—Vamos a calmarnos un poco, por favor. —Su voz adquirió ahora el tono amable de la persona que precisa del favor de otra—. Vengo a ti, gran demonio carpetano, con las mayores de las humildades solicitando tu socorro. Pues tu poder es grande.

—Necesitas de mi ayuda, sí. Y la necesitas mucho... Pasa. —Miró a Eva—. Y tú no toques nada.

Lucio le apretó el antebrazo a Eva en el umbral de la puerta y le murmuró:

—Contente. Es nuestra única esperanza de salir de esta de una pieza.

Cruzaron el pasillo atestado de viejos y valiosos muebles para sentarse en el sofá de seda de damasco donde ya se sentaron la primera vez los dos demonios. Eva se mantuvo de pie, al lado del mueble bar con forma de globo terráqueo.

El anticuario de esta vez no ofreció añejo whisky escocés y fue directamente al grano.

—¿Que gano yo ayudándote, demonio?

—Te aseguro que si logramos escapar de las garras del Gran Jefazo se verá hundido. Derrotado. Es golpearle donde más le duele, en su orgullo.

—Ya, pero entonces saldrá triunfador de todo esto Dios. Y como bien te dije ése si cabe aún me cae más gordo.

—Eso es lo mejor de todo, Dios tampoco se saldría con la suya. Puesto que ella. —Miró a Eva, que se mantenía quieta en su lugar, al lado del globo terráqueo—. No desea cargar con el peso de ser el nuevo Mesías. Dios piensa que por el simple hecho de otorgarle parte de su poder divino a cualquier mortal éste va a aceptar la responsabilidad sin la menor queja e inconveniente. Y dedicarse en cuerpo y alma a la causa. El viejo no se da cuenta de lo que ha cambiado el mundo y sus gentes. Vive en su burbuja multicolor rodeado de ángeles que le doran la píldora y de santos que murieron hace milenios. Ella al igual que nosotros no simpatiza ni con Dios ni con nadie.

—¿Eso es cierto? —le preguntó el anticuario a Eva con su voz de niña.

Eva se dirigió al anciano demonio de forma seca y antipática, aún con el resquemor por lo de «Putas».

—A mí que la humanidad sea salvada o no me trae sin cuidado...

—¿Cómo no me iba a gustar esta mujer? —apuntó Lucio.

—Mmm... Esperar aquí —gruñó el demonio carpetano—. Tengo que hacer una llamada. —Y metiéndose en un cuartito colindante desapareció.

A los veinticinco minutos, en los cuales Eva y Lucio se mantuvieron en silencio, el anticuario regreso con aire enigmático.

—¿Os gustan las ballenas? —preguntó.

Eva y Lucio se miraron extrañados ante una pregunta en apariencia tan fuera de lugar y con tan poco sentido.

—He movido un par de hilos. —Habló el anticuario cruzándose de piernas en el sofá—. Mañana a las cuatro de la tarde os vais a las Azores. A la isla do Corvo. Es la isla más pequeña del archipiélago y el municipio más aislado de Europa con tan sólo seis kilómetros y pico de largo por cuatro de ancho y con poco más de cuatrocientos habitantes. El único demonio que lo puebla es un viejo amigo mío, un antiguo demonio Lusitano. En sus términos podréis vivir en paz sin ser perseguidos ni vigilados por nadie.

—¿No nos queda otra alternativa? —preguntó Eva.

—Sí. Quedaros y esconderos como ratas toda vuestra mísera vida. O ir a cualquier otro lugar plagado de demonios no afines a la causa, por así decirlo. Pero tener por seguro que de una forma u otra, antes o después, os darían caza. —Hizo una pausa—. Como digo, mañana a las cuatro de la tarde os esperará un jet privado en la terminal de aviación ejecutiva y de negocios del aeropuerto de Barajas. Éste es pilotado por un hombre de mí confianza. Aunque un poco cerdo. —Aquí se le delineó una tenue sonrisa al demonio carpetano, y continuó—: Os llevará sin molestos repostajes hasta el pequeño aeródromo de Corvo. He hecho ese vuelo en un par de ocasiones para visitar a mi amigo lusitano. El viaje es un poco movidito para los que no nos gusta volar pero es la mejor manera de llegar a la isla. Mi amigo os estará esperando en vuestro destino.

A Lucio que todo pareciese tan sencillo no le terminaba de gustar del todo. No bajaba la guardia, era consciente de que el Gran Jefazo no se rendiría tan fácilmente.

—Podéis quedaros aquí hasta la hora de marchar —dijo el anticuario levantándose del sofá.

—Gracias —contestó Lucio levantándose a su vez y estrechándole la mano—. No sé cómo pagárselo.

—Llévándotela. —Y dirigiéndose ahora a Eva le volvió a repetir a ésta—: Y tú no toques nada.

En el Infierno

El Gran Jefazo estaba furioso. Hasta el punto que su preciado ejemplar disecado de *megaloceros giganteus* se hallaba tirado sobre el suelo de mármol del despacho, uno de sus voluminosos cuernos se separaba de la cabeza como una recia rama de roble recién cortada. La estancia se llenaba hasta los altos techos del Gran Jefazo convertido en bruma negra. Abaddon se veía envuelto por esta espesa bruma. A su

alrededor no distinguía más que oscuridad. La voz de su jefe se escuchaba como si procediese de infinitos puntos diferentes.

—Casi todos los demonios de Madrid exterminados y ningún resultado. —La voz del demonio supremo sonó con estridencia metálica—. Son una panda de inútiles.

—Los ángeles enviados por Dios para contraatacar son muy poderosos —se aventuró a decir Abaddon.

—¡No hay excusas! —gritó el Gran Jefazo—. Eres mi única esperanza, Abaddon. Encárgate tú de inmediato. Sube a Madrid y elimina al Mesías cueste lo que cueste. Y recuerda, tráeme a Lucio de una sola pieza. Quiero encargarme personalmente yo de ese traidor.

—Sera un placer, mi Señor —acabó por decir Abaddon tras la tela que le cubría media cara. Y se despidió haciendo una genuflexión.

En la mirada del demonio de las alimañas no había sombra de duda. Muy seguro de sus capacidades desapareció del despacho dejando la estela del repiqueteo de sus botas militares contra el suelo. Destruiría a la pareja. La desgracia se cerniría sobre ellos.



Historias en el Infierno Enrique VIII

Enrique VIII, de la familia Tudor, rey de Inglaterra, llevaba una existencia de tormento en el Infierno. Ya no sólo por que se llevó consigo todos los males que le afligían en vida, tanto físicos como mentales, sino porque su orgullo se veía tocado. Pues al perder su estatus de rey se reducía a poco más que a un simple condenado cualquiera. Para más inri cada día sufría el martirio de ser hervido en un caldero gigante como él hiciera en su reinado a algunos reos. Tomás Moro y Ana Bolena y miles de personas más que se la tenían jurada se frotaban las manos alegrándose de sus desgracias. Los dos únicos privilegios de los que disfrutaba en su castigo eterno era que podía vestir como le viniera en gana y eso era algo que no descuidaba. Siempre iba impoluto con su jubón bellamente bordado en hilo de oro, la amplia chamarra por encima, los greguescos, las prietas calzas y medias, los finos zapatos de pico de pato y el sombrero chato de fieltro con plumas. Y la segunda de sus regalías era que le eran suministrados bonos para comer gratis en el McDonald's. Poco tiempo antes de morir a los cincuenta y cinco años el déspota monarca tenía la costumbre de comer trece platos cada vez que se sentaba a la mesa. En estas grandes comilonas abundaba el cerdo, las carnes rojas, el cordero, el pan blanco y todas las aves imaginables, como pastel relleno de carne de cisne. Todo regado con cinco litros de cerveza diarios y otros tantos de vino tinto inglés que endulzaba con azúcar, aparte de todo tipo de postres y dulces. Las verduras al considerarse comida de pobres ni las tocaba. Estos hábitos le llevaron a alcanzar los ciento ochenta kilogramos de peso y una cintura de ciento treinta y dos centímetros de circunferencia. En el Infierno no podía permitirse ninguna de las exquisiteces con las que contaba en la corte. Pero el McDonald's del centro comercial infernal era un buen paliativo. ¡Oh!, que deliciosa le parecía la Big Mac; le quitaba la lechuga y se las zampaba como galletas.

Ese día se presentó un poco antes de la hora de la apertura del restaurante. Era el primer cliente que llegaba. Se acercó al mostrador a ver si Hitler aparecía para tomarle su pedido [El lector atento recordara que Hitler junto a Stalin se encargaban del McDonald's del Infierno]. Ya tenía en mente su menú: cuatro Big Mac, tres raciones de alitas de pollo, una caja de veinte *nuggets*, dos de patatas y sólo un *muffin* de chocolate. Quería guardar un poco la línea. Sin embargo el Führer seguía sin aparecer. Todo andaba en silencio. Hasta que escuchó una serie de jadeos, gemidos y golpes. «Qué extraño», se dijo. Intentó echar un vistazo al interior de la cocina que se abría delante, pero desde su posición no conseguía ver nada, así que decidió saltar el mostrador; no sin esfuerzo pues su movilidad era limitada debido a la ulcera varicosa

de su muslo izquierdo. Pena que no dispusiese ahí de sus pomadas compuestas a base de plomo, mercurio y polvo de perlas. Cojeó abriéndose paso entre carros de comida y freidoras y en un rincón sus ojos fueron testigos de un acto abominable: Adolf Hitler con el flequillo pegado a la frente sudorosa sodomizaba a Józef Stalin, a quien se le encendía el rostro con el color de la bandera de la Unión Soviética; ambos parecían disfrutar. La escena se explicaba con el bien consabido: el roce hace el cariño. Y ya eran muchos años que los dos tiranos trabajaban hombro con hombro. Ante tal visión el rey inglés se quedó pasmado. Él mismo había promulgado la primera legislación contra la sodomía en Inglaterra. Salió de ahí lo más rápido que pudo sin que la pareja se percatase de su presencia, tan concentrados como estaban en sus artes amatorias.

Enrique, una vez fuera de la hamburguesería, dio la voz de alarma al primer guardia-demonio que encontró. Y apresaron de inmediato a los clandestinos amantes. Enrique sonrió triunfal, otros dos más a engrosar la dilatada lista de personas que gracias a él perdían la cabeza [A Lucio seguro que le hubiera gustado pujar en la subasta por una de esas cabezas. Ésas sí que eran trofeos dignos de lucir en el jardín de casa]. Aunque luego recapacitó y pensó qué quien le iba a servir ahora los Big Mac, por lo que se lamentó. Y salió del centro comercial con el estomago vacío. Tocaba *baño* hirviente. No podía retrasarse o le tocaría doble sesión. Al menos no le daría un corte de digestión.

La madrugada de Ezequiel y Abaddon

Ezequiel

En el parque Emperatriz María de Austria de Carabanchel, un hombre de mediana edad de raza sudamericana, de pobladas cejas a lo Béla Lugosi y cara descarnada, malherido por los numerosos palazos que acababa de recibir, se tumbaba de espaldas en el césped de una elevada pradera, sin poder moverse. Se veía rodeado por los doce parroquianos de Ezequiel cargados de palos y por el propio corpulento sacerdote, que acarrea en el hombro derecho a la Virgen de la Almudena con el niño. La escena, como una pintura tenebrista barroca, era iluminada con claroscuros por la luz que proyectaba una farola lejana.

—¿Seguro que es un demonio? —preguntó Bartolomé a Ezequiel sin quitarle el ojo estrábico de encima al hombre abatido, el iris de su globo ocular bailaba como una pelota de ping-pong en un vaso de agua—. A mí me parece un hombre corriente.

—Seguro —afirmó Ezequiel. El viento hacia agitar su sotana y añadió—: Es un demonio. Eso sí, de un poder menor que al que perseguimos, pero en las mismas un hijo de Satanás.

—¿Cómo lo sabe? —insistió Bartolomé.

Ezequiel carraspeó molesto por la pregunta, y mirando al grupo de ancianos que eran un compendio de boinas, calvas, cuerpos arrugados como pasas, manos trémulas, camisas a cuadros, pantalones pasados de moda y zapatos baratos, contestó:

—Como sacerdote soy una extensión de Dios en la Tierra. Se diferenciar a un demonio cuando lo tengo delante. Como siervos de Dios tenemos el deber de terminar con el mal que puebla Madrid. —En ese momento abrió la imagen de la Virgen mostrando la escopeta recortada de dos cañones que se guardaba en su interior. Se acercó al hombre. Sacó el arma y le apuntó a la cara. El sujeto intentó levantarse torpemente para volver a caerse—. Vuelve al Infierno del que no debiste salir, folla anos de negros. —Y apretó el gatillo. Una oleada de roció sanguinolento llenó el aire. El tiro, apenas realizado a medio metro de distancia, dejó la cara del individuo con un boquete en el ojo del tamaño de una pelota de tenis.

El cura se puso de cuclillas al lado del cuerpo que yacía ahora con la boca entreabierta en una expresión tragicómica de aire bobalicón. Del interior de su sotana, Ezequiel, extrajo una navaja albaceteña. Clavándosela en el esternón al muerto tiró con fuerza la hoja hacia el abdomen entre gestos de asco y palabras de repulsa de los ancianos, que dieron un par de pasos atrás. Luego introdujo la mano con vigor en la

hendedura abierta y con un giro de muñeca arrancó de sus entrañas el corazón caliente, que si no era humano se le parecía mucho.

—No es por ser un meticón —protestó Jacobo, el anciano de mayor edad—. Pero igual se nos está yendo la cosa de las manos...

Ezequiel haciendo caso omiso a las palabras de Jacobo le dio de repente un bocado al corazón. La cara se le llenó de sangre como la de un lobo ártico después de pegarse un festín con un delicioso caribú.

—Tenemos que comernos sus corazones —comentó Ezequiel aún con la boca llena—. Eso nos proporcionará la fuerza necesaria para destruir al demonio poderoso. —Y le pasó el corazón a Jacobo. El corazón llenó la mano del anciano de una especie de densa y viscosa mucosa—. Come y vete pasándolo a los demás. Piensa que son gallinejas.

—Quién me mandaría a mí... —murmuró Jacobo. Contó hasta a tres, cerró los ojos y de un mordisco se llevó un cacho del ventrículo izquierdo.

Después de que cada anciano comiese su parte Ezequiel habló, alzando la voz en la noche:

—¿A qué ya notáis la nueva fuerza que os regenera por dentro, eh? —Los ancianos con la boca manchada de sangre no asintieron muy convencidos—. ¡Vamos!, busquemos a la presa mayor...

Abaddon

El demonio de las alimañas y las plagas, adalid de las ratas, propagador de la peste negra, apareció en la calle Vía Lusitana de Madrid, una calle sin mayor singularidad. Miró la hora en su reloj Patek. Las cinco de la madrugada pasadas, casi las seis. «Demasiado temprano», se dijo. «¿Dónde andas, Lucio?». «¿Dónde andas...?».

A la altura del número 3 de la calle, en el intercambiador de la Plaza Elíptica, se topó con una parada de autobús y se sentó en el banco. Posó las manos en las rodillas percibiendo el tacto frío del cuero de sus pantalones y cerró con tal fuerza los ojos que la despejada frente se le pobló de profundas arrugas. Pasó de aparentar la edad de un hombre de cuarenta años a la de un singular anciano de cien años con más de dos metros de altura.

Las ratas de la ciudad atendieron la llamada y salieron prestas de sus madrigueras y escondrijos, de las alcantarillas, de los almacenes, de los solares donde bloques de viviendas se encuentran a medio construir, de los Kebab's y de un centenar de lugares más donde la insalubridad o el abandono eran notorios, deseosas de poder informar a su amo del paradero del traidor y del Mesías. El ayudar a Abaddon les proporcionaba a las ratas un placer mayor que el eyacular si eran machos o en el caso de las hembras un gusto similar al de devorar a las crías de otras hembras rivales. Con los bigotes

vibrantes y las naricillas tiesas permanecieron atentas a cualquier movimiento.

Abaddon escrutaba Madrid a través de los vivarachos ojos de sus serviles criaturas; de momento sin ninguna señal.

Persecuciones

Ezequiel

La noche dejó paso a la mañana gris y ésta a su vez a un día luminoso. La cansada comitiva de ancianos se resignaba a su mala suerte, empezaban a pensar que su búsqueda no les llevaría a ningún lado, era como buscar una aguja en un pajar o un cerebro en una sala de reggaeton. Por mucho que deambulasen por aquí y por allá nunca encontrarían al demonio que buscaban. Ya habían pasado días sin recompensa alguna salvo el demonio menor que acababan de eliminar hace apenas unas horas en el parque. Aunque algunos no tenían todas consigo de que se tratase realmente de un demonio, pero no se atrevían a dar alas a sus sospechas. No querían decir adiós a la idea de ser correspondidos con la infinita Gracia de Dios y por otro lado haberse comido un corazón para nada (andaban algo traumatizados con el tema), no obstante cada vez veían la cosa más complicada. Con el ánimo tocado y las piernas cansadas llegaron a la conclusión de que mejor sería dejarlo por hoy y regresar cada uno a su casa a descansar; quizás se levantasen de mejor ánimo y con fuerzas renovadas para su misión cristiana al día siguiente. Y con el visto bueno de Ezequiel salieron del parque Emperatriz María de Austria y entraron en la calle Vía Lusitana para coger un autobús.

Ezequiel sin previo aviso estiró un brazo, frenando con brusquedad la marcha de los ancianos. Y en voz queda les ordenó que se escondiesen sin perder un segundo detrás de unos arbustos. Los ancianos mirándose extrañados cumplieron la orden sin rechistar y uno por uno fueron ocultándose tras los arbustos que delimitaban la frontera entre el parque Emperatriz María de Austria y la Vía Lusitana; Ezequiel les siguió a continuación. El cura había advertido que en la parada del autobús, al fondo, el hombre con la cara velada que se sentaba cerrando los ojos, vestido con levita antigua y pantalones de cuero, era, sin lugar a dudas, un demonio.

—La zorra que me pario. Ése es otro —dijo Ezequiel al amparo de los arbustos con sus acólitos pegados a su espalda—. ¡Y es muy poderoso!

—¡Vamos a por él! —exclamó Mateo pegándole unos toquécitos en el hombro al cura.

—Shhh —chistó Ezequiel—. No. Veamos a donde se dirige, con suerte quizás nos lleve hasta el primer demonio y ahí acabaremos con los dos. Qué suerte hemos tenido, hermanos. Cuando el camino es velado por las tinieblas Dios te ilumina la marcha.

El nuevo descubrimiento insufló ánimos a los doce parroquianos que se cogieron de las manos al igual que en misa. «Todos para uno y uno para todos», dijo alguno de ellos emulando a los mosqueteros.

Los Moradores del Helheim

Grendel, Fenrir y Hugin el Cuervo, en lugar de marcharse a casa decidieron quedarse a vigilar dentro del coche por si se le complicaba la cosa a su amo y así poder servirle de ayuda en caso de que se viera en apuros, aunque fuera sin el consentimiento del mismo. Aparcados en la acera de enfrente tenían una visión completa de la tienda de antigüedades. Si alguien salía de ella lo verían. Si bien a las dos menos cuatro minutos de la tarde todavía no se había dado el mínimo movimiento.

Dieron las dos en punto. El grupo de black metal noruego Immortal atronaba en el radio cassette del Seat Panda. Como comida engullían nachos con queso y pollo estilo Kentucky, que Fenrir fuera a comprar poco antes en un restaurante de comida rápida de la zona. Ahora el hermano menor simplemente se despatarraba en toda su corpulencia en la parte trasera del vehículo dando buena cuenta de su ración de nachos mexicanos; y como no podía ser de otra forma sin pronunciar palabra. Grendel, de copiloto, pinchaba un muslo de pollo de crujiente rebozado con la lanza del Destino y se lo llevaba a la boca cuando la puerta de la tienda se abrió.

Eran Lucio y Eva.

Lucio alzando un brazo llamó a un taxi y la pareja desapareció de inmediato. Grendel le pegó un codazo a Hugin, quien dejó de echarse polvos blancos de maquillaje, y arrancó saliendo detrás del taxi, manteniendo una distancia prudencial para no ser vistos.

Pocos metros después del inicio de la persecución, el viejo Seat, a retomar la marcha tras la espera de un semáforo en rojo, pegó un brinco. La rueda delantera izquierda había arrollado algo de forma violenta para volver a atropellarlo con la trasera.

—No mires atrás —le ordenó Grendel a Hugin—. Continúa. Si no lo vemos no es delito.

Lo que dejaron en su camino pegado al asfalto era el cuerpo de una rata gorda y grande como un gato persa. Las tripas de la alimaña se desparramaban en la carretera dejando un saco abiertos de intestinos, bilis y algo de color negro con dientes y pelo a medio digerir.

Abaddon y Ezequiel

Al fin Abaddon abrió los ojos. Se levantó de la parada del autobús como un resorte y a paso ligero fue hacia la calle Marcelo de Usera para luego torcer hacia el Paseo de Santa María de la Cabeza.

Ezequiel y los ancianos se esforzaban detrás en seguir la velocidad de cruce del demonio, intentando que no se alejase más allá de los cincuenta metros de distancia. Las zancadas de Abaddon eran amplias y decididas. Pero Ezequiel nunca perdía de vista la reluciente calva de su nuevo contrincante.

Cruzaron el río Manzanares y circundaron la Glorieta de Santa María de la Cabeza. A Abaddon parecía traerle sin cuidado el tráfico, cruzaba por donde le venía en gana. En la Glorieta a punto estuvo de atropellarle un Peugeot 206 y una furgoneta de mantenimiento de Telefónica. Continuó como si nada por la misma calle hasta llegar a la Ronda de Atocha.

A Ezequiel le incomodaba hasta el alzacuello del ritmo que imprimía Abaddon y se lo aflojó sin disminuir el trote, manteniendo la distancia con el demonio. Dejando de lado el parque del Retiro caminaban ahora por Alfonso XII.

Al llegar a la Puerta de Alcalá el demonio se detuvo. Parecía dudar por cuál ruta seguir a continuación. Ezequiel aprovechó para mirar a su espalda y comprobó que sólo le acompañaban (y a duras penas) Juan, Mateo y Jacobo.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Ezequiel.

—Han ido cayendo rendidos por el camino, padre —le contestó Juan, al que por el cansancio le costaba horrores hablar sin tomar profundas bocanadas de aire. Mateo, encorvado a su lado, con las manos posadas en las rodillas, asentía a lo dicho por su compañero intentando recuperar el resuello. Jacobo, por su parte, trastabilló hacia delante y luego dio un pasito hacia atrás. Hiperventilaba como un animal. Se apoyaba sobre su palo. El anciano de mayor edad de los doce sudaba gotas del tamaño de canicas. Y emitiendo un sonido que haría un globo al desinflarse palideció como una dama victoriana ante un duelo por su mano de dos de sus pretendientes. Jacobo se llevó la mano al corazón, se le pusieron los ojos en blanco y cayó al suelo redondo.

Juan y Mateo fueron atenderle pero ya era demasiado tarde.

—Está muerto —dijo Mateo comprobando sus constantes vitales.

—¡Mierda! —exclamó Ezequiel.

—¿Qué hacemos? —preguntó Juan.

Ezequiel observó que Abaddon proseguía su camino por la calle Alcalá.

—Jacobo se ha convertido en un mártir —se apresuró a decir el cura—. No hay nada más grande que dar la vida por una causa tan noble.

¡Que Dios lo tenga en su gloria!

Comenzó a formarse un corrillo de personas alrededor del anciano fallecido, incluso se acercaron unos Reyes Magos que salían de trabajar del centro comercial Alcalá Norte. La confusión se apoderó del lugar y aprovecharon el momento para abandonar a su amigo entre lágrimas. Ezequiel retuvo las suyas apretando los dientes

y a la Virgen de madera contra su pecho. «Su muerte no será en vano. ¡Lo pagarán!».

Continuando por Alcalá llegaron hasta el paseo de la Alameda de Osuna, colindante al Parque del Capricho. Aquí el demonio se detuvo de nuevo e hizo el gesto de darse la vuelta. Los ancianos y Ezequiel se convirtieron en estatuas. ¿Quizás se había percatado de que le seguían? Ezequiel sacó decidido la recortada de la Virgen, prestó a utilizarla si no le quedaba otra opción. Y apuntó a la espalda del demonio.

Sin embargo Abaddon sencillamente giró hacia la calle Carabela para entrar en la Avenida Hispanidad.

—Por ahí se va al aeropuerto —informó Juan secándose el sudor de la frente. Y al pasar la mano por su flequillo blanco una semicresta se apoderó de su cabello.

Lo que ocurrió a seguir, mientras pasaban bajo un puente de carretera, en zona peatonal, dejó patidifusos al peculiar triunvirato, viéndose obligados a ocultarse tras las columnas del propio puente. Dos extraños dieron el alto al demonio que venían siguiendo ya desde la Vía Lusitana. Portaban armaduras griegas de bronce con incrustaciones de oro en el peto y casco. De piel blanca como la nieve destacaban sus ojos azul glacial y sus cuerpos fibrosos y musculados. Abaddon interrumpió su paso y se dirigió a los dos guerreros:

—Tenía entendido que el Orgullo Gay era en verano.

Los ofendidos se llevaron la mano a la empuñadura de sus espadas y las desenvainaron.

Odio las ratas

Cuando el taxi les dejó en el *parking* de la T4 del aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas en la entrada principal de la terminal ya les esperaba un hombrecillo moreno, chaparro y de espalda gibosa, montado al volante de un carrito eléctrico que tanto servía para portar equipaje como pasajeros impedidos.

Se subieron a la parte de atrás y fueron trasladados hasta el antiguo pabellón del Estado ahora renovado completamente como terminal de aviación ejecutiva y de negocios del aeropuerto. El conductor que no paró de toser durante el trayecto, unos tos que dilucidaba que algo no iba bien con sus pulmones, no les dirigió la palabra. Lo que agradecieron.

Más tarde, en la sala VIP, decorada con exquisito y lujoso estilo por Becara, una azafata de traje negro con falda, alta, voluptuosa, de melena rubia que asomaba bajo el pequeño sombrero de terciopelo y con un brillante diente de oro que mostraba al sonreír, los llevó aparte. Y con un contoneo de caderas, acentuado por los zapatos de tacón alto, los condujo hasta la pista donde esperarían el jet privado que les llevaría hasta la punta occidental de las Azores. «Esperen aquí», dijo con su sonrisa dorada. «Enseguida llegará su avión».

El viento pegaba fuerte ahí fuera, las banderas que se esparcían en los altos de por allí y por allá ondeaban con energía.

Eran las tres y media de la tarde, comprobó Eva en su reloj digital deportivo. Quedaba solamente media hora para el gran viaje y de momento no había señal de su jet privado.

—Yo no hablo portugués —dijo sin más Eva.

—Yo te instruiré en el idioma —le contestó Lucio, que de pie en la solitaria pista se colocaba pegado a ella—. Enseguida lo aprenderás. Repite: *Onde está a minha caneca de vinho?*

—¿Qué significa eso?

—Que dónde está mi jarra de vino.

—Vaya mierda...

—Bueno, ya te enseñaré mejores frases.

—No es eso. —Eva realizó un gesto vago con la mano, como restándole importancia al asunto—. Es que me acabo de acordar que me he dejado mi bajo eléctrico Mayones en los locales de ensayo; con lo que me costó conseguirlo...

—No te preocupes. Compraremos otro.

Lucio se recolocó las Ray-Ban y le dio un lengüetazo en la mejilla a Eva.

Recorriéndole con la lengua toda la cara llegó hasta donde se le rapaba la cabeza. Era como chupar velcro; le gustaba a ambos. Mientras Lucio lamía a Eva vio por encima del hombro de ésta que una rata gris de pelo erizado, a escasos diez metros de ellos, no les quitaba el ojo de encima.

Lucio dejó de lamer.

—¡Es una rata de Abaddon!

—¿Qué?! —exclamó más que preguntó una sorprendida Eva.

—Eso de ahí. —Lucio apuntó a la rata al mismo tiempo que Eva se daba la vuelta —. Esa rata nos está vigilando.

Eva extrajo con un movimiento rápido la katana de la mochila. La rata pareció advertir la intención de Eva e intentó escapar zigzagueando por la pista. Eva no tuvo que correr mucho, pronto la hoja de su espada alcanzó a la alimaña, cortándola en dos.

—Odio las ratas —terminó por decir.

Voz de alarma

Abaddon desmembró a la pareja de ángeles. Ezequiel, Juan y Mateo, escondidos tras las columnas del puente de carretera, no daban crédito a lo que acababan de presenciar. Primero le arrancó, como quien arranca un fruto maduro de una rama, una pierna enfundada en una greba de bronce a uno, para golpearle con ella al otro, esquivando a un tiempo un mandoble de espada de éste. Después al segundo también le arrancó las piernas. Y siguió con los brazos. Se le veía disfrutar con ello. Finalmente los troncos desmembrados de ambos ángeles yacían bocarriba en el polvoriento suelo y aún con vida, pues no cesaban en su retahíla de insultos contra el demonio. Abaddon cansado de escucharlos separó sus cabezas de sus cuellos simplemente estirando de ellas con la fuerza de los brazos hasta que los músculos del cuello cedieron. Lanzó la primera de las cabezas con parte de la columna vertebral incluida lejos de ahí, hasta que sólo fue un puntito lejano en el cielo. Y al disponerse a lanzar la segunda ésta prorrumpió en un potente y agudo grito de *castrati*. Era un sonido rallante, hartamente molesto, e igualmente se deshizo de ella de inmediato permaneciendo en el ambiente la estela del aullido durante unos segundos, diluyéndose poco a poco hasta que dejó de oírse por completo. Aunque Abaddon no era consciente de ello ese chillido era una voz de alarma que ponía en aviso al resto de los ángeles e informaba de su posición.

Poco más adelante, mientras atravesaba una carretera de dos carriles, Abaddon vislumbró en lo alto del cielo dos sombras con la forma de dos figuras aladas que comenzaron a hacerse de mayor tamaño cuanto más se acercaban a tierra. Hasta que posaron sus sandalias en medio de la carretera. Otros dos guerreros griegos calcados a los de antes interrumpieron de nuevo la marcha del demonio parándose a tres metros de él. Las alas de los ángeles fueron absorbidas en el interior de sus espaldas desapareciendo en su totalidad, dejando como único vestigio de las mismas un puñado de plumas blancas gigantes en el asfalto.

Los coches pitaban a su alrededor pasando a gran velocidad, tanto los soldados venidos del cielo como el demonio de las alimañas no se movían ni un centímetro, retándose con la mirada, midiendo fuerzas.

Un Audi A6 en un intento de no atropellar a uno de los soldados patinó por la pista. Dejando las marcas de los neumáticos atravesó el otro carril y colisionó con un Daewoo que dio varias vueltas de campana para acabar cayendo por el terraplén.

Ángeles y demonio no prestaron atención al accidente que se desencadenaba más allá, no iba con ellos. E impulsándose con un gran salto de varios metros los ángeles

se abalanzaron sobre Abaddon con las espadas asidas con ambas manos por encima de sus cabezas.

Ezequiel y sus dos parroquianos observaban la escena desde el arcén, sin atreverse a poner, de momento, ni un solo pie en la carretera. En la que el sacerdote se despistó un segundo se perdió la lucha. Lo siguiente que vio ya fue a Abaddon abandonar la carretera dirección al aeropuerto, dejando a su espalda los cuerpos de los ángeles tendidos en el suelo con todas las articulaciones dobladas de una manera antinatural y los cuellos rotos con la cabeza en una postura que sería la envidia de la niña de El Exorcista. Los coches pasaban por delante bordeando los cuerpos. Si bien el conductor de un camión tráiler Scania no estuvo tan diestro y pasó por encima ellos. Arrollándolos como a perros vagabundos.

El tráfico amainó.

Ezequiel miró a Juan y Mateo.

—Crucemos ahora.

El mastodóntico complejo de madera, vidrio y metal que recoge la Terminal 4 de Barajas se presentaba delante de Abaddon con sus característicos techos ondulados de bambú sustentados por las coloridas columnas en pares.

Abaddon se disponía a entrar cuando otra vez para hastió del demonio dos ángeles rubios cayeron del cielo y se interpusieron entre él y la entrada. La gente ante tal visión huyó despavorida arrastrando sus maletas en la carrera, exceptuando un grupo de monjas que se arrodillaron en la salida para rezar ante el milagro.

—Joder, sois un pesados, eh —suspiró Abaddon y se encogió de hombros—. Pero si es lo que queréis me encargaré también de vosotros.

Jian y Michael

Escucharon la voz de alarma sentados en una terraza de Lavapiés, frente al teatro Valle-Inclán. Bebían botellines de cervezas de un cubo con hielo, se hacían rápido a la vida mundana y a sus pequeños placeres. Sólo el fino oído de un ángel podía captar a una distancia tan amplia el grito de auxilio de uno de sus iguales. Se miraron a los ojos y sin necesidad de decirse nada se levantaron con diligencia y se colocaron los cascos. En momentos de urgencia la discreción pasaba a un segundo plano e hicieron brotar sus fastuosas alas. Y desplegándolas como hinchadas velas de una carabela salieron volando ante el estupor del resto de la clientela del bar, dejando las mesas de la terraza repletas de plumas.

La Muerte tenía afilada su guadaña

Las puertas correderas del hangar que tenían a su espalda Lucio y Eva se descorrieron y por ellas apareció al fin el jet privado. Se trataba de un Bombardier Learjet 60 XR blanco, excepto por la aleta y las puntas dobladas hacia arriba de sus alas que eran rojas. El jet circuló por la pista hasta que se detuvo, poniéndose de lado, a unos veinte metros de ellos.

La puerta lateral del avión se abrió y desplegó una escalerilla de tres peldaños.

—Vamos allá —dijo Lucio.

Eva apuró el cigarrillo. Y cuando quiso dar el primer paso hacia el jet vio que por el lado sur de la pista se acercaba alguien de gran envergadura, parecía llevar algo bajo los brazos. Al acercarse más el sujeto distinguió que tenía media cara oculta por una tela gris deshilachada y que vestía una levita negra pasada de época. A Eva le dio muy mala espina y peor aún cuando apreció que lo que llevaba bajo los brazos eran dos cabezas cercenadas. Lucio se percató de ello y expresó su preocupación con un simple: «Oh, oh».

Las cabezas que portaba Abaddon no llevaban sus cascos corintios por lo que exponían al viento sus caracolillos dorados. De repente las cabezas abrieron sus ojos azules y al unisonó emitieron un agudo y ensordecedor chillido que obligó a Eva y a Lucio a taparse los oídos.

Abaddon lanzó primero una de las cabezas con tal impulso que fue a parar fuera del recinto aeroportuario. Y la otra hubiera acabado igual si en su trayectoria no se hubiera interpuesto un Airbus A321 de Iberia, impactando en el despegue contra la ventanilla de un asustado pasajero.

Abaddon se paró a escasos metros y amenazante los apuntó con un largo dedo rematado en una uña negra.

—¡Vosotros! A vosotros os buscaba yo. —Al acercarse vio la rata que Eva había cortado en dos con su katana—. Hijos de puta...

Lucio dio un paso al frente, poniéndose delante de Eva.

Abaddon sintiéndose desafiado no rehusó la confrontación y pegó su cabeza contra la de Lucio. La mayor altura de Abaddon era considerable por lo que éste se inclinaba encima de Lucio. Ninguno daba un paso atrás.

Una mosca gorda, verde, se materializó de la nada y se posó en el dorso de la mano izquierda de Abaddon, siguiéndole una segunda. El demonio de las alimañas las mató de un manotazo con la derecha.

—A mí tus juegucitos de discípulo de Belcebú no me afectan. —Y tras decir esto

aferró a Lucio por el cuello, levantándolo un metro del suelo sin aparente esfuerzo—. Porque tengo órdenes expresas de capturarte de una sola pieza si no te destrozaba aquí mismo, traidor. —Abaddon miró en ese instante a Eva, sometiéndola a su influjo. Como demonio de la primera jerarquía su poder era notablemente mayor al de Lucio, donde Lucio no podía acceder Abaddon entraba sin dificultad y dijo—: Y luego me ocuparé de ella.

Eva se quedó petrificada contemplando los abisales ojos oscuros del demonio, en ellos Eva atisbo la materia de la que se compone el universo girando en espiral. Intentó moverse pero le fue imposible, tensó los músculos y apretó la boca hasta el punto que los dientes le rechinaron, era como si estuviera clavada al cemento por los tobillos.

Lucio parecía a punto de estallar a tenor de las venas como raíces que le nacían en el cuello. Las manos como sargentos que se lo cercaban no se aflojaban lo más mínimo. Al Demonio Ibero se le cerraba un ojo por completo por la presión que estaba soportando pero con el que le quedaba abierto, o mejor dicho, entreabierto, consiguió ver por encima del hombro de Abaddon a alguien que no esperaba volver a ver jamás. En realidad a tres personas que no esperaba volver a ver jamás y aún menos alegrarse por verlas.

Grendel, flanqueado por su hermano Fenrir y su amigo Hugin, vistiendo las túnicas que utilizaban para mostrar supuestamente una imagen acorde a su estilo pagano en los conciertos (en el último momento decidieron sacarlas del maletero y ponérselas de forma a darle un aire místico y épico a su intervención), se acercaban sigilosamente a la espalda de Abaddon sin que éste se diera cuenta. Ya sólo tres metros les separaban del alto y calvo demonio.

Grendel se colocó inmediatamente detrás y alzó la lanza del Destino. A Grendel se le tensaba el rostro, los ojos incluso le bizqueaban levemente, tenía que ayudar a su amo y para ello debía hundir la hoja en el cuello de aquel ser que lo aprisionaba entre sus manos. Exhaló una bocanada de aire en silencio y lanzó la mano que empuñaba el arma como una catapulta.

—¡Achú! —estornudó Fenrir que del espasmo por poco se le cayeron las gafas.

Abaddon se giró veloz, liberó a Lucio (quien cayó al suelo resollando) y agarró la muñeca de Grendel en el aire antes que la lanza lo alcanzase.

Grendel palideció.

—¿Quienes sois vosotros? —preguntó Abaddon.

A Grendel una gota de sudor le recorrió la frente hasta dar a parar a su rolliza mejilla.

—Emm... —Tenía el brazo inmovilizado. Tragó saliva. Se cargó de valor y continuó—: Te... te... tendrás que matarnos a los tres antes de ponerle un dedo encima a nuestro amo. —Hugin y Fenrir cruzaron rápidas miradas no muy convencidos de las palabras de Grendel.

—De acuerdo —convino Abaddon y le arrebató la lanza a Grendel como quien le

roba un caramelo a un niño y se la clavó en el pecho hasta la empuñadura.

Todo había ocurrido con tanta celeridad que Grendel no sabía que había pasado, sólo percibía una sensación punzante que le quemaba el pecho. Bajó la mirada y descubrió que la lanza que una vez perteneció al soldado romano Longinos se le clavaba en medio del esternón. Los ojos se le pusieron en blanco y cayó de espaldas, muerto.

Fenrir intentó huir como pollo sin cabeza y se llevó por delante a Hugin, arrollándolo con su mayor peso, y tropezándose uno con otro, rodaron por la pista.

Abaddon, con parsimonia, se acercó a ellos.

—Quiero decir unas últimas palabras —solicitó Hugin el Cuervo atrapado bajo el peso de su obeso amigo.

Abaddon ignoró la petición de Hugin y de un pisotón con la bota militar le destrozó la cabeza, abriéndosela como un melón maduro. Fenrir con pedazos de cráneo, astillas de hueso y masa encefálica viscosa de Hugin sobre la boca se moría de asco. Comenzó a escupir como buenamente pudo lo que otrora fuera su amigo. Y se resignó a morir, era inútil incluso intentar levantarse. Cerró fuertemente los ojos tras sus gafas redondas de efecto espejo y un segundo después una sangre densa y más negra que roja brotaba de su cráneo abierto creando un charco alrededor de los dos cuerpos sin vida. La pista era una carnicería de casquería.

Abaddon se giró de nuevo hacia Lucio y Eva.

Lucio volvía a incorporarse. Se masajeaba el dolorido cuello. Eva, por su lado, se mantenía inmóvil en el mismo sitio, sin poder mover un musculo.

—A ver, ¿dónde nos habíamos quedado antes de que estos insectos vinieran a interrumpir? —Aquí, un sonoro estruendo sobresaltó a todos. Abaddon notó de repente su hombro derecho lacerado, algo había impactado en él. Y comprobó que en su levita se abría un agujero ahí donde percibió el golpe. Acababa de recibir un tiro.

Ezequiel sostenía la recortada. Atrás dejaba la puerta de salida de la terminal y la Virgen-estuche tirada en el suelo. Acompañado de Mateo y Juan, que giraban sus palos a golpe de muñeca con miradas amenazantes, se acercó hasta colocarse a diez metros de los demonios y de Eva. Ezequiel había apuntado a la cabeza de Abaddon pero la recortada era un arma de corto alcance y erró el tiro.

—¿Quienes sois vosotros? —preguntó Abaddon.

—Somos tu peor pesadilla —respondió Juan apuntándole con su palo de escoba.

Abaddon atravesó el agujero de su levita con un dedo y arrugó la frente.

—Me habéis echado al traste la levita. Vais a pagarlo caro. Me voy a recrear con vuestras almas.

Ezequiel posó su mirada a la derecha, donde Grendel, pero sobre todo Fenrir y Hugin, se mostraban hechos un amasijo sanguinolento. Bajo ellos el charco de sangre aumentaba gradualmente borboteando de las cabezas abiertas. A la izquierda vio al demonio que buscaba ya desde hacía tantos días cerca de una chica de aspecto descuidado con rasgones aquí y allá en su ropa oscura y ajustada. El demonio había

cambiado el chándal por un traje, pero sin duda era él. Y al cura se le dibujó una sonrisa en su cara picada de nariz rota de boxeador.

—Que ganas tenía de encontrarte. Mis suplicas han sido escuchadas —le gritó Ezequiel a Lucio. Le apuntó con el arma y apretó nuevamente el gatillo. Los cañones escupieron chispas. Si bien falló el tiro llegó a alcanzarle la oreja izquierda a Lucio, volándole parte del hélix superior—. ¡A por ellos! —gritó Ezequiel. Manipuló con rapidez el cargador y un cartucho vacío de plástico rojo salió volando. Y volvió a cargar la recortada—. Esta vez no fallo —dijo, iba añadir algo más pero enmudeció ante la visión que procedía del cielo.

Como enormes águilas infernales que han visualizado a su presa desde las alturas se precipitaban Jian y Michael. Y aterrizando en la pista con sus alas blancas desplegadas se interpusieron entre medio de los ancianos y los demonios, cara a estos últimos.

—¡Pero esto que es la puta arca de Noé! —exclamó Abaddon.

Michael giró la cabeza y se dirigió al cura y a los dos ancianos.

—Apartaros.

—Pe... pero estábamos... —intentó contestar Ezequiel.

—Fuera he dicho. Soy un ángel de Dios. ¡Obedece, mortal!

A Ezequiel no le quedó otra que tragarse su orgullo (el cual no era poco) y retirarse más allá con Juan y Mateo. Y como unos espectadores privilegiados se colocaron a una distancia donde no entorpeciesen a los ángeles y pudieran a la vez tener una visión completa de todo sin correr riesgos: cerca de las puertas de cristal de la terminal por las que salieron a la pista. Y ahí fueron testigos de lo que ocurrió a seguir:

Los ángeles con el sol reflejando en sus armaduras de bronce desenvainaron sus espadas de hoja curvada. Abaddon no esperó a que le atacasen y tomó la iniciativa con un movimiento rápido, lanzándole un puñetazo al ángel de raza negra en plena mandíbula.

Michael no se esperaba el golpe. Y menos que fuera tan potente. Y aunque llevaba casco unos puntitos intermitentes verdes y amarillos bailaron delante de sus ojos. Trastabilló pero consiguió guardar el equilibrio y no llegó a caerse.

El ángel asiático, tras ver a su compañero tocado, sin esperar ni medio segundo, le soltó una serie de vertiginosas patadas Muay Thai al demonio de las alimañas y las plagas, haciéndole retroceder. Sin embargo cuando fue a arremeterle un corte con su májaira, Abaddon, lo esquivó realizando un giro de 90° al tiempo que lo enganchó por el pescuezo, lanzándolo por los aires.

Jian giró en el aire sin control pero desplegando las alas mantuvo la verticalidad y sin descanso se lanzó en picado hacia su contrincante con la espada por delante.

Abaddon paró la embestida de Jian con el antebrazo, llevándose un profundo tajo. El demonio profirió un grito.

Michael una vez repuesto vio la oportunidad de soltarle un derechazo en el

costado que dejaba al descubierto el demonio. He hizo doblarse a Abaddon del puñetazo.

Abaddon, de rodillas, soltó a la desesperada el brazo sano hasta su mayor extensión alcanzado a Michael con un tortazo; el casco del ángel salió por los aires. El demonio se levantó y esquivó la segunda arremetida de espada de Jian. Jian sin darse por vencido le atacó con una pierna estirada dirección al cuello. Pero antes de llegar a golpearle el cuello Abaddon lo aferró por el tobillo y haciéndolo girar como una peonza lo lanzó contra su compañero negro.

Los ángeles de Sodoma cayeron al suelo.

Abaddon tiró de la tela que le cubría media cara, deshaciéndose de ella. Y reveló el amplio y oscuro agujero como cueva de murciélagos que tenía por boca. No poseía mejillas, ni pómulos, ni nariz propiamente dicha. Sólo una gran abertura circundada por unos finos labios grises de pez. Esta concavidad fuera de lo normal se rodeaba de dos filas de dientes puntiagudos y afilados como los de una piraña. Y haciéndolos chocar los unos con los otros, cerrando y abriendo las dos hileras de dientes de manera independiente, se lanzó como una autentica bestia del inframundo sobre los ángeles.

Primero le desgarró las dos piernas a Jian sin que éste tuviera tiempo de reacción, y tirando la cabeza hacia atrás se las separó del tronco. «Se te van a quitar las ganas de pegarme patadas». Inmediatamente después se encargó de Michael.

Michael sintió como si le hubiesen introducido un pie en una trituradora industrial de carne. Consiguió liberar la pierna al tirar de ella con fuerza. Sacando un montón de jirones donde debía estar el pie. Intentó levantarse, sin embargo se desestabilizó y se volvió a caer. Ahora sentía como el demonio se ensañaba con la otra pierna. Bajó la mirada y contempló las monstruosas fauces en pleno funcionamiento. Una verdadera orgia de dientes batientes, carne, nervios y huesos molidos. No podía hacer nada. «¡O sí!», pensó. Y cuando tenía la cabeza de Abaddon a la altura del muslo, pues hasta ahí llegaba la destrucción de sus miembros, introdujo los dedos en las cuencas de los ojos del demonio. Presionó con todas sus fuerzas. Hasta que percibió que penetraba bien hondo y algo se reventaba en su interior. Ahora era Abaddon quien gritaba agriamente y dejó *ipso facto* de masticar carne.

Al reventarle Michael los globos oculares Eva se vio libre del influjo del demonio de la primera jerarquía. Comprobó que podía moverse con total libertad y extrajo la katana de la mochila que portaba a la espalda.

—Ya me han tocado la moral. —Los ojos de Eva se ribeteaban en rojo. Su cara se torcía en un gesto que denotaba una chispa de locura, otra de enfado y otra más que proclamaba venganza. Sus manos se apretaban con fuerza en torno a la empuñadura —. No se supone que soy el nuevo Mesías. ¡Pues va a ver el cara lamprea éste!

Abaddon, herido y desconcertado, se tambaleaba con una mano sobre los ojos y otra por delante tanteando la nada.

Eva apartó a un lado a Lucio, a quien se le veía ya totalmente recuperado. Y sin

hacer caso a sus protestas se acercó hasta Abaddon. Levantó la espada por encima de su cabeza y de un salto acometió un *shomen-uchi*, o lo que es lo mismo: un corte vertical sobre la cabeza del demonio.

Para sorpresa de Eva la hoja de la katana se iluminó de una luz blanca sin macula, la luz de Dios, al tocar carne de anticristo. La hoja fue deslizándose de manera vertical, con precisión quirúrgica, cortando a Abaddon por la mitad como si se tratase de una langosta. Eva, decidiendo detener la incisión en el tronco, separó al demonio en dos partes, como si lo hubiesen deshojado de cintura para arriba; y guardó su espada.

El demonio de las alimañas partido en dos daba una imagen a un tiempo cómica y grotesca. Su parte izquierda y derecha se ladeaban hacia su correspondiente dirección. Y allá donde se deberían ver vísceras abundaba un líquido fétido y pastoso de color verdoso. Sorprendentemente el demonio consiguió mantenerse de pie durante varios segundos hasta que terminó por caerse cerca de donde se encontraba el cuerpo de Grendel con la lanza del Destino clavada en medio del pecho.

Lucio resopló.

—Parece que al final ha salido todo bien. —Agarró del codo a Eva, apremiándola, y se dirigieron hasta la escalerilla del Jet, que todo el tiempo estuvo esperándolos en la pista.

—Has visto lo que he hecho —dijo atónita Eva. Aún no se creía que hubiera cortado por la mitad a un demonio.

—Sí, lo he visto, ha sido increíble —le felicitó Lucio—. Ahora vámonos.

Eva y Lucio, concentrados solamente en subir al Jet y abandonar el lugar, no repararon como en ese momento el brazo izquierdo de Abaddon se sacudía en el suelo y extraía la lanza del Destino del pecho de Grendel. Tampoco fueron testigos de cómo se aupó ayudándose del lado derecho segmentado de su cuerpo, acabándose por poner en pie. Era como la piel de un plátano gigante intentando ponerse del derecho. Nunca hay que darle la espalda a un demonio por derrotado que parezca o por el aspecto que tenga.

Con sus facultades sensoriales primarias mermadas, Abaddon, se dejó guiar por el sexto sentido de los demonios: una especie de visión térmica fusionada con un radar Doppler. Y aunque sus pasos no fueran elegantes ni ortodoxos eran largos y rápidos.

Los ángeles desplomados y desmembrados al otro lado de la pista farfullaron más que gritaron un: «¡Cuidado!». Lucio escuchó el aviso (iba detrás de Eva, la cual se disponía a subir el primer escalón de la escalerilla), y al girar la cabeza vio venir a Abaddon, o lo que quedaba de él, con la lanza presta.

Lucio cual jugador de rugby se abalanzó sobre Abaddon con el hombro por delante, y ambos rodaron por el suelo. Pero de esta vez Abaddon apenas podía oponer resistencia y Lucio le arrebató la lanza sin dificultad. Viendo al espanto que tenía debajo no sabía ni donde apuñalarle y decidió finalmente clavarle la lanza del Destino en la entrepierna. Abaddon después de unas sacudidas de pelvis ya no se movió más.

Eva se acercó a Lucio y tendiéndole una mano le ayudó a levantarse y le dijo:

—Gracias. Ha estado cerc... —La frase de Eva se vio interrumpida por un fuerte estallido. Algo le había pasado en el pecho. Le dolía. Se llevó ahí la mano y ésta se le llenó de sangre. Cayó de rodillas y luego de espaldas, golpeándose la nuca contra el duro cemento.

La sangre emanaba de la herida sin descanso, escapando del cuerpo de Eva como lo hacía su vida. «No. No. No.», gritó Lucio. Oprimió el pecho de Eva con sus manos e introduciendo los dedos en la herida intentó taponarla. Pero era inútil, la sangre se colaba sin remisión, caliente, densa y escarlata, entre sus dedos. Se llevó las manos ensangrentadas a la cara y al levantar la mirada vio que el sacerdote se había acercado a ellos. Portaba la recortada aún humeante. Michael, un puñado de metros más atrás, realizando un gran esfuerzo, se recostó levemente. Jian, al lado, no era capaz de moverse lo más mínimo.

—¡Has matado al nuevo Mesías, cura idiota! —gritó el ángel de raza negra.

Ezequiel tartamudeó:

—¿Có...? ¿Cómo...? No sabía que esa chica era el nuevo Me... Mesías. —Tragó saliva. Hablaba como para sí mismo—. No era mi intención. Quería disparar al demonio. Es muy difícil atinar con esta escopeta... —Ezequiel vio como le miraba Lucio, los ojos del demonio eran las llamas vivas en las que se quemaron a tantos infieles en la historia de la humanidad. Del miedo Ezequiel levantó la escopeta contra Lucio y retrocedió.

En ese instante el piloto del Bombardier Learjet 60 XR salió a duras penas por la estrecha puerta del avión; agachándose, poniéndose de perfil y metiendo tripa. Al bajar la escalinata ésta cedió bajo sus pies. Era una montaña de musculo, grasa y pelo. Vestía al uso de los pilotos comerciales: camisa blanca impoluta, corbata negra, americana y gorra de plato. No obstante lo que más llamaba la atención del mismo era que literalmente era un cerdo salvaje antropomorfo. Con su nariz chata de cerdo, sus amplias orejas caídas que le velaban parcialmente unos ojos redondos y brillantes como canicas y unos colmillos romos que le sobresalían y se arqueaban fuera de la boca. Antaño este ser había sido un ídolo muy venerado en la península ibérica, numerosos y antiguos verracos de piedra desperdigados por la geografía de España y Portugal dan fe de ello, pero ahora, venido a menos por los nuevos tiempos, no le quedaba otra que trabajar como piloto privado para algunos demonios de mayor poder que el suyo.

El verraco se coló en medio de la escena y con un abrazo de oso agarró a Lucio por la espalda, a quien le triplicaba el peso.

—¡Suéltame! ¡Voy a matar a ese desgraciado! —clamó Lucio intentando zafarse de los musculados brazos del piloto.

—Tenemos que irnos ya —dijo el verraco con una voz gutural y profunda, y añadió—: No quiero que todo esto se complique más. Tengo órdenes expresas de llevarte.

—Suéltame —repitió Lucio—. No quiero dejar a Eva aquí.

—No hay tiempo. Ella no es de los nuestros. Nos vamos. —El verraco miró a Ezequiel y dirigiéndose a él le dijo—: Y tú, deja el arma y vete de aquí antes que me arrepienta.

Ezequiel superado por las circunstancias y ahora atónito por ver a un cerdo gigante hablar dejó caer la escopeta.

—He matado al Mesías. He matado al Mesías... —repetía incesantemente y se alejó de ahí alicaído—. Me tengo que ir. Me lo ordena un cerdo gigante.

El verraco empujó al interior del avión a Lucio haciendo valer sus pezuñas negras que llevaba llenas de tierra entre las hendiduras (el Demonio Ibero pensó aquí como era capaz de pilotar un avión con pezuñas, pero enseguida se esfumó ese pensamiento de su mente y volvió al lamento que sentía por la muerte de Eva. Él, todo un demonio, lamentándose por una mortal. Si se lo hubieran dicho hace un mes no se lo hubiese creído). Y el piloto cerró la portezuela del Bombardier tras de sí.



Historias en el Infierno En el presente

—¿Dónde estoy? —se preguntó Jean-Claude. Hasta hace sólo un rato se encontraba en su habitación del Barrio Latino de París inyectándose cocaína y bebiendo una copita de vino blanco de Borgoña mientras por el ordenador portátil escuchaba a todo trapo a su banda favorita: Gojira. Aunque ya no le hacía la menor gracia cumplir años ésa era su manera de celebrar su vigésimo noveno cumpleaños. Lo celebraba solo. Si bien el piso lo compartía con otra chaval de su misma edad (un dependiente pijo de una *boutique* pija). Éste, por supuesto, no estaba invitado a su fiesta particular y se sentaba en el sofá del salón viendo la televisión. A Jean-Claude no le gustaba relacionarse demasiado con los compañeros de piso por malas experiencias pasadas. Cada uno a su rollo, se decía. Nunca había tenido muchos amigos y con la pareja que más tiempo había estado no llegó al año, y de eso ya hace casi cinco. Lo que no significaba que no tuviese sexo con regularidad. Era un hombre que resultaba atractivo al sexo opuesto y conseguía con cierta facilidad chicas si se lo proponía de veras. A Jean-Claude le gustaba vestir al estilo gótico pero combinándolo con complementos de clara influencia Punk como tachuelas, cremalleras, chapas o tiñéndose el pelo de verde, azul, o con mechas pelirrojas y alborotado, que era como lo llevaba a día de hoy, pareciendo una estrella del rock venida a menos.

Jean-Claude, lejos ahora de su habitación y portátil, subía por una colina escarpada, un terreno abrupto de arena negra y piedra afilada. La flora que subsistía en la misma se resumía en simples hierbajos y zarzas.

—Qué calor —suspiró Jean-Claude secándose la frente con una manga de su camiseta negra ajustada. Empezaba ya a cansarse de ascender.

En lo alto de la yerma colina creyó atisbar a alguien de espaldas. El calor hacía fluctuar la misteriosa imagen pero al acercarse más se cercioró que efectivamente una persona se paraba de pie y le daba la espalda.

—*Bonjour* —saludó sin mucha convicción Jean-Claude, con una nota de nerviosismo en su voz.

El sujeto se dio la vuelta.

Jean-Claude comprobó que se trataba de un señor de avanzada edad, calvo, de barba cana cuidada, con finas cejas interrogativas y con una mirada penetrante e inteligente tras sus gafitas redondas. Poseía un buen porte a pesar de su edad y vestía con elegancia un traje tweed marrón. Como último detalle del chaleco le colgaba una cadena de reloj de bolsillo.

¿Qué haría ahí?

—*Bonjour, monsieur* —le contestó el hombre en un buen francés, era uno de los seis idiomas que dominaba.

A Jean-Claude el rostro del anciano se le hacía familiar. Estaba seguro que había visto esa cara en alguna ocasión, pero no personalmente sino en alguna vieja fotografía de algún libro de texto o en algún documental de France 5.

El hombre pareció percibir las dudas de Jean-Claude y continuó:

—Disculpe, *monsieur*. No me he presentado. Que modales los míos... —La comisura del labio izquierdo se le arrugó en una leve sonrisa y dijo—: Mi nombre es Sigmund Freud.

—¡*Sacrebleu!* —exclamó Jean-Claude—. Si que se me ha ido la mano con la fiestecita.

—¿Perdón?

—¡Cállese!, sé que sólo es un mal sueño. —Y pensó: «*O a caso es que llevo un colocón más grande que el Arc de Triomphe*».

—Yo no soy ningún sueño ni ninguna ensoñación, *monsieur*. Y créame que de ese tema algo sé.

—Claro..., me está diciendo que usted es el mismo Freud en persona, el famoso psicoanalista en carne y hueso. —Jean-Claude dejó caer la mano en un gesto de cansancio y añadió—: Pues iba a tener trabajo conmigo... ¿Y entonces dónde estoy? ¿Qué es todo esto si no un sueño? —terminó por preguntar.

Freud separó los brazos de su cuerpo como queriendo abarcar el paisaje que se les abría bajo la colina. Un paraje de suelo seco y cuarteado del que emanaban vapores de color amarillento por las grietas. La zona estaba tachonada de arboles dispersos de torcidas ramas completamente carbonizados como si hubiesen sufrido un incendio recientemente.

Jean-Claude levantó la mirada y se fijó por primera vez en el cielo rojo y como un ser alargado con el aspecto de un cien pies y el tamaño de un campo de fútbol surcaba el cielo en ese momento sobre sus cabezas. Gracias a Dios pasó de largo.

—Esto es el Infierno, muchacho —dijo Freud enseñando unos dientes amarillos al sonreír. Y el médico austriaco se derritió ahí mismo, en el acto, como la mantequilla puesta a hervir, como un muñeco de cera dentro de un microondas, ante un asombrado Jean-Claude, acabando por convertirse el viejo psicoanalista en un charco cuajado en el que todavía se escudriñaba la sonrisa de dientes amarillos que acababa de brindar a su joven interlocutor.

Jean-Claude salió pitando, dejando atrás lo que restaba de Sigmund Freud. Descendió por una senda de la colina diferente por la que había ascendido, huía de ahí a no sabía dónde.

A la carrera el corazón y los pulmones le salían por la boca, las entrañas y todo su ser se centrifugaba en su interior con virulencia. Sentía un gran malestar y mareo. Todo le daba vueltas. Realmente estaba considerando que se encontraba en el mismísimo Infierno pues no era exigua la lista de malos actos que llevaba su firma.

Al pie de la colina se detuvo para tomar un respiro e hizo un rápido recuento mental de sus «pecados»: Ya de pequeño, con apenas siete años, había encerrado a su hermano de tres años en la despensa con la luz apagada para que no le molestase mientras él veía sus dibujos favoritos (Los Caballeros del Zodiaco). Pero eso no era más que una chiquillada en comparación con el chantaje que perpetró en el colegio contra su profesor de gimnasia, amenazando a éste de que si no le daba cada viernes un billete nuevecito de doscientos francos lo acusaría de ser un violador pederasta y maricón, y con lagrimas en los ojos aseguraría ante quien fuera que le había arrebatado su inocencia en los baños del gimnasio después de las clases. El profesor finalmente se vio obligado a abandonar el centro. Ya en la universidad, en la carrera de Bellas Artes (carrera que no finalizó), compartiendo piso de estudiantes con otra chico, cansado de que éste se trajera a su novia y en sus prácticas amatorias no parasen de proferir molestos y sonoros gemidos desde la habitación contigua, lo que le impedía estudiar con normalidad, un día, aprovechando que el otro no estaba, rebuscó en sus cajones y le pinchó todos los condones con un alfiler. A los nueve meses su excompañero fue padre de una bonita niña de nariz respingona. Y por no hablar ya de las drogas y robos menores; no pagó su primer CD de música hasta bien cumplidos los veinte.

—Definitivamente, estoy en el Infierno... —se dijo—. *Fils de pute* del camello, fijo que me ha pasado cualquier mierda y he sufrido una sobredosis.

El terreno bajo sus pies comenzó a temblar de repente, sin previo aviso. Le costaba mantener el equilibrio. Más allá, incluso, un par de arboles carbonizados se partieron en dos.

—¿Y ahora qué pasa?

—El Gran Jefazo que está muy disgustado.

«¡¿Quién ha hablado?!», pensó. Sin duda alguien había contestado a su pregunta con una voz ahogada. Lo había escuchado claramente. El suelo continuaba agitándose cuando vio como de debajo de la tierra, a dos metros de él, unos huesudos y largos brazos blancos llenos de forúnculos y costras, terminados en unas retorcidas manos, brotaron al exterior. Pronto el dueño de dichos brazos emergió con la cabeza por delante, si bien parecía más calavera que cabeza. Al adquirir la verticalidad, el «desenterrado», se sacudió la tierra que lo cubría por completo. Llevaba como única prenda un taparrabos de tela andrajosa. Todo en él era hueso y pellejo arrugado y enfermo (menos por una hinchada tripa azulada). Sus piernas desnudas formaban un arco como si montase un caballo imaginario. Jean-Claude no era muy alto aún así le sacaba un cabeza a esa cosa salida del suelo.

Jean-Claude, asustado, dio un paso atrás.

—No temas —dijo el repulsivo individuo acercándose a él—. No te voy a hacer mal. Soy inofensivo. —Se rascó la pelada frente con un dedo finalizado en una uña gruesa y negra y continuó—: Pues lo que te venía diciendo, este terremoto es provocado por el enfado del Gran jefazo. Cuando se enfada todo el Infierno tiembla.

En esos días lo mejor es desaparecer de su vista.

—¿El gran jefazo? —se atrevió a preguntar Jean-Claude al engendro que se plantaba delante de él. El terremoto empezaba a remitir poco a poco.

—Sí, el Gran Jefazo, el que manda por aquí. Está muy enfadado porque se le ha escapado un traidor. Y no hay cosa que odie más. Y eso que hoy es día de jolgorio y celebración ¡que ha muerto el nuevo Mesías! —Aquí el ser se encorvó, marcándosele todas las vertebras de la espina dorsal bajo la piel de la espalda, y, bajando el tono de voz, añadió—: Dicen que lo ha matado un cura. Qué paradojas ¿eh? Un pastor de Dios se carga al Nuevo Mesías. Ja, ja, ja.

—¿Nuevo Mesías? —preguntó Jean-Claude, formulaba las preguntas sin que se lo propusiera.

—Sí, el Salvador de la humanidad, nos lo hemos quitado de encima. ¿No te parece magnífico?

—¿Hemos? ¿Tú también?

—Es un decir, hombre. Yo como demonio que soy si muere un Mesías me congratulo por ello y soy participe de la victoria por mi condición. No es para menos.

—¿O sea, que eres un demonio...?

—Que perspicaz eres, hijo...

En ese preciso instante salieron de debajo de la tierra otros cinco demonios parecidos al primero, algunos sin orejas o sólo con una de ellas y otros sin un ojo o con media nariz socavada, pero todos igual de escuálidos y con la tripa hinchada. Y entre los seis demonios apresaron a Jean-Claude con sus largos brazos sin que éste pudiera oponer resistencia, aupándolo a seguir sobre sus cabezas.

—Me habías dicho que eras inofensivo y que no me ibas a hacer nada —se quejó agriamente Jean-Claude, estaba siendo aferrado en las alturas por todos lados.

—Mentí —dijo el primer demonio que encabezaba la comitiva a la vez que enseñó unos dientes puntiagudos como flechas paleolíticas.

—¿A dónde me lleváis?

—Mmm... —reflexionó un segundo el primer demonio—. Pues en primer lugar a torturarte a las pozas de brea hirviente. Luego ya veremos a que tormentos más te sometemos... que para eso eres un condenado.

—¡No, por favor! ¡No! ¡No! ¡No! ¡Soltarme! —Siendo transportado en volandas Jean-Claude lloraba desconsoladamente con lagrimones aflorando en sus ojos. Sin embargo cuando su pena era mayor y su miserable destino eterno estaba ya escrito desapareció como por arte de magia. Simplemente su figura se esfumó de ahí. Se teletransportó. Los brazos de sus captores sólo asían ya aire.

—¡Me cago en la ciencia médica! —dijo el primer demonio agitando los brazos—. Cada día pasa con más frecuencia.

Jean-Claude abrió los ojos con pesadez y comprobó que se encontraba sobre una cama en una iluminada habitación que no era la suya. Las mejillas se le anegaban en lágrimas. Vio unas sombras a su alrededor.

—¿Donde estoy ahora? ¿Sigo en el Infierno? —preguntó con un hilo de voz.

—Tranquilo —le dijo una de esas sombras de voz femenina, empezaba a ver el contorno de una mujer, vestía con bata—. Tu compañero de piso llamó a la ambulancia justo a tiempo. Te encontró en tu habitación echando espuma por la boca y ahora estás en el hospital. Has sufrido una sobredosis. Pensábamos que te nos ibas. Pero hemos conseguido reanimarte. Ahora sólo descansa. Lo peor ya ha pasado.

Jean-Claude intentó reincorporarse en la cama pero se vio incapaz. La cabeza le pesaba una tonelada. Cerró los ojos aún llorosos y se prometió que a partir de ahora muchas cosas iban a cambiar, no quería volver a ese horrible lugar ¡nunca! Y lo primero que haría sería darle las gracias a su compañero de piso.



Tercer Cielo

Grendel, su hermano menor Fenrir y el larguirucho amigo de ambos, Hugin el Cuervo, se veían rodeados de una intensa luz blanca que les cegaba.

Pasado un rato sus ojos se habituaron a la claridad y se dieron cuenta que andaban entre mullidas nubes por las cuales se filtraban radiantes halos de luz. Grendel pegó un salto en medio de una de esas nubes y la sensación que sintió, y el bote que dio, fue similar a saltar en una cama elástica. Se dieron la vuelta y comprobaron que había una verja a sus espaldas con una ornamentada puerta de oro forjado donde en su parte más alta se cruzaban dos llaves de gran tamaño.

—¡Oh, no! —clamó Grendel llevándose las manos a la cabeza—. ¿Esto es lo que creo que es...? Joder..., colega. Que marrón. ¡Estamos en el cielo!

Fenrir y Hugin se miraron preocupados sin decir palabra y Grendel añadió:

—¡No podría ser peor!

Pero si que podía ser peor y como de unos altavoces invisibles se escuchó por todo lado la canción Paradise de Coldplay.

—¡Oh, no, es la puta mierda de Coldplay! —gritó Grendel tirándose de rodillas.

En ese momento vieron a un hombre caminar hacia ellos con calma. De tez morena y barba castaña vestía con túnica blanca y un chullo peruano de lana de alpaca en la cabeza y al acercárseles les dijo:

—Bienvenidos al Cielo. Soy Shimón bar Ioná, más conocido sencillamente como San Pedro. —El Santo alzó los brazos de manera teatral e hizo una pausa esperando los elogios y las alabanzas de los tres nuevos, sin embargo éstas no llegaron. Carraspeó, bajó los brazos con disimulo y continuó—: En realidad no son nubes lo que pisáis. Si realmente fueran nubes las atravesaríais y acabaríais hechos *borsch* al estrellaros contra la tierra —informó, bajando la mirada al suelo—. Es una recreación. Un escenario obrado por Dios. Es lo que la gente espera ver cuando llega al cielo y Dios se ha visto obligado a recrear esta entrada para darles a los Bienaventurados una primera impresión familiar y que les sea reconocible para así facilitarles el trance. El invento de la caja tonta que ha hecho mucho daño en las nuevas generaciones... —Puso los ojos en blanco y luego apuntando a lojananza con un dedo hacia donde se alzaba unas palmeras y una frondosa vegetación dijo—: En realidad el Cielo está más allá. El llamado Paraíso. El Jardín del Edén.

—¿Y qué hacemos nosotros aquí, en el putito Cielo? Nosotros somos adoradores de Satán —declaró Grendel indignado.

—Luchasteis contra Abaddon, uno de los demonios más poderosos del Averno,

dando incluso vuestras vidas por la causa. Aunque de nuevo se repita la historia del Mesías muerto a manos de los Hombres... Dios está que trina por ello. Se ha metido en su cuarto y no quiere salir. Pero eso es otra historia. Ya se le pasará... Como os decía en cuanto a vuestro acto y loable sacrificio, ya sólo por este hecho todos los pecados que podríais haber cometido en el pasado desaparecen. Estáis redimidos por completo. —Pedro hizo una pausa y añadió—: Estas serán a partir de ahora vuestras ropas. —Y chasqueó los dedos.

—¿De qué ropas hablas? —preguntó confuso Grendel pero su duda se vio rápidamente aclarada al percatarse que ahora vestía con un polo Lacoste blanco, bermudas de estampado a cuadros en colores suaves y zapatitos de golf color crema. El resto de Los Moradores de Helheim vestían de igual forma—. Pero qué asco de ropa son éstas —terminó por decir Grendel.

—Pues a mí me gustan los zapatos —dijo Fenrir mirándose la punta de éstos. Y abrió los ojos como platos al advertir que había pronunciado esas palabras.

—Has... has... ¡Has hablado..., Fenrir! —dijo Grendel sorprendido. Hugin al lado se quedó blanco, más aún.

San Pedro informó:

—Todos los males que os afligían en vida aquí no tienen lugar.

Fenrir volvió a abrir la boca y mirando a su hermano mayor le dijo:

—Tú, hermano. No has pensado que muchas veces estarías mejor calladito. No haces más que meternos en problemas con tus chorradas sin fin. Por tu jodida culpa un demonio nos ha reventado la cabeza a Hugin y a mí como si fueran sandias. Cuando quieras decir algo que nos competa a todos piénsatelo dos veces y luego ¡no lo digas, mamón!

—Joder, te lo tenías bien guardado ¿eh, hermanito? —le contestó Grendel.

La sirena de una ambulancia se escuchó por encima de la música de Coldplay.

—Ésa debe ser la ambulancia que traslada a Michael a Jian y a los demás ángeles heridos —dijo San Pedro entre dientes. Y con un tono más elevado se dirigió a los hermanos—: Bueno, ya tendréis tiempo en otro momento para discusiones familiares. Ahora acompañadme, os mostraré cual será a partir de hoy vuestra residencia para la eternidad.

Y los Moradores de Helheim siguieron a Pedro en paz.

Azores, 72 horas después

Verraco, así decidió llamarle Lucio al cerdo gigante piloto, sin importarle que se llamara Martín en realidad. Los dos se hallaban en el salón de la nueva casa que le fue concedida a Lucio por el viejo demonio lusitano amigo del anticuario, otro anciano demonio decrepito al igual que el de Madrid que vestía con camisa blanca, sombrero Panamá, fumaba en pipa y olía a salitre y a marisco cocido. La vivienda era una casa unifamiliar de piedra de estilo portugués con azulejos decorativos con motivos marinos y de amplias y luminosas estancias de paredes blancas y muebles de maderas nobles y mimbre. Y además poseía un jardín tropical propio y vistas al mar. Y lo mejor de todo para Lucio era que el vecino más cercano se encontraba a una buena caminata de difícil acceso. Así nadie le molestaría.

En ese instante jugaban al póker. Verraco no solamente le hacía compañía sino también lo vigilaba para que no tuviera la tentación de hacer alguna tontería. Pues Lucio era un demonio herido y los demonios heridos pueden llegar a ser muy impredecibles. Eran las últimas órdenes que había recibido Verraco, pero las cumplía sin molestia.

El piloto miraba su mano de cartas. En bóxer de rayas azules y camiseta de tirantes apoyaba medio cuerpo en la mesa con los hombros peludos hacia delante, a duras penas se encajaba en la silla de mimbre. Le costaba sostener las cartas con sus pezuñas y se le cayeron una vez más sobre la mesa descubriendo otra vez su juego. Intentó recuperarlas con rapidez tapándolas con las pezuñas pero Lucio ya había visto que no tenía más que una pareja de doses.

Lucio ya se estaba cansando de ganarle siempre y se levantó de la mesa.

—Me voy a comprar vino y pescado al mercado ¿quieres que te traiga algo, Verraco?

—Bellotas, gracias —dijo Verraco con un manto de espesa saliva en los morros.

—Bellotas no hay —dijo Lucio cansado.

Verraco se rascó el grueso pelo de su frente y se puso a meditar.

—Pues entonces... Mmm... Espera que piense...

—Te traeré repollo —le cortó Lucio sin querer perder más el tiempo y salió al exterior.

El día era luminoso. Detrás de él escuchaba chocar al bravo mar contra los acantilados. Pensativo, se atusó la cada vez más prominente barba, no se había afeitado desde que abandonara el Infierno.

Se caló la gorra cubana que encontró en el armario del dormitorio con otra serie

de prendas, como la camisa verde oliva sin mangas, los pantalones piratas y las sandalias que igualmente vestía. Un purito se sujetaba en su oreja herida por el fallido disparo del cura; nada grave. Encendió el purito con una cerrilla y salió del jardín. Miró a las nubes, un gavián las surcaba. Gruñó algo y suspiró pensando en Eva. Y comenzó la marcha hasta el mercado de Vila do Corvo, al sur de la isla, la única población de la misma; un aglomerado de casas bajas con calles estrechas y tortuosas que suben por las pendientes.

El paraje por el que caminaba era agreste, con su colorida flora endémica saliéndole al paso. Delante, a unos quinientos metros, divisaba el volcán inactivo de Corvo al que llamaban *Caldeirão* (Gran caldero). Un cráter esmeralda con seis mil ochocientos metros de diámetro y trescientos metros de profundidad donde dos brillantes lagunas subsistían en su interior; o eso al menos le había dicho Verraco. Aún no lo había visitado.

«¡Qué raro!», se dijo Lucio. Reparó en cómo alguien bajaba por la ladera del volcán. Parecía tener prisa.

Se acercaba hacia donde estaba él.

Doscientos metros les separaban.

Cien metros.

Cincuenta.

Era una mujer.

Lucio se frotó los ojos.

¡No podía ser!

El demonio era una tempano de hielo.

La chica se paró a un palmo de sus narices. Tenía los ojos glaucos, la tez pálida y el pelo más negro que el carbón, pero a diferencia de antes su lado derecho ya no se rapaba. También le habían desaparecido las anillas plateadas que le recorrían el borde de la oreja al igual que el *piercing* de la ceja izquierda y el del labio inferior. Tampoco se dejaba entrever el tatuaje de la serpiente en el cuello.

Era una Eva inmaculada, renacida, y dijo ésta:

—Y al tercer día resucitó.

Demonio y Mesías se fundieron en un abrazo.

30

Ezequiel, un año más tarde

La lonja que alquilaban olía a incienso. El suelo se llenaba de alfombras raídas y cojines baratos de colores. Ezequiel se rodeaba ahí de nueve de sus ancianos. Dos más habían muerto en el último año. Todos se sentaban y llevaban el pelo rapado al cero (menos, obviamente, los que ya eran calvos de por sí, es decir cuatro de ellos) y se envolvían en túnicas color azafrán propias de los monjes budistas. La razón era sencilla: El antiguo sacerdote, por miedo a las represalias de haber matado a la hija del dios de la religión católica, había cambiado radicalmente de creencias. Arrastrando a todos sus parroquianos detrás. No sabía si surtiría efecto la estratagema pero lo que seguro que no era quedarse de brazos cruzados. Ahora era un maestro budista.

Sentado en posición de loto. Ezequiel se levantó llevándose una mano a los riñones. Le dolían. Aún le costaba estar tanto tiempo sentado en el suelo en la misma posición sin moverse. Se dirigió al gong que presidía la lonja y lo golpeó con el mazo. Su sonido vibró por toda la estancia.

—Meditemos mis pequeños saltamontes. ¡OOomm!

—FIN—



MAIQUEL DA COSTA (1983, Pamplona, España) De raíces portuguesas, si bien reside en Vitoria. Ha traducido libros de historia y de temática paranormal para diferentes editoriales y durante años no ha parado de escribir sus propias y *sui generis* historias, teniendo siempre claro que la escritura para él no era un simple *hobby*.

Una de sus obras es *Misión: eliminar al nuevo Mesías*, en donde el Bien y el Mal se enfrentan una vez más en su atávica batalla particular, todo en un tono de humor negrísimo con dosis de muy mala leche y en la que deambularan personajes de lo más extravagante y demencial.

En cuanto a sus referentes son de lo más variado, metería en una misma coctelera (mientras escucha rock duro) libros tan dispares como *El Perfume*, *Sinuhé el egipcio* o cualquiera de Chuck Palahniuk o Christopher Moore. Y al igual le ocurre con el cómic y el cine, prefiriendo siempre un poco más aquellos productos oscuros, retorcidos y gamberros.